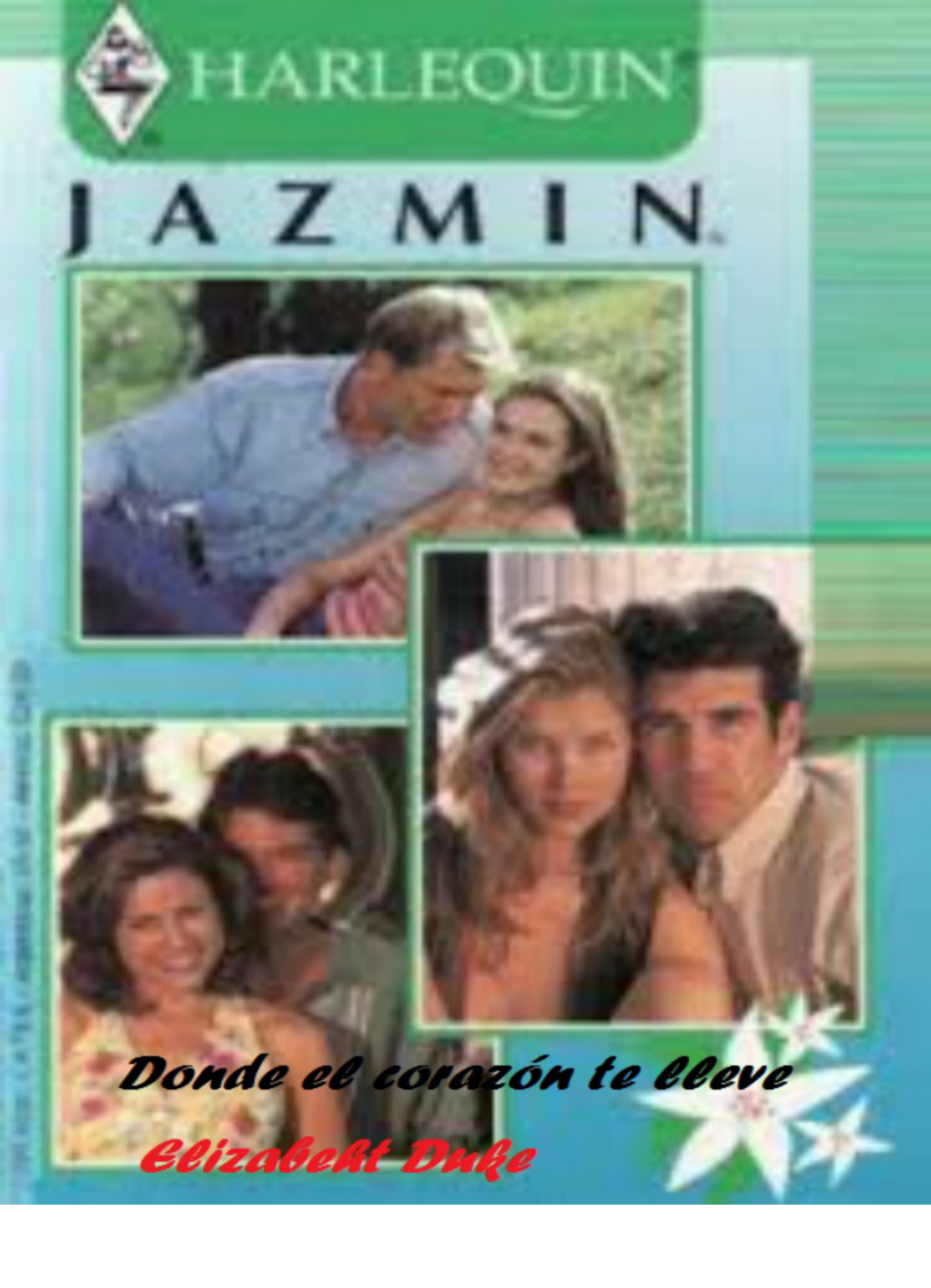

HARLEQUIN
JAZMIN
Donde el corazón te lleve
Elizabeht Duke

Donde el corazón te lleve

Tess estaba realmente asustada. Su novio acababa de recibir una invitación para que ambos asistieran a la espectacular cena que cada año ofecía Julius Branson. Julius, el hombre que, si sus sospechas resultaban ciertas, era el padre que no había conocido... ¡Pero se hubiera asustado aún más si hubiera sabido que su hijo adoptivo, Piers Branson, era uno de los hombres más ricos y poderosos de Australia y un playboy Incorregible! Después de conocerse, Piers parecía decidido a perseguirla hasta que ella se rindiera. Tess decidió seguirle el juego, ¡si su propio corazón se lo permitía!

Capítulo 1

Delia y Julius Branson invitan a Andrew Carstairs y amiga a reunirse con ellos a bordo de Mistique en el Día de Australia, 26 de enero.

Disfrutad de la Regata del Puerto y de los Juegos artificiales al anochecer.

La comida y la cena se servirán a bordo.

Nos reuniremos en Man O'War, Banuelong Point a las 9 a.m. en punto.

El desembarco será a la medianoche

Ropa: sport elegante

Tess se incorporó completamente sorprendida ante la invitación que Andrew acababa de dejar sobre la mesa frente a ella.

«¿Julius Branson?», pensó ella. ¿Sería el famoso Julius Branson de los medios de comunicación?

—¡Ah! ¡Por fin una reacción! —Andrew se frotó las manos con satisfacción—. ¿Pensabas que bromeaba cuando te he dicho que iba a hacer un crucero con uno de los hombres más ricos de Australia, no es así?

—Mmm... —contestó Tess, impresionada por el golpe de suerte que Andrew le ofrecía.

¡Una invitación de Julius Branson! Era la oportunidad que había estado esperando desde hacía mucho tiempo. La oportunidad de poder ver al esquivo magnate de la prensa cara a cara.

¡Y pensar que casi no había mirado la invitación de Andrew y que había estado a punto de no molestarse siquiera en leerla!

Había estado presumiendo durante toda la cena. Y luego, le había mostrado la invitación de lejos, pasándola delante de sus ojos sin permitirle alcanzarla, hasta que, por fin, le había sido posible cazarla. A Andrew le divertían esos juegos tontos y fastidiosos. Y ella no estaba de humor para seguirle la broma, simplemente. Ni siquiera había querido ir a ese restaurante en el que se encontraban.

Como siempre, Andrew la había mirado con mala cara ante su elección de un restaurante tranquilo en Sydney Norte, y había insistido en ir a lo que se suponía uno de los restaurantes más ostentosos de Sydney. La imagen le importaba mucho a Andrew, y para él era muy importante dejarse ver en el restaurante adecuado. Tanto como elegir el vino adecuado. La elección de esa noche había sido ostentosa también.

Desde el mismo instante en que se habían sentado a la mesa, Tess

había presentido que Andrew estaba ansioso por decirle algo. Pero no se había imaginado nunca lo que le iba a contestar a la pregunta:

—¿Como te gustaría que celebrásemos el Día de Australia en el Puerto de Sydney?

Él le había contestado que en un lujoso yate.

—¿De quién es el barco? —había preguntado ella con cautela.

Casi todas las amistades de Andrew le parecían esnobs y un poco insustanciales. Gente a la que sólo le interesaba hacer dinero y codearse con otros que les fueran útiles en algún momento.

—¿Es uno de tus amigos abogados? ¿O uno de tus poderosos clientes?

Fuese quien fuese, era seguro que se trataba de alguien que podía servirle en su carrera, o cuya compañía podría darle prestigio. Andrew no gastaba su tiempo con perdedores.

Andrew era un hombre muy ambicioso; agresivo, dispuesto a llegar alto en el mundo de la abogacía. Un hombre al que le gustaba mezclarse con gente de su talante, especialmente si estos lo ayudaban a trepar en su carrera. No le parecía mal que un hombre fuera ambicioso. Ella también era ambiciosa. Incluso lo que les había unido al principio había sido la dedicación a sus respectivas carreras. Pero, últimamente, se preguntaba si Andrew y ella seguían teniendo los mismos objetivos en la vida. Los de Andrew, en los últimos tiempos, parecían ser materiales solamente: poder, éxito, dinero. En cambio, ella siempre había sido más idealista.

Después de ver sufrir a su madre durante años de artrosis reumática, había decidido estudiar medicina para ayudar a gente como ella. Y se había especializado en enfermedades reumáticas.

Ahora era una reconocida traumatóloga, con una consulta privada en un centro médico de Sydney Norte. De ese modo, sentía que realmente ayudaba a la gente.

Pero últimamente con Andrew todo era egoísmo e interés. No parecía interesarse por nada y nadie, a excepción de ella. Se preguntaba hasta dónde le interesaba ella realmente o su status como médica especialista.

De hecho, no se preocupaba mucho por sus clientes ni por la gente. Sólo se preocupaba por el éxito y la fama, y el dinero que le acarrearían.

—No es un amigo, ni un colega —contestó Andrew. Se había deleitado en hacerse el intrigante—. Pero espero que un día… No todos los días recibe uno una invitación así —había deslizado la mano por el bolsillo de su chaqueta gris.

—Estás entusiasmado, ¿no? —ella seguramente no conocería a

nadie en el crucero.

—Nuestro anfitrión, mi querida Tess, es uno de los hombres más ricos y poderosos de Australia. Generalmente, sólo invita a los amigos íntimos y a la familia. O sea, que puedes estar segura de que vamos a estar entre un grupo de invitados muy selecto.

A ella se le ocurría que sería un aburrimiento, pero trató de disimular, y fingió interés.

—Bueno, sigue. Veo que te mueres por contármelo.

—No me apures tanto. Quiero que te imagines primero una comida a bordo, champán, y mariscos. Y por la noche, una cena completa con tres platos en los salones. Una buena oportunidad de conocer gente con influencias. Y después de la cena, otra vez a bordo para ver los fuegos artificiales en el puerto hasta media noche —la miró expectante.

—Suena muy suntuoso —estuvo de acuerdo Tess. Andrew estaría en su salsa.

—Realmente me gustaría que vinieras conmigo.

Por la mirada de Andrew, Tess adivinaba que realmente lo deseaba. Pero también estaba convencida de que iría solo, si ella no iba.

—¿A que te mueres de ganas por saber de quién se trata? Adivina.

Tess dio golpecitos con la punta del pie sobre el suelo. Se le estaba acabando la paciencia.

—Andrew, odio estos juegos. Dímelo, simplemente —ella miró el reloj—. Se está haciendo tarde.

—¡Oh! Bueno... aquí tienes. Venga, léela —había colocado la invitación sobre la mesa, frente a ella.

La reacción de sorpresa de Tess debió notarse, porque él dijo:

—Así que, incluso a ti, Tess, te impresiona el nombre de Julius Branson. No eres tan inmune como quieres hacer creer.

Ella se mojó los labios nerviosamente. Si lo negaba, iba a tener que contestar a innumerables preguntas, y someterse a sus pruebas. Pero no podía decirle la verdad. Todavía no.

La verdad no podía contársela a nadie. La había descubierto hacía poco. Era un asunto muy delicado. Así que lo único que podía hacer era encogerse de hombros, y que pensara lo que quisiera.

—Entonces, ¿vendrás conmigo? —le preguntó Andrew, satisfecho.

Tess quería borrar de la cara de Andrew esa satisfacción y soberbia, y además, no debía demostrar la excitación que le provocaba la invitación.

«Julius Branson», se decía. Le causaba escalofríos ese nombre. Su padre. O por lo menos, el hombre que podría ser su padre. El padre

que jamás había conocido, el padre cuya identidad había sido siempre un misterio para ella.

Desde que había oído ese nombre, había intentado desesperadamente acercarse a él. Pero era un hombre muy poderoso y ocupado, y no solía mezclarse con gente común. Solía rodearse sólo de sus colaboradores y gente que pudiera protegerlo de las masas. Sabía que no podía escribirle siquiera, preguntándole si él era......o pidiéndole una cita. ¿Y si no era cierto? No, debía observar primero al hombre de cerca, descubrir algún signo de simpatía al nombrar a su madre. Y entonces, decidiría qué hacer o decir.

—¿Y cómo diablos has conseguido una invitación de Julius Branson? ¿Lo conoces? —Tess trató de que su interés sonara desapasionado.

—No. Uno de mis clientes arregló el encuentro —admitió Andrew —. Le había comentado en un momento dado que yo había ido al colegio con el hijo de Julius Branson, Piers.

—¿Fuiste compañero suyo? —Tess intentó disimular su nerviosismo, porque, según lo que le habían contado, Piers podría ser su hermanastro. Tragó saliva—. ¿Y cómo es? No suelen salir fotos suyas en el periódico, ¿no?

—No, no muy frecuentemente, ya que Julius Branson es el dueño de casi todos los periódicos y revistas del país —contestó Andrew—. Los Branson jamás posan frente a una cámara. Alguna vez, algún fotógrafo de las publicaciones de la competencia logra robarles una foto, pero ellos prefieren mantener su vida privada al margen de los medios de comunicación.

—¿Sí? —ella quería oír más sobre los Branson.

—Es raro que leas algo sobre ellos —luego hizo una mueca, y agregó—: Pero a veces aparecen cotilleos por ahí... sobre Piers, generalmente.

—¿Qué tipo de cotilleos? —preguntó Tess rápidamente.

Andrew frunció el ceño. Tess no solía ocuparse mucho de los cotilleos, y tampoco de otros hombres.

—Será mejor que no pongas los ojos en Piers Branson —le advirtió Andrew—. Además, no es tu tipo. Es un playboy. Se dedica a la abogacía. Siempre anda metido en los asuntos legales de los medios de comunicación relacionados con su padre. Y, sobre todo, siempre anda metido en asuntos de mujeres.

Tess casi suelta una carcajada. Andrew no le advertiría semejante cosa de saber que Piers podría ser su hermanastro.

Andrew estaba sorprendido de que Tess no lo censurase. Porque siempre le habían molestado ese tipo de personajes, y ahora no

parecía irritarse.

—No es hijo verdadero de Julius Branson —agregó, celoso—. Julius y su esposa no podían tener hijos, aparentemente. Adoptaron a Piers y a su hermana Phoebe, después de que los verdaderos padres de los niños se mataran en un accidente en altamar. Eran amigos íntimos de los Branson. Piers tenía unos cuatro años, y Phoebe era un año menor que él.

Tess se sintió decepcionada. No sólo por descubrir que Piers y su hermana Phoebe no eran de su sangre, sino por enterarse de que los Branson no podían tener hijos. Porque... ¿y si no fuera su esposa la que no pudiera tener hijos sino él? En ese caso, no podría ser su padre tampoco.

Se le fue el alma a los pies.

—¿Por qué te pones así de repente? —el tono de Andrew era acusador—. No lo sientes por Piers, supongo, porque haya perdido a sus padres de pequeño... Te aseguro que no necesita de tu compasión. Ni la de nadie. Como heredero de Julius Branson heredará toda su fortuna cualquier día de estos. Él y Phoebe. Pero Piers va a ser quien se quede con el imperio Branson.

Tess lo miró.

—Bueno, mejor para él —se encogió de hombros.

Andrew seguía intrigado con la reacción de Tess.

—¿Andrew, podemos irnos? Tengo que trabajar temprano mañana —comentó ella, desviando la mirada.

Andrew pidió la cuenta enfurruñado. Tess se preguntaba si no estaría arrepentido de haberla invitado al crucero. Si la hubiera conocido mejor, sabría que ella jamás estaría interesada en un hombre como Piers. ¡Era un tipo de hombre que siempre había despreciado!

Evidentemente, Andrew no la conocía bien.

Llegó el Día de Australia. Una mañana de enero clara y perfecta en el puerto. Tess había pensado mucho qué ponerse. Quería, por una vez en la vida, que su presencia se notase. Para conseguir que Julius Branson se fijara en ella. Debía llevar ropa informal, pero que llamase la atención.

Cuando Andrew pasó a recogerla por su modesta vivienda de Sydney Norte y la vio con su nueva apariencia, silbó de admiración.

Generalmente, si no llevaba su bata de médica, iba vestida de colores oscuros y con ropa suelta que disimulaba sus curvas femeninas; y el pelo generalmente se lo recogía para poner freno a su cascada de rizos rebeldes.

Pero ese día llevaba un top blanco y negro con hilos dorados, con un escote lo suficientemente profundo como para verse el nacimiento

de una piel blanca que normalmente estaba cubierta. Ceñía su cintura con un cinturón dorado, y los pantalones blancos que llevaba a la altura de los tobillos destacaban sus piernas largas y delgadas. Sus rizos estaban libres de cualquier sujeción, formando una cabellera rojiza desenfrenada.

—Tess, estás deslumbrante —Andrew la miraba como si jamás la hubiera visto en su vida.

Y, seguramente, pensó Tess, estaría orgulloso de mostrarla como un trofeo.

Pero ella sólo quería llamar la atención de Julius Branson. ¡No buscaba otra cosa!

De todos modos, era tarde para enmendarlo. Andrew ya la acompañaba hacia su lustroso Volvo, con un gesto posesivo que le indicaba que no se separaría de su lado en todo el día, llevándola consigo como un premio.

Eso le dificultaría el acercamiento a Julius Branson y la posibilidad de poder hablar en privado con él. Pero, por lo menos, tendría la oportunidad de conocerlo, y de observarlo en su medio. Y él tendría la oportunidad de observarla a ella. Lo demás quedaría en manos del destino.

La pulsera de oro de Tess brillaba con el sol en el momento en que lá ayudaron a subir abordo. Pero su pelo, una viva llama de rizos, llamaba más la atención de los invitados aún. Se oyó un murmullo entre ellos cuando sus largas piernas se alargaron para pisar la cubierta.

En el momento en que Andrew le entregó la invitación a un miembro de la tripulación uniformado, se acercó una mujer de unos treinta años y pelo negro.

—Soy Phoebe Branson, bienvenidos a bordo.

Phoebe... ¡La hija adoptiva de Julius Branson!

Tess lamentó que esa agradable mujer no fuese su hermana realmente. Pero incluso una hermana adoptada...

Sintió el brazo de Andrew curvarse posesivamente alrededor de su cintura.

—Andrew Castairs —dijo, presentándose en un tono pomposo—. Estudié Derecho con tu hermano, Phoebe —y miró a Tess—. Te presento a mi amiga íntima, la doctora Tess Keneally.

Tess sonrió, aunque hubiera querido darle un puntapié a Andrew, porque, a pesar de que siempre le recordaba que dejase el título de doctora para otros asuntos, él insistía en sacarlo a relucir. Lo decía para causar efecto.

—¡No podía ser mejor día para una regata en el puerto! ¡Un

perfecto Día de Australia! —Andrew hizo esfuerzos por volver a captar la atención de la mujer.

Tess miró alrededor, preguntándose por qué no estaba por allí Julius Branson para recibir a los invitados. Había mucha gente a bordo. El yate parecía tener tres pisos visibles. Y seguramente, tendría un montón de salones en el interior, y muchas otras habitaciones.

—Me temo que mi padre no podrá estar con nosotros —dijo Phoebe.

Tess la miró consternada.

—Han tenido que llevarlo urgentemente al hospital por una operación de vegija. Mi madre Dee está con él. Piers y yo haremos de anfitriones. Aunque Piers llegará tarde, como siempre. Mi novio Tom, debe andar por ahí —y miró alrededor—. ¡Ah! ¡Aquí viene! Le diré que se ocupe de vosotros para que os sirvan champán.

La siguiente media hora pasó entre caras y caras nuevas, copas de champán y bandejas de comida. Andrew estaba en su salsa, pero para Tess resultaba tedioso.

Cada tanto, cuando Andrew divisaba una cara que le resultaba familiar, quería arrastrarla con él, pero ella le decía:

—Ve. Yo me quedaré aquí un momento. Quiero ver la carrera de ferrys.

—Bueno, si estás segura de que...

—Sí, estoy segura.

Y se iba.

Con un suspiro, Tess se apoyó en la baranda de la cubierta, de espaldas a los otros invitados, y dejó a un lado su copa. No necesitaba tomar alcohol para sentirse peor. ¡Qué oportuno Julius Branson! ¡Justo ese día había tenido problemas de vegija! No era que no le diera pena, ella sabía muy bien lo doloroso que podía ser, pero, ¿por qué no le había podido ocurrir al día siguiente del crucero? ¿O la semana siguiente? Seguramente, perdería la oportunidad de su vida.

En ese momento, sintió una mano en su brazo. Se dio la vuelta, y se encontró con unos ojos negros y hechiceros. Sin saber por qué, su corazón se aceleró.

Era un hombre alto, más alto que ella, lo que sorprendió a Tess porque no encontraba muchos hombres que la pasaran en altura. La cara del desconocido estaba bronceada, y era muy atractiva, sobre todo, con esos mechones de pelo negro que le caían en las cejas.

—Déjame que adivine —dijo de pronto—. Eres una estrella de la televisión.

Ella sonrió brevemente y negó con la cabeza.

—Jamás he estado en la tele.

—Bueno, deja que adivine otra vez —dijo él, curvando sus labios —. ¿Estrella de cine? ¿Modelo fotográfica?

Ella suspiró. La decepcionaba el ver que él no era diferente de otros hombres que había conocido, que no se fijaban más que en su aspecto en lugar de reparar en su cerebro.

Pero entonces adivinó una risotada en sus ojos negros. ¿Le estaría diciendo lo que se suponía que quería oír una mujer? Tal vez se lo mereciera, por vestirse de ese modo tan llamativo.

—Déjame que adivine —dijo ella, alzando la cabeza y recogiendo la luz del sol en sus ojos azules—. ¿Eres un vendedor de coches usados?

Él se rió. Su sonrisa se había ensanchado, y expresaba cierta calidez.

—¡Tocado! Me doy cuenta de que estuve muy errado. No me he aproximado. Hay algo más en ti. No es sólo una cara bonita. Tienes humor... inteligencia. Una belleza con cerebro. Bueno, sigue... Dime... ¿A qué te dedicas? ¿Un cirujano renombrado? —dijo él en broma.

—Estás cerca —ella se sonrió irónicamente—. Soy doctora. De la especialidad de Reumatismo, para ser precisa. Somos médicos que nos dedicamos a enfermedades reumáticas —le explicó burlonamente.

Él se lo merecía.

—¿Eres médica? ¿Especialista? Eres muy joven. No me lo creo...

—Tengo veintiocho años

—¡Piers, viejo amigo! —se oyó la voz de Andrew por detrás—. ¡Sabía que te encontraría con mi Tess!

«¡No soy tu Tess!», le hubiera querido decir ella.

¡O sea que había estado hablando con Piers Branson!

—¡Me alegro de volver a verte! —Andrew alargó la mano para saludar a Piers—. ¿Se ha presentado Tess?

—No. Pero nos hemos hecho amigos, ¿no es así, Tess?

—¿Sí? —dijo ella secamente. Se daba cuenta de que en parte Piers se estaba burlando de Andrew. Pero él se lo merecía.

—La doctora Tess Keneally —dijo Andrew, rígido—. Supongo que te habrás dado cuenta ahora que has estado conversando con nuestro anfitrión, Piers Branson, ¿no es así?

Y los ojos de Andrew le recordaron que se trataba de un playboy, que no se olvidara de ello.

Entonces, Andrew se volvió hacia Piers, de manera que Piers quedaba parcialmente tapado por Andrew, fuera de la vista de Tess.

—Siento lo de tu padre. Supongo que estarás a cargo de sus asuntos mientras él está convaleciente, ¿no es así? Si hay algo que yo pueda hacer, alguna consulta legal, o cualquier cosa...

Piers miró por detrás de Andrew, como queriendo escapar de la encerrona y atender otros asuntos.

—Pero será mejor que no te entretengamos. Supongo que querrás atender a otra gente... —la voz de Andrew fue desvaneciéndose mientras Piers se ponía a un lado, tomaba la mano de Tess y se la llevaba a los labios.

El contacto con su boca cálida, la humedad de sus labios sobre los dedos de ella, la hicieron estremecer.

—Debes contarme más acerca de ti... más tarde —insistió Piers, antes de darse la vuelta y perderse entre la gente.

Tess se aferró a la barandilla del barco para no caerse, por el efecto embriagador que Piers había causado en ella.

Jamás había reaccionado así con un hombre. O al menos, no lo había hecho desde que era una adolescente. Justamente confirmaba lo que Andrew decía sobre él. Era un desvergonzado mujeriego, y hacía su papel de playboy rico eficientemente. Un donjuán, encantador en la superficie, pero una especie que odiaba. ¿Por qué no había retirado la mano cuando él se la había llevado a los labios? ¡Cómo se estaría riendo él!

Se habría ido satisfecho de haber conseguido otra conquista.

—¿Más acerca de ti misma? —sonó la voz de Andrew como un eco —. ¿Qué le has estado contando? Parece que te has hecho muy amiga de Piers en muy poco tiempo. ¿Le has contado algo sobre mí? ¿Le has dicho que estábamos prácticamente comprometidos?

—No. Porque no es cierto. ¡Y ya es hora de que dejes de actuar como si fuera de tu propiedad! ¡No soy de tu propiedad! ¡Y deja de poner esa cara! —Tess suavizó el tono, y agregó—: Apenas hemos tenido tiempo de decir nada. Él estaba tratando de provocarte simplemente. ¿No te has dado cuenta?

—¡No tendrías que haber permitido que te tomase la mano de ese modo!

—¡Oh, Andrew! Era algo sin importancia, una especie de juego inofensivo de su parte. Los hombres como él no pueden reprimir el querer seducir a cualquier mujer que anda por ahí.

Había sido eso. Un tipo como Piers no tomaría en serio a ninguna mujer. No debía tomarse nada en serio. Con todo el dinero y los privilegios que tendría, jamás se olvidaría de que era un Branson, su único hijo varón. Y seguramente, buscaba dar celos a Andrew. Probablemente para divertirse, simplemente. Y no porque estuviese interesado en ella. Y lo que le había pasado a ella, había sido que se había sentido halagada momentáneamente por él. No todos los días le besaba la mano un hombre. Si bien reconocía que él debía ser un

donjuán, debía admitir que tenía cierto encanto ese donjuán.

El recuerdo de esa boca tan malévola la hacía estremecer.

—Si quieres divertirte, puedes hacerlo conmigo —dijo Andrew.

Ella suspiró.

—Entonces, deja de hacerme reproches. No eres nada divertido cuando te pones así.

De hecho, si ella hubiera tenido que describir a Andrew, jamás se le habría ocurrido emplear la palabra «diversión». No tenía el más mínimo sentido del humor. Pero también podía ser encantador a su manera. Y considerado, y podía ser una buena compañía cuando no actuaba de manera ostentosa para impresionar a la gente. Y tenía el aspecto cuidado y agradable que cualquier abogado joven en ascenso hubiera deseado.

—Tienes razón —sonrió Andrew, mirando alrededor—. Mmm... Están sirviendo la comida... ¡Oh! ¡Mira esa bandeja de langostinos y langosta! ¿Vienes?

Tess descubrió, a medida que fue pasando el día, que estaba disfrutando de todo aquello, a pesar de la decepción que había supuesto que no estuviera Julius Branson. Constantemente había diversiones en el puerto, carreras de barcos grandes, una procesión acuática, exhibición de caída libre, carreras de otros barcos y botes, y todo tipo de entretenimiento con barcos. El calor de finales de enero y la suave brisa del mar acariciando su pelo, le hicieron darse cuenta del poco tiempo de ocio de que disfrutaba normalmente.

Y para su sorpresa, se encontró conversando y disfrutando de la compañía de los otros invitados. Parecían gente interesante, la mayoría de ellos. Le había gustado Phoebe, sobre todo, y su prometido Tom Lloyd. Phoebe parecía una mujer muy sencilla, y natural, aparentemente el dinero de su padre y el pertenecer a una de las familias más ricas de Australia no parecía haberla engreído ni afectado en su sencillez. No como a su hermano, por lo visto.

Tess no sabía por qué se había sentido tan afectada por conocerlo. Y sin querer, cada rato se encontraba sonriendo ante el recuerdo de su sonrisa picara. Tal vez sólo quisiera pensar bien de él, por ser hijo de Julius Branson. Si Branson resultaba ser su padre, entonces, Piers sería un familiar suyo, no de sangre, pero una especie de hermano al fin y al cabo.

Pero, aunque quisiera engañarse a sí misma, estaba claro que la reacción hacia él no había sido muy fraternal...

Suspiró. Realmente, ¿cómo podía ser fraternal con él, si no lo conocía? Además, aunque Julius Branson admitiera ser su padre, mantendría el secreto frente a su familia. No querría hacer daño a su

mujer revelándole semejante indiscreción. Y tampoco estaría dispuesto a afrontar el escándalo que supondría para su imagen pública.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Andrew—. No te estás aburriendo, ¿no?

—¡No! Me lo estoy pasando bien, de verdad —era cierto. Se sentía más viva de lo que se había sentido en muchos años.

Andrew le creyó. Pero la miró con el ceño fruncido.

—¿Acaso le estás tomando el gusto a la buena vida? ¿O es… la compañía que tienes a bordo? —y desvió la mirada hacia la cabeza oscura de Piers.

Tess se hizo la distraída.

—Claro que es la compañía, Andrew. Tu compañía —bromeó ella, alargando un brazo hacia él.

Capítulo 2

Andrew no se separó de Tess hasta el anochecer, en que ella se quedó mirando los fuegos artificiales apoyada en la barandilla del barco, e inmersa en sus pensamientos mientras miraba el cielo estrellado sobre el puerto. Andrew se había excusado para dar una vuelta por ahí y charlar con la gente.

—Tu prometido es muy posesivo —escuchó decir casi al oído.

—Andrew no es mi prometido —dijo ella, al mismo tiempo que se preguntaba por qué tenía que confesárselo.

—Pero tenéis... algún tipo de relación, ¿no? —los ojos embrujados de él la desafiaron.

Tess respiró hondo.

Ella debía desanimarlo mintiéndole. Piers era el tipo de hombre por el que cualquier mujer podía sentirse atraída, al menos superficialmente, y todos sus sentidos le decían que debía mantenerse alejada de él. Tenía fama de donjuán, y eso le disgustaba. Además, sus ojos picaros se lo advertían. Y él no era en absoluto su tipo.

Pero, si mantenía el interés de Piers sobre ella, tendría la oportunidad de conocer a Julius Branson quizás. Y ella debía conocerlo. ¡Debía conocer la verdad! Aunque él no quisiera que ella la supiera. Era una mujer adulta. No iba a hacer ninguna estupidez. Él no debía temer. Ella no se lo diría a nadie.

—Andrew y yo no tenemos una relación. A él le gustaría... pero de momento... —y se encogió de hombros, dejando en suspenso la afirmación.

—¿O sea, que no vivís juntos?

Ella negó con la cabeza. A Andrew también le habría gustado que eso fuese cierto. Pero ella amaba su independencia, tener su espacio, tener su propia casa.

—¿Qué es este interrogatorio? ¿Estás tú viviendo con alguien?

—Ahora no —contestó él con una sonrisa de dientes muy blancos —. O sea, que hay vía libre, ¿no es así?

O sea, que él estaba dispuesto a atacar. Si pensaba que ella...

Pero reprimió expresar su repulsa a la actitud de Piers. Una relación con Piers podría allanarle el camino hacia su objetivo. Lo miró de soslayo, provocativamente, decidida a seguirle el juego.

—¿Acaso te importaría que no fuera así?

—Probablemente no —confesó él con descaro.

Ella siguió fingiendo. Andrew tenía razón. ¡Él iba detrás de cualquier cosa con falda!

—Vivo sola, y Andrew también. Llevamos vidas separadas. Él... me

ha pedido que me case con él… —si Andrew la oyese, no tendría mejor opinión de ella que de Piers.

—Pero no le has dicho que «sí».

—Aún no.

—¿Pero lo estás pensando?

—¡No! Quiero decir… Mira, no estoy comprometida con Andrew ni con ninguna otra persona. Y se lo he dejado claro. ¿Es eso lo que quieres saber?

Él contestó con un brillo extraño en sus ojos. Tess creyó ver en ellos cierta decepción en el fondo, o incluso cierto desprecio, en lugar de satisfacción. ¿Le habría parecido demasiado fácil? Los hombres como Piers Branson, probablemente preferirían presas más difíciles. Tal vez les gustasen las mujeres que no pudieran conseguir fácilmente.

«De acuerdo», se dijo. Si ésa era la forma de mantener su interés hacia ella, lo haría así.

De pronto se dio la vuelta abruptamente y dijo:

—Será mejor que vaya a buscar a Andrew.

—¿Por qué? Ahora que habíamos encontrado un terreno común…

—¿Terreno común?

—Sí, tú no estás comprometida, y yo tampoco. Y como tengo una entrada de más para la gala de caridad de la ópera, para el viernes por la noche, pensé que tal vez te gustase venir conmigo.

No se acordaba cuándo había sido la última vez que había ido a la ópera. Andrew decía que lo aburría terriblemente.

—¡Ah! ¡Veo que no te desagrada la idea!

—¿Una gala? ¡Ah, sí, seguro! —no podía decirle que la idea la dejaba totalmente fría. Era una oportunidad para que la gente pudiera presumir y vestirse para que la viesen—. Supongo que hay que ir de largo, ¿no?

—Bueno, vístete como quieras —dijo él con tono indulgente—. A los hombres se nos permite no llevar pajarita, así que haz lo que te parezca. Nos sentaremos en la primera fila, y luego habrá una cena en el salón de recepciones que da a las luces del puerto —hizo una pausa, y la miró—. Puedes ponerte cualquier prenda deslumbrante…

«¡Dios! ¡Se cree que me gusta llamar la atención!», pensó Tess.

—¿Y la ópera? —preguntó ella.

—¡Oh! ¿Te interesa también la ópera? —la miró con malicia—. Se trata de Los cuentos de Hoffman, de Offenbach. Nada demasiado pesado.

—¡Oh! ¡Es una de mis óperas favoritas! —se le escapó—. La tengo en Compact Disc, por Plácido Domingo y Joan Sutherland —y lo miró con curiosidad—. A ti no te gusta mucho la ópera, ¿verdad?

—No voy muy a menudo. Prefiero el teatro y el cine. No tenía intención de ir a esta gala… hasta que se me ocurrió que a ti podía interesarte venir.

¡Qué idea equivocada tenía de ella! Creía que le interesaría ir para mostrarse…

—Bueno, la verdad es que me encanta la ópera. Aunque no tengo muchas oportunidades de ir, debo admitir.

—¿Por razones de trabajo? ¿O es que Andrew no está interesado en ir?

—Un poco de todo —dijo ella.

Seguramente, a Andrew le gustaría ir a mostrarse en primera fila a una gala de ese tipo, y haría todo lo posible por no dormirse…

—No estaremos mucho tiempo en la cena. A no ser que tú quieras que nos quedemos. Yo prefiero ir a comer a un sitio más tranquilo donde podamos charlar tranquilamente y pasarlo bien.

«Juntos», debió agregar, pensó ella.

¿Qué lugar tendría en mente? ¿Y qué querría hacer después? ¿Esperaría algo a cambio de la velada que le iba a ofrecer?

Sería mejor aclarar algunas cosas.

—Bueno, quizás algo rápido, por mi parte, si no es demasiado tarde —contestó ella, evitando mirarlo—. Trabajo temprano por la mañana.

—¿Trabajas los sábados?

—El próximo sábado sí —mintió. Algunos sábados iba a su consultorio, sobre todo para arreglar papeleo.

—¡Oh! ¡Qué mal! Entonces no podrás venir conmigo a navegar el sábado.

Y ella sospechó que él no le creía y que se estaba burlando de ella, tentándola para ver si cambiaba de idea. Un juego, evidentemente.

Y ella jamás se había dejado llevar por juegos. Pero ésa vez… Debía jugar para acercarse a su padre, y además, debía admitirlo, disfrutaba del juego.

—No, lo siento. Bueno… yo…

—Será mejor que me des tu dirección y número de teléfono —la interrumpió Piers, sacando una pequeña agenda negra del bolsillo de sus pantalones.

«Típico», pensó ella. Seguramente, los hombres como él siempre llevaban una agenda negra. ¿Cuántas mujeres tendría en su agenda telefónica?

En el momento en que Piers estaba anotando su número de teléfono apareció Andrew. Se quedó mirando la libreta de Piers. Pero disimuló, si bien Tess podía adivinar lo que había detrás de su gesto

rígido.

—No te preocupes. Está en buenas manos, te lo aseguro —le dijo Piers a Andrew.

—Gracias —dijo Andrew entre dientes, como si creyera que Caperucita Roja iba a estar segura en manos del lobo.

—Piers me ha ofrecido amablemente una entrada a la ópera para el viernes por la noche —dijo Tess, como quien no le da mucha importancia.

De ninguna manera iba a hacer nada a espaldas de Andrew.

—Sabes lo mucho que me gusta la ópera. Y representan Los cuentos de Hoffmann, que me encanta. No tengo muchas oportunidades de ir...

—Especialmente a una gala de caridad —agregó Piers.

¿Por qué Piers había tenido que decírselo a Andrew? No conocía a Andrew, porque si no, sabría que por nada del mundo se perdería una gala a la que asistieran todos los VIP, con todo su glamour. ¿O lo había hecho a propósito para poner celoso a Andrew?

Tess frunció el ceño y miró a Piers. Pero éste le devolvió una sonrisa maliciosa por respuesta y luego la desvió.

—Disculpad. Debo seguir con mis obligaciones de anfitrión. Pronto desembarcaremos.

—Ahora que estamos de vuelta, se acuerda de sus obligaciones como anfitrión —murmuró Andrew cuando Piers se alejó—. ¿Qué es eso de que vas a ir a una representación de ópera para una gala benéfica? ¿No sabes cuál es su reputación? ¿Vais sólo vosotros? —le preguntó Andrew, tomándole el brazo un poco bruscamente.

—¿Qué pregunta quieres que te conteste primero? —le dijo ella, mirando la mano de Andrew sobre su brazo.

—¡Contéstalas todas!

—Muy bien. Sí, voy a ir a la ópera con él, y sí, sé cuál es su reputación. Y no sé quiénes irán. ¿Satisfecho?

—¡No, no estoy satisfecho en absoluto! ¿A ti te gustaría que yo saliese con otra persona? ¿Que saliera con su hermana, por ejemplo?

—¿Con Phoebe? No sería lo mismo. Phoebe está comprometida y se va a casar.

—Nosotros estamos comprometidos, o casi...

—¡No recuerdo que haya estado de acuerdo en casarme contigo! ¡Ni que me haya comprometido a compartir mi vida contigo, ni siquiera que haya querido irme a vivir contigo!

—¡O sea, que para ti estos últimos meses que hemos estado saliendo juntos, y que hemos tenido una relación tan íntima no significan nada!

Ella bajó la mirada. —Nuestra amistad ha significado mucho para mí, Andrew —y se dio cuenta en ese instante de que acababa de usar el tiempo pasado para decirlo

—¡Pensé que me querías!

—Y te quería... te quiero, tú eres alguien muy preciado para mí, Andrew, como amigo. Pero no cuando le pones así. ¡Simplemente porque un hombre me haya invitado a una representación de ópera no significa que esté dispuesta a meterme en la cama con él!

—¡Te apuesto a que él sí tiene planes de acostarse contigo! ¿Qué estás planeando, Tess? Si tenías tantas ganas de ir a la ópera, ¿por qué no me pediste que te llevase?

—Porque sé que la ópera te aburre muchísimo.

—¿Y tú crees que él está interesado en la ópera? Es sólo una excusa para estar detrás de ti. Como lo hace con cualquier mujer bonita que se cruza. Especialmente con mujeres que parecen más difíciles. Para un hombre como él, el tratar de quitarle a otro hombre una mujer, debe de resultarle más atractivo aún. Eres un desafío para él. Te regalará flores después, y te invitará a cenar en la intimidad. Usará su dinero y sus encantos para seducirte, como lo suele hacer con las mujeres a las que quiere deslumbrar. ¡Sólo quiere demostrarle a todo el mundo lo fácil que le resulta conseguir a cualquier mujer que quiera! Y luego, se irá detrás de otra, hasta que la consiga.

Tess estaba fuera de sí.

—¡Sólo voy a la ópera con él! ¡No me voy a la cama con él! —Tess agitó sus rizos, como llamas a la luz de las luces de la feria del puerto.

—A lo mejor es lo que quisieras —dijo Andrew.

—¡No pienso quedarme aquí escuchando eso! —exclamó Tess.

Y se fue hacia el grupo de invitados más cercano.

—¡Gracias por arruinarme un día muy agradable! —le dijo al alejarse, girándose.

¿Por qué se ponía tan furiosa? ¿Acaso en el fondo no estaba de acuerdo con Andrew en todo lo que decía? ¿Pero cómo iba a decirle a Andrew que lo que ella quería era acercarse a Julius Branson?

Afortunadamente, llegó la medianoche, y el enorme yate se aproximaba al puerto para atracar. Los demás barcos habían desaparecido casi todos, y sólo unos pocos hacían bailar sus luces sobre el agua, y otros se disponían a desembarcar también.

Tess trató de mantener la calma a la hora de despedirse de Phoebe y Piers, y les agradeció la invitación al crucero con la misma amabilidad que habían demostrado los demás invitados.

—Te llamaré en la semana —dijo Piers cuando se despidió de ella, sin bajar la voz.

Parecía que estuviera tratando un asunto de negocios más que un asunto privado.

Pero le echó una mirada que no tenía nada que ver con un asunto de negocios. E incluso Phoebe lo miró incómoda, como si notase en la cara de Andrew la situación de tensión que estaba provocando su hermano, y se estuviera preguntando qué pasaba entre Tess y Piers.

Una vez en tierra firme se dirigieron todos a sus respectivos coches.

En el coche se quedaron en silencio. Y Tess no hizo ningún esfuerzo por salir de su ensimismamiento.

Cuando llegaron a su apartamento de Sydney Norte, se incorporó, y bostezó.

—Bueno, ha sido un día completo. Voy a dormir como un tronco. No hay nada como un día en el agua para...

—¿No vas a invitarme a subir? —la interrumpió Andrew, ofendido.

—Esta noche no. Es tarde. ¿Te importa?

—Es por él, ¿no es así? Prefieres irte a dormir y soñar con él, ¿no?

—¡Oh, Andrew! ¡Vas a empezar otra vez! ¡Eres ridículo!

—¿Sí? Si no estás interesada en él, entonces, ¿por qué no me invitas a entrar en tu casa?

—Te lo he dicho. Porque es tarde, y estoy cansada. ¡Y quiero dormir! —se dispuso a bajar del coche.

Él le tomó el brazo.

—¿Y qué te parece mañana por la noche? ¿Vas a pasar la noche conmigo mañana?

Como ella no contestó, la mano apretó más su brazo.

—¿No me vas a dar siquiera el beso de buenas noches?

Ella se dio la vuelta para darle un beso breve y escapar, pero Andrew tenía otra idea, y la sujetó por la cintura y la abrazó, buscando sus labios.

Ella protestó, y luchó por liberarse de él, a medida que sus besos empezaron a hacerse más ardientes y que sus manos buscaban el escote ribeteado de dorado de su top y se deslizaban por debajo hasta atrapar un pecho. Por fin pudo liberar su boca de la de él, y gritó:

—¡Déjame marchar! ¡Maldito seas! —y pudo por fin soltarse de su abrazo y salir del coche, gritándole—: ¡Buenas noches, Andrew!

Andrew fue tras ella.

—¡Lo siento, Tess! ¡Lo siento! He perdido la cabeza... —había un tono desesperado en su voz—. Es que... ¡Maldito sea! ¡No quiero perderte!

Ella se dio la vuelta.

—Andrew, creo que será mejor que nos dejemos de ver por un

tiempo. Me parece que esto ya no funciona. ¡Oh! No es por el beso solamente. Y tampoco por Piers Branson, o algo que haya pasado hoy —se apresuró a decir—. Es algo que viene pasando desde hace tiempo. Ya no estoy segura de querer seguir. Me parece mejor que hagamos un alto.

—Es por Piers Branson... ¿Por qué no lo admites? Estás tratando de suavizar las cosas. Sé sincera, Tess. ¡Quieres que me quite de en medio porque has puesto los ojos en él!

—¡No! ¡No es así! ¡No tiene nada que ver! —le dijo vehementemente.

¿Cómo le iba a decir la verdad?

—¿No? Entonces, ¿por qué me estás despidiendo hoy? ¿Justamente después de que Piers Branson te haya invitado a salir?

Ella negó con la cabeza. Si bien ella misma se preguntaba si Piers no habría tenido algo que ver. ¿Por qué había elegido ese momento para hacerlo? ¿Sería porque tenía que concentrarse en la tarea que tenía que llevar a cabo?

Ella no tenía ninguna intención de liarse con Piers, simplemente quería estar bien cerca para saber más acerca de su padre.

Y si eso significaba jugar con Piers, aceptar invitaciones de él, incluso seducirlo, y flirtear con él, lo haría sin dudar un momento. Al fin y al cabo se lo merecía, por jugar él mismo con cuanta mujer se encontraba.

—¡Así que es por Piers! ¡Porque él puede ofrecerte más que yo! —la cara de Andrew se ensombreció.

—Si no me conoces mejor, Andrew, entonces, lo mejor es que cada cual siga su camino.

Pero él parecía sordo.

—Nunca me hubiera imaginado que tú eras una persona tan voluble, Tess. Ni una persona interesada en las cosas materiales. ¡Dios, debo advertírselo a él! Que no puede confiar en ti. ¡Que vas detrás de él por interés!

Ella se ruborizó. Porque, en realidad, iba por interés detrás de él. Por su padre, no por su dinero.

—Tú, desgraciada... ¡Ni siquiera puedes negarlo! Bueno, ¡buena suerte! ¡Pero no vuelvas a mí arrastrándote cuando él te dé la patada! ¡Porque no dudes que lo hará!

Capítulo 3

Piers le había dicho que la recogería a las siete. A las siete y ocho minutos, ella empezó a impacientarse. Evidentemente, no se moría por volver a verla.

Cuando unos segundos después ella vio un Jaguar de dos puertas a la puerta de su casa, y lo vio salir de él, fue a su encuentro. No quería demostrar que estaba ansiosa por salir con él. No quería que él se cansara pronto de ella.

—¡Estás lista! —fueron las primeras palabras de él.

Al verlo se le hizo un nudo en la garganta. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, un smoking negro, una camisa blanca, y una pajarita negra contrastando. Y como siempre, una mirada picara y burlona. El pelo, sin embargo, dejaba algún mechón que se negaba a seguir la disciplina del peinado. Y ella, ridículamente, estiró la mano para ponerlos en su lugar.

—¿No esperabas que estuviera lista? —dijo ella estremecida cuando él le tomó la mano suavemente.

—Siempre les doy a las mujeres un poco más de tiempo. Siempre lo necesitan.

¡Una buena opinión de las mujeres!

—Yo no. No me gustaría llegar tarde a la ópera y perderme el primer acto —dijo ella, separando su mano de la de él.

—O sea, que sólo te preocupa no perderte la representación. ¿No te importa perderte el acto social que hay antes o después?

—¿Es eso lo que tú echarías en falta? —dijo ella, decepcionada.

¿Era igual a Andrew entonces?

—Estamos hablando de ti, Tess, no de mí —y le abrió la puerta—. Me alegro de que no te hayas vestido de forma recargada. Algunas mujeres exageran con la ropa en las galas de la ópera.

¡Ésas serían las mujeres con las que salía él!

—Me alegro de que apruebes mi vestimenta.

—Más que aprobar. ¡Estás deslumbrante! Pocas mujeres se dan cuenta de que la simplicidad y la elegancia no se riñen. Generalmente, van cargadas de cadenas de oro, joyas y todo lo que puedan ponerse...

Tess sonrió. Era un alivio que le gustase cómo se había arreglado. Había intentado ponerse alguna joya. Pero finalmente las había rechazado porque le parecían baratas y ostentosas. O al menos, pensó que eso le parecerían a él. Entonces, había optado por un camafeo que su madre le había regalado cuando se había graduado, y unos pendientes a juego.

—Hace mucho calor en esta época para que te cargues con joyas —

dijo ella, encogiéndose de hombros—. Esto es Sydney, no es París o Milán.

—Tú brillas sin necesidad de ponerte oro, Tess. Tu pelo es como un adorno natural, más que una corona de brillantes, un marco perfecto para una cara perfecta. Y con tu estatura, y esas piernas… —silbó expresando admiración—. ¡No necesitas nada más!

No podía creer que le hiciera tantos cumplidos, pero de todos modos la halagaba.

—¡No me hagas tantos cumplidos, Piers, que me los voy a creer!

—No me parece mal que te los creas.

¿Creía que tenía que decirle esas cosas? ¿Y por qué causaban ese efecto en ella? ¿Sería porque le confirmaban que su objetivo de atraerlo estaba cumplido?

—No significa que las joyas adecuadas no te pudieran quedar bien. Un collar sencillo de diamantes con ese vestido… ¡Tendrías a todos a tus pies! —él tenía puesta su atención en el tráfico, pero se volvió para mirarla un segundo.

Ella respiró hondo. Le parecía que él quería averiguar si ella apreciaba las joyas de verdad. Diamantes. Seguramente, él sabía que ella no podía permitirse esos lujos. Le iba bien en su profesión. Pero no tan bien. Le había costado mucho tener su consultorio particular en pleno rendimiento, algo que jamás podría haber conseguido sin la ayuda de su desconocido benefactor, su padre.

«¡Está tratando de comprarme!», pensó. La estaba tanteando con el asunto de los diamantes.

—Hace un momento me has dicho que estaba estupenda sin joyas. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? ¿Como está tu padre? —preguntó ella.

Él la miró.

—Se está recuperando. Mañana sale del hospital… contra los consejos de los médicos, por supuesto. Pero insiste en irse.

O sea, que al día siguiente estaría en casa…

Y Piers lo iría a ver. ¡Podría llevarla a verlo!

—Tus padres viven en el puerto, ¿no es así?

—En Point Piper. Pero él no va a ir allí —contestó Piers, entrando en el aparcamiento de la ópera.

Ella hubiera deseado preguntarle adonde iría su padre. La idea de que abandonase Sydney le preocupaba. Pero si preguntaba, despertaría sus sospechas. Además, en ese momento, él tenía otras cosas en qué preocuparse, como en buscar un sitio para el coche.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Piers, cuando se levantaron de los asientos del teatro, con la mejor ubicación.

—¡Ha sido maravilloso! —se volvió hacia él—. ¡La música! ¡Las voces, la puesta en escena, todo! Y el aria del Tercer Acto, sublime... Me hace llorar de emoción... Y a ti, ¿te ha gustado?

Él pareció sorprenderse por la pregunta. Como si la hubiera llevado allí para impresionarla, y por el gusto de ella solamente.

—Mucho —dijo por fin, y la miró profundamente.

Ella desvió la mirada. Él quería hacerle creer que sólo había disfrutado del espectáculo por ella, pero no era cierto. Ella se había dado cuenta de que él había vibrado con la representación, había estado absorto, como transportado, igual que ella.

—Eso me pareció. Me di cuenta de que no te dormías.

—¿Es eso lo que hace Andrew normalmente? ¿Dormirse?

Habría deseado que no nombrase a Andrew y, como toda respuesta, no hizo más que sonreír. Se sentía culpable todavía por haber roto tan abruptamente con Andrew. Tendría que haberlo hecho más suavemente, y tal vez no había elegido el mejor momento. Había herido su orgullo haciéndolo el mismo día que había conocido a Piers y que había aceptado su invitación a la ópera. Y desde entonces, no había sabido más de él.

—Lo he visto hace un par de días —dijo Piers, mientras marchaba en fila detrás de su hermana Phoebe y su prometido Tom, con quienes se habían sentado en el teatro.

—¿Para hablar con él?

—Sí. Nos encontramos en el juzgado.

Ella hubiera deseado preguntarle si el encuentro había sido amistoso, de qué habían hablado, si Andrew seguía enfadado. ¿Habría cumplido su promesa Andrew de advertirle sobre ella? Pero no podía hablar de ello allí. Había demasiada gente rodeándolos, y preguntándole a Piers su opinión sobre la representación.

Un hombre se acercó a Piers a la salida y le dijo:

—No te vemos a menudo en este tipo de galas, Piers. ¡Me da la impresión de que vienes solamente cuando quieres mostrar tu última conquista! —y le guiñó un ojo a Tess—. ¡Siempre con una mujer diferente, tú, demonio, y a cual más hermosa y deslumbrante!

Piers murmuró algo en voz baja cuando se alejó el hombre. Tess se rió y dijo:

—Parece que te ofende la verdad... —aunque por dentro se sintió incómoda.

¿Por qué la habría invitado a la ópera? ¿Habría deseado ofrecerle el recuerdo imborrable de una noche única en la ópera? Quizás tuviera normas morales que lo abstuvieran de intentar algo más. Porque, en principio, él no sabía nada acerca de su ruptura con

Andrew, y tal vez pensara que ella se moriría por tener la oportunidad de una velada así.

Pero tendría que hacerle saber lo que había pasado con Andrew, aunque no quería que pensara que la causa había sido él. No debía sospechar que ella pretendía cazarlo. Una chica debía presentarse difícil para mantener el interés de Piers Branson.

Ella se había olvidado prácticamente de la afirmación que había hecho medio en broma acerca de su fama de donjuán cuando él contestó:

—Estaba pensando en ti, en tus sentimientos sobre lodo. ¡Ese hombre no tiene la más mínima sensibilidad! —contestó Piers.

Ella lo miró. Los ojos de él eran cálidos. Era evidente que se trataba de un hombre que sabía cómo conquistar a una mujer.

Tenía un don especial para hacerle creer que ella era lo único importante sobre la tierra para él.

«Siempre una mujer diferente», la frase del hombre permanecía en la mente de ella.

—Bueno, por lo menos no me va a tomar desprevenida. Mañana estarás del brazo de otra mujer, por lo que se ve.

—Lo dudo mucho —contestó él suavemente.

Y ella no pudo resistir sentirse halagada.

Después de estar diez minutos en la recepción después de la ópera, desde donde habían observado las luces del puerto de Sydney, Piers sugirió:

—Vamonos a un sitio más tranquilo.

—Es una buena idea.

—¿Estás segura de que no te importa que nos vayamos? —preguntó él, mientras la conducía hacia la salida.

Alli estaban las personalidades más importantes de la alta sociedad de Sydney.

—No, en absoluto.

No le hacía demasiada gracia tener que conversar cortésmente con gente que no conocía, aunque había reconocido algunas caras, incluida la del Primer Ministro. No se sentía cómoda en ese lugar. Y se alegró de saber que Piers quería irse de allí también. En cambio, Andrew se habría sentido en su salsa haciéndose ver por toda esa gente.

Aunque los motivos de Piers fueran otros que evitar estar entre gente importante.

—¿Ya te vas, Piers? —le preguntó un hombre. Y Tess reconoció la cara de un conocido empresario—. No te lo reprocho, parece que vale la pena... ¡Quién tuviera tu suerte!

—Discúlpanos... —sonrió Piers como pidiendo excusas—. Se nos hace tarde para otro compromiso...

Y alzó un brazo para taparse la cara en el momento que vio que un fotógrafo se disponía a tomarle una foto.

—¡Fotos no! —dijo mientras pasaban.

En ese momento, Tess se dio cuenta de que ni siquiera se habían despedido de Phoebe y de Tom, que habían desaparecido entre la multitud. Pero, seguramente, Phoebe estaría acostumbrada a ese tipo de escapada de su hermano con una compañía femenina.

—Bueno, ¿a dónde vamos? ¿A un club nocturno? —preguntó Piers, mientras sacaba su Jaguar del aparcamiento.

—Si te apetece... —si no había otro remedio, lo haría, aunque no podía pensar en nada peor: humo, música alta, luces mareantes.

Ella prefería ir a un sitio donde pudiera hablar con Piers. Pero tal vez él sólo quisiera sumergirse en la música y tomar algunos tragos más, hasta que ella estuviera en un estado más propicio para...

Sintió que la boca se le secaba.

—No pareces muy entusiasmada —comentó Piers—. Pensé que a las mujeres les gustaba ir a club nocturnos.

«A esta mujer, no, Piers», le habría dicho.

Suspiró profundamente. Empezaba a sentir que toda aquella farsa no serviría. Estaba jugando un papel que no era el suyo. Y empezaba a sentir que era un gran error.

—Si ese suspiro significa lo que yo creo, estoy de acuerdo contigo. Los clubes nocturnos son un aburrimiento. No se puede ni hablar ni pensar allí. ¿Qué te parece si vamos a tu casa? Podrías invitarme a un café, ¿no te parece?

¿Querría sólo café? ¿O tendría otra cosa en mente?

Se pasó la lengua por los labios nerviosamente.

—Me temo que no tengo café en casa. Tal vez podamos encontrar alguna cafetería abierta, o algún bar bonito por ahí...

—Podemos tomar un café instantáneo, si no tienes del otro. No me importa. Estoy seguro de que las sillas de tu casa son más cómodas que cualquiera de las que podamos encontrar por ahí. Y que nos servirán mejor para conversar cómodamente.

Ella lo miró. Él ya se estaba dirigiendo hacia Sydney Norte.

—Bueno, de acuerdo. Si no te importa tomar café soluble, podemos charlar allí.

—Mensaje recibido, Doctora —él curvó la boca seductoramente.

Ella le sonrió también.

Con su riqueza, su poder, y sus encantos, Piers Branson estaría acostumbrado a conseguir todo lo deseado. Si bien, seguramente, sus

mujeres fingieran una cierta resistencia para conseguirlas.

Bueno, al menos tendría la oportunidad de hablar con él, y de hacerle algunas preguntas.

—No esperes gran cosa de mi casa —le advirtió ella—No es tipo de lugar al que estés acostumbrado.

—¿Qué te hace pensar que yo vivo en un palacio? —los ojos de Piers brillaron con entusiasmo.

—¿No es así? He oído hablar de los Branson, de su mundo palaciego, y su hogar palaciego, sus lujosos apartamentos en todo el mundo, sus propiedades, su propia isla tropical...

—Te suena bien, ¿no es así?

Estuvo a punto de darle una respuesta cortante, pero entonces se acordó de que quería conocer a Julius Branson.

—Bueno... no suena mal.

—Sólo puedes sentarte en una sola silla, sólo puedes comer en una mesa, y acostarte en una sola cama a la vez. Mis necesidades son más simples de lo que te imaginas.

¿Habría nombrado la cama a propósito?

—Bueno, me alegra oírlo. Aunque lo pondremos a prueba cuando lleguemos a mi casa —dijo ella suavemente.

Él se rió con picardía.

—¿A qué te refieres? ¿A la silla o... a la cama?

Ella se ruborizó.

—A la silla, definitivamente —alegrándose de poder aclararlo.

Si no le gustaba, podía dejarla en su casa e irse.

Pero él no contestó nada. Tal vez se lo estuviera pensando. ¿Estaría pensando en no entrar a su casa y desaparecer?

¡No podía permitirlo! ¡Lo necesitaba!

Ella se sumió en el silencio. Pensaba qué estrategia utilizar para hacerlo cambiar de parecer en caso de que le hiciera falta.

Cuando llegaron a la puerta de su casa, y vio que él la seguía, sintió un gran alivio. De pronto, experimentó una gran excitación.

Pero no era nada personal lo que le estaba ocurriendo. Era solamente el desafío de saber que estaba en sus manos el despertarle el suficiente interés como para que él quisiera volver a verla.

—Muy bonita —dijo él.

La casa se veía nueva y moderna. Era espaciosa. Y la mezcla de muebles antiguos y modernos le daba un estilo muy especial. Se alegraba de haberla ordenado antes de irse, por si él llegaba pronto y tenía que invitarlo a pasar. ¡Y él, que había llegado diez minutos tarde!

Lo había sorprendido estando lista. Tal vez ése fuera el modo de

mantener su interés, sorprenderlo con algo inesperado, con lo opuesto de lo que sus mujeres solieran hacer.

Lo descubrió mirando su habitación, su cama, y se había apresurado a decir para serenarse:

—Tienes suerte. Acabo de acordarme de que tengo café en el congelador. Así que te librarás del café instantáneo, después de todo. Vuelvo en un segundo. Ponte cómodo, le dijo alejándose.

—Iré contigo —se oyó la voz de él detrás de ella.

Trató de no ponerse nerviosa mientras ponía el agua a calentar y abría el paquete de café, porque él no le quitaba ojo.

—¿Cuánto hace que vives aquí? —le preguntó él, sentándose en un banco decorado con cerámica, pero sin apartar su vista de ella.

—Hace unos meses —contestó ella, y fue a quitar el agua del fuego, que estaba hirviendo—. Vivía con mi madre antes. No siempre, por supuesto. Porque he tenido que moverme de hospital en hospital durante años. Pero, antes de poner mi consulta particular, estuve viviendo con ella, para ahorrar dinero.

—¿Y te fuiste de casa nuevamente cuando conociste a Andrew?

Ella se puso colorada al oír su nombre, y negó con la cabeza.

—No, yo ya estaba saliendo con Andrew cuando me fui. No, me fui de casa porque mi madre murió. Decidí vender la casa y comprar este piso, que está más cerca de mi consultorio.

De pronto, sintió la mano de él en su hombro. Casi da un respingo.

—Siento lo de tu madre, Tess. ¿Fue una enfermedad prolongada?

—No exactamente. Fue de repente —y sirvió el café. Luego puso unas monedas de chocolate en un plato pequeño.

Él se sirvió una.

—Durante años, sufrió de reumatismo —le dijo, mientras volvían a la sala de estar—. Pero el último año fue especialmente malo. Tendría que haber estado en silla de ruedas si... —se interrumpió. El recuerdo todavía le dolía—. Tuvo un ataque al corazón. Fue muy repentino. Yo no estaba en casa. Y la enfermera que estaba con ella no fue capaz de salvarla.

—¡Qué terrible! —él parecía sinceramente solidario.

—Pero mi madre seguramente lo hubiera preferido, antes de verse confinada a una silla de ruedas. Había sufrido mucho durante los meses previos a su ataque.

—Ahora comprendo por qué te has dedicado a la reumatología. Querías que otros no sufrieran como tu madre.

—Algo así. Siéntate aquí. No es la silla más lujosa deI mundo, pero es muy cómoda.

—Mmm... Tienes razón. No voy a querer levantarme de aquí —le

dijo él, hundiéndose en la silla.

Piers le miró las piernas cuando ella se sentó en otra silla, en una posición más erguida que él. Le recorrió las piernas hasta el tobillo, y luego volvió a recorrerla nuevamente hasta sus rodillas.

Ella se sintió incómoda. Sintió calor.

—¡Menos mal que no eres cirujana de corazón, Tess!

—¿Cirujana de corazón?

—Con esas piernas tendrías una cola larguísima de hombres implorando que los operases urgentemente… ¡No te dejarían tranquila!

Ella se rió.

—Mis pacientes no me ven vestida así, normalmente.

Generalmente, durante el día, llevaba ropa que escondía totalmente sus encantos. Prefería esconder sus piernas largas y disimular su altura. Era una costumbre que la acompañaba desde sus años de prácticas, y de médica interna. Quería que la respetasen y la tomasen en serio.

—¿Sólo te vistes así para gente como yo o como Andrew?

Es decir para los hombres, había querido decir. Y no debía culparlo por pensarlo, porque, en realidad, desde que lo había conocido, había intentado llamar su atención, despertarle cierto interés. Primero en el barco. Y luego esa noche.

—¿Me has dicho que has visto a Andrew? ¿Cómo está? —interrumpió ella.

—¿Quieres decir si te ha nombrado? ¡Oh, sí! Tenía mucho que decir sobre ti.

Ella hizo un gran esfuerzo por no sentirse culpable para que no se le notase en la mirada.

¿Habría cumplido su amenaza Andrew?

Esperó a que Piers le dijera algo. Pero, como no lo hizo, agregó:

—La última vez que lo vi no estaba muy contento.

—No, no estaba muy contento cuando lo vi. Me parece que no lo has visto desde el Día de Australia, ¿no?

Ella se maldijo por hablar. Ahora, él seguramente suponía que Andrew y ella habían roto por causa suya.

Acercó la mano al café. Andrew podría haber cumplido su amenaza. ¿Y cómo iba a decirle a Piers que era Andrew y no ella quien pretendía ir a más y más, y cuyo objetivo en la vida no era otro que ir detrás del dinero y el éxito? Pero no podía decir nada si quería ver a Julius Branson. Porque decirlo habría supuesto echarle en cara su riqueza y estilo de vida. Y ella, sobre todas las cosas, quería conocer a su padre, si es que lo era.

—¿O sea, que habéis roto? —él le clavó sus ojos negros.

No sabía realmente si a Piers era algo que le gustaba o le disgustaba. Los playboys como él seguramente tenían pocos escrúpulos a la hora de quitarle la mujer a otros hombres...

—¿Te importa si no hablamos de Andrew? —le rogó ella.

Que pensara lo que quisiera. Lo importante era que él quisiera verla nuevamente.

—¿Y tu padre? —preguntó Piers, cambiando de tema.

—¿Mi padre? —se le hizo un nudo en el estómago a Tess.

—¿Está vivo aún?

—No he conocido a mi padre.

—¿Quieres decir que se separaron antes de que tú nacieras? ¿O que no se casaron?

Tess respiró hondo. Sabía que debía tener mucho cuidado al hablar de ese tema.

—Su esposo, es decir el hombre que vivió con ella y a quien yo creí mi padre, aunque ella siempre lo negó, dejó a mi madre antes de que yo naciera. El no quería hijos, según me dijo mi madre. Le había dicho que, si alguna vez se quedaba embarazada, la abandonaría. Ella estuvo de acuerdo en no tener hijos sólo por no perderlo, porque lo amaba mucho. Al principio lo aceptó... Pero, cuando supo que estaba embarazada y él le pidió que abortase, no quiso hacerlo. Y entonces, él la dejó. Se divorciaron y mi madre nunca más lo volvió a ver. No quiso verlo nunca más. Volvió a usar el apellido de soltera, y jamás volvió a hablar de él.

—¡Qué cerdo! Me has dicho que creciste creyendo que él era tu padre, ¿ya no lo crees?

Tess negó con la cabeza, y bebió el café.

—Después de que mi madre muriera, fui a buscarlo. No sé muy bien por qué. Simplemente quería saber cosas, supongo. Pensé que mi madre decía que él no era mi padre por resentimiento, porque le había hecho daño. Mi madre siempre había negado que fuera él, pero jamás me había dicho quién era. Decía que no podía decirlo. Murió sin decírmelo —Tess tenía los ojos húmedos.

Ella no había querido decir nada del dinero que todos los años le ingresaban a su madre desde que ella había nacido, y que ahora le ingresaban en su cuenta directamente. ¡Hubiera sido demasiado peligroso decirlo! Seguramente, conocería a los abogados de su madre, y se obstinaría en averiguarle cosas pensando que le haría un favor. Le daba miedo que se descubriera la verdad y que tuviera que enfrentar a Julius directamente, tal vez delante de su esposa Delia. O que Piers se volviera contra ella, por haberlo engañado, y usado. Ella quería saber la verdad, pero en privado, sin que nadie más que ella y Julius se enterasen. No quería herir a su familia. Sólo quería saber la verdad sobre sus orígenes, para poder quedarse tranquila.

—¿E intentaste averiguar algo sobre él?

—Sí. Y me dijo lo mismo que mi madre. Que no era mi padre.

—¿Y lo creíste?

Ella asintió. Le asombraba que él pareciera tan sensibilizado con su problema. La gente no solía describir a un playboy como alguien sensible.

—¿Qué te ha hecho creerlo? —insistió Piers.

Ella se encogió de hombros.

—Lo supe desde el mismo momento en que lo vi. No me parecía nada a él. Tenía el pelo negro y los ojos negros. Y decía que no quería niños. Y que menos iba a aguantar criar a uno que no fuera suyo. Por eso había abandonado a mi madre. Ahora está casado con otra persona, me ha dicho. Y son felices, sin niños.

—¿Y te dijo quién era tu padre? —le preguntó Piers con voz aterciopelada.

Tess tragó saliva.

—Me dijo que mi madre no había querido decírselo, como a mí.

No quiso decirle que el hombre que ella había creído su padre le había dicho que su verdadero padre era un hombre felizmente casado.

Pero no era difícil averiguar quién era su padre, según Michael Lawrence.

Al ver que ella estaba ansiosa por saberlo, le había dicho que su madre había sido la secretaria privada de un hombre muy poderoso, un hombre casado que formaba parte del mundo de los negocios de Australia, y que había hecho una fortuna. Que ellos habían estado trabajando juntos, e incluso habían viajado juntos, por negocios, supuestamente. Y que había vuelto embarazada de uno de esos viajes de negocios. Al decir esto último, el exmarido de su madre no había podido reprimir un gesto de desprecio.

—Pero no tengo pruebas, de todos modos. No me delates. Porque trabajo para uno de sus periódicos; y no quiero perder mi trabajo —había concluido.

Tess había querido saber el nombre del hombre. Cuando le había dicho que era Julius Branson, se había quedado con la boca abierta. No podía creer que uno de los hombres más ricos y poderosos de Australia fuese su padre.

No había sabido qué hacer, cómo acercarse a él para conocer la verdad. Hasta que Andrew había aparecido con la invitación al crucero.

—¿El nombre de tu padre no aparecía ni en el certificado de nacimiento? —interrumpió Piers sus pensamientos.

—No —contestó removiendo los posos del café en el fondo.

¿Le habría contado demasiado a Piers? No quería que se le ocurriera hacer nada para revelarle el nombre de su padre.

—¿Tu pelo es pelirrojo naturalmente, Tess?

Ella se quedó helada. ¿Y si Julius Branson fuera pelirrojo también? Había visto alguna vez alguna fotografía suya en el periódico, pero no en color.

Pero seguramente ella era demasiado susceptible, y a Piers no se le ocurriría relacionarla con su padre.

—Sí. ¿No se nota? —y extendió un brazo blanco—. Me hubiera gustado tener una piel que se bronceara fácilmente con el sol... Poder tenderme al sol durante horas sin problema.

—Muchas mujeres desearían tener tu piel transparente. Y ese pelo —dijo él, mirándola de un modo que le quitaba el aliento a Tess—. Es el color más bello que jamás he visto. Si te pareces a tu padre... No sería difícil averiguar quién es. Porque pocas personas tienen ese color de pelo.

Ella quería cambiar de tema.

—Pero ya he hablado demasiado de mí. Ahora dime algo acerca de ti. De tus orígenes, de tu familia, de tus padres.

Aunque le hubiera gustado decirle que lo que quería era que le hablase de Julius Branson directamente.

La mirada de Piers se oscureció.

—Apenas los recuerdo —dijo después de un momento.

Y ella tardó en darse cuenta de que estaba hablando de sus verdaderos padres.

—Eran amigos íntimos de los Branson, y murieron en un accidente en altamar. Phoebe y yo fuimos adoptados legalmente y fuimos criados por ellos como sus propios hijos. Jules y Dee no podían tener hijos.

—Debes de estarles muy agradecido —dijo Tess, tratando de que no se le escapara el tema de Julius Branson—. La gente dice que sois una familia muy unida. ¿Es eso cierto? —dijo ella, adoptando un aire de simple curiosidad.

—Supongo que no somos diferentes de otras familias.

—La mayoría de las familias no tienen un montón de casas, un yate de lujo, una isla de su propiedad, y una extensión de campos del tamaño de Francia...

—¿Ésas son las cosas que te hubiera gustado tener, Tess? —preguntó él amablemente.

Ella se reprimió un «¡No!» contundente.

—No lo sé. No he conocido esas cosas —dijo ella, no muy convencida de querer conocerlas. Pero si lograba hacerle creer a él que deseaba al menos que le mostrase alguna de esas cosas, tal vez él se decidiera a hacerlo.

Él la miró. Fijó sus ojos en la boca que ella acababa de humedecer en un movimiento nervioso de su lengua.

Ella miró el reloj.

—Perdóname... Pero se está haciendo muy tarde.

—Tienes razón —contestó él, levantándose de su sillón mullido.

Ella también se levantó.

Piers dio un paso hacia Tess. Ella se puso nerviosa.

—Ha sido una noche maravillosa, Piers. Te acompaño a la puerta.

—¡Eh! ¡No vayas tan deprisa! —la mano de él la sujetó por el hombro, y la volvió hacia sí.

Ella se detuvo, descorazonada. Se le doblaban las piernas. Se sentía débil.

Trató de mantener la frialdad.

—¡Lo convenido era un café y una charla agradable! —le recordó.

—Un beso, nada más, Tess. Un beso de buenas noches, a cambio de «una noche maravillosa» —su voz era seductora.

Ella se sintió más floja todavía.

—He estado esperando besar esos labios desde el mismo momento en que te conocí.

Ella negó con la cabeza. Si bien todo su cuerpo la traicionaba. Ella también quería sentir sus labios. Pero tenía miedo de que un beso llevara a otro, y quién sabe qué podría pasar después. Y entonces, una vez conseguida su presa, desaparecería Piers Branson. Y ella habría perdido la oportunidad, la única, de conocer a Julius Branson.

—¡No es mi costumbre besar en el primer encuentro! —protestó ella, aunque la fragancia masculina de Piers fuera irresistible.

—Creía que la frase era «Nunca me acuesto en mi primera cita».

—¡Para algunos es lo mismo!

—No para mí, Tess. Un beso, nada más.

—De acuerdo. Pero aquí no —dijo ella, buscando una escapatoria —. En el porche. ¡Un solo beso de buenas noches!

—Eres una mujer difícil, Tess. Pero si ése es el único modo de conseguir un beso...

—Sí, es la única forma —ella se soltó, y fue hacia la puerta—. O lo tomas o lo dejas —dijo luego, con más valentía ahora que se había alejado de él.

Pero al poco rato estaba nuevamente en ellos, y era peor de lo que suponía. Mucho más embriagador, mucho más íntimo en su pequeño porche, con el aire de la noche acariciándolos, y la oscuridad de la noche con la luminosidad de las estrellas. Y los brazos que la rodeaban eran realmente tentadores.

No estaba bien, pensaba. Pero, ¿de qué otro modo iba a averiguar

la verdad sobre su padre? No lo lograría si no usaba a Piers.

¿Y qué había de malo en un beso?

Pero ella no estaba preparada para el shock que le produciría su beso. La había dejado atontada. Se le habían aflojado las piernas, y se sentía flotando. El calor de su boca sensual, el gusto de sus labios... Primero habían sido besos superficiales. Pero enseguida se habían transformado en besos más profundos y apasionados. La mano de él se movía a lo largo de la espalda de ella. Sus dedos le acariciaban la nuca, hundiéndose en sus rizos.

Y ella se había aferrado a su cuello por voluntad propia. Y sus dedos lo acariciaban y se hundían en su pelo.

—Lo sabía —le dijo él—. Sabía que nuestros labios estaban hechos el uno para el otro...

De pronto, sus palabras le recordaron que estaba con Piers Branson, un playboy incorregible. Debían ser palabras que usaba con otras mujeres. Ella debía reírse de ellas, no darles importancia. ¿Por qué entonces parecía creérselas?

Ahora las manos de él se deslizaban por sus curvas. Ella sabía que debía protestar, pero parecía no poder responder a las órdenes de su cerebro. Sino que parecía pedir más sensaciones deliciosas.

¡Eran tan intensas! Se derretía contra el calor del cuerpo de Piers!

La respuesta de él fue inmediata. La lengua buscó el camino hacia el interior de su cavidad. Y sus corazones bombeaban al unísono.

Pero, cuando ella sintió que la mano de él se había detenido en uno de sus pechos, se puso rígida, y se echó hacia atrás, y separó sus brazos de los hombros de él.

Sintía vergüenza. No estaba bien. Lo estaba usando. Y usando su propio cuerpo para obtener lo que quería. No tenía tanta sangre fría. Aunque él pudiera tomarlo como una sofisticación. Ella no era nada sofisticada. Todos esos años de estudio y de trabajo la habían mantenido alejada de la experiencia amorosa, y no podía tomarlo con tanta frialdad, a pesar de la relación con Andrew.

—¡No me digas que no te gusta, Tess! —la desafió él.

—¡Has dicho sólo un beso!

Y sentía que no debía haber más. Se sentía una Mata Hari, engañando a Piers.

Aunque por un momento le pareció que también ella había caído presa en su trampa. Porque había experimentado sensaciones muy intensas. De haber continuado, el peligro habría sido incontrolable.

Definitivamente, esos juegos no eran para ella.

—Ven a navegar conmigo mañana —le pidió Piers, apartándose de ella, sin intención de volver a abrazarla.

¡O sea, que la quería ver otra vez!

—Yo... ¿No quieres ir a ver a tu padre? —preguntó ella.

Piers la miró con curiosidad.

—La preocupación que tienes por mi padre es muy conmovedora. Ha sido una operación muy sencilla.

—Cualquier operación es seria. ¿Es que no te sientes muy unido a tu padre? —lo desafió ella.

—Al contrario. Tenía idea de volar a verlo el próximo fin de semana. Se va a Akama para recuperarse, nuestra isla en Whitsundays. La casa está siempre abierta. Mi tía Camille, que padece una enfermedad terminal, vive allí permanentemente.

Tess suspiró. ¿Podría mantener el interés de Piers hasta entonces? ¿Y a la vez que estuviera lo suficientemente interesado como para querer llevarla a la isla con él?

—¿Vas a ir el fin de semana? ¿No quiere tu padre que lo visiten hasta entonces?

—Lo he visitado hoy. He ido al hospital. Y creo que no tendrá ningún problema en sobrevivir sin mí una semana más. Phoebe y Tom van a ir este fin de semana. No queremos agobiar a Jules con tantas visitas. Además, estoy con un caso que no puedo dejar en este momento. Tengo que quedarme aquí.

Parecía importante lo que tenía entre manos. ¿Sería importante su carrera de abogado para él? ¿O la usaría como excusa para quedarse en la ciudad para ir detrás de ella?

—¿Y? ¿Vas a venir a navegar conmigo mañana?

—Lo siento. No puedo. Trabajo mañana —dijo ella, recordando lo que le había dicho anteriormente.

—¿Y qué te parece si cenamos juntos mañana por la noche?

Un día navegando sería más seguro que ir a cenar... Le daría la oportunidad de encontrar una excusa para volver por la tarde, por un golpe de calor o insolación.

Ella negó con la cabeza.

—He quedado con una amiga para ir al teatro.

—¿Con Andrew?

—No, con una amiga —mintió ella.

¿Se estaría arriesgando demasiado a que él perdiera el interés?

—¡Posterga la cita!

—¡No puedo!

¿Era eso lo que solían hacer sus amigas?

Decidió llamar a su amiga Pamela al día siguiente para que fueran al teatro por la noche.

—Mira, Tess. Iré a navegar el domingo en lugar de mañana. Ven

conmigo entonces, Tess.

Ella suspiró. ¿Cambiaría Piers sus planes por una mujer muy a menudo? Tal vez para lograr sus conquistas fuese capaz de todo.

Piers necesitaba una mujer que pudiera suponer un verdadero desafío. Y ésa era ella. Porque ella sabía que no se mezclaría con él. No se implicaría en la relación… ¿O no era así?

Entonces recordó que se lo habían advertido. Y una mujer prevenida podía defenderse mejor. ¡No habría más besos!

Pero una vez que él la había besado una vez, ¿cómo iba a hacer para rechazarlo la próxima vez sin que él se cansara de su juego y se apartara de ella? ¡Seguramente habría otras mujeres dispuestas a jugar con un hombre como Piers!

—Nunca he ido a navegar —admitió ella.

No quería demostrarle demasiado interés, pero tampoco tanta indiferencia.

—Estoy seguro, Tess, de que aprenderás rápido —sonrió él con sus dientes blancos—. Te recogeré a las ocho y media el domingo. ¿Es muy temprano para ti?

—Estaré lista. A las ocho y media en punto. No diez minutos más tarde.

—¡En punto, señora! Trae crema protectora para el sol, un sombrero, y tu traje de baño.

Ella se quedó viéndolo alejarse. Caminaba con gracia con su smoking negro. Y desapareció en la oscuridad. Una vez que subió a su coche, ya a la luz de la calle, la saludó con la mano, a pesar de que ella no había encendido la luz del porche.

Piers había picado el anzuelo. Ella se sintió excitada. Hacía mucho que no se sentía así.

A partir de ese momento iba a tener que andar con mucho cuidado. Era un juego muy delicado. Una verdadera prueba de su ingenio. Tenía que mantenerlo a distancia por un lado, y mantener su interés por el otro.

Lo que no quería pensar demasiado, ni siquiera contemplar la posibilidad, era si ella no habría sido víctima de su propia trampa.

Capítulo 5

—¿No vas a tener mucho calor con pantalones? —le preguntó Piers cuando la recogió el domingo, a las ocho en punto.

—Si hace calor más tarde, me puedo cambiar —le dijo señalando el bolso que llevaba. No había una nube en el cielo, y ya hacía calor a esa hora.

Tenía una gorra, pantalones cortos, crema protectora, bañador y toalla en el bolso. Pero la verdad era que había preferido que Piers no le mirase las piernas como aquel día. Aunque debía admitir que a ella se le iban los ojos a las piernas musculosas de él, espléndidas debajo de los pantalones cortos blancos. Y sus brazos bronceados con un vello viril asomando por las mangas de su polo...

Cuando llegaron al puerto deportivo, el lugar ya estaba en plena actividad. Tess observó los mástiles alrededor, y las gaviotas. Se preguntaba cuál sería el barco de Piers.

Ella había esperado un barco lujoso como el de Julius Branson, y cuando conoció su yate, relativamente modesto, tuvo que reprimir una expresión de asombro.

—Es bonito, ¿no? —le preguntó él entusiasmado.

Ella se dio cuenta de que Piers sentía un gran aprecio por ese barco. Lo había mirado con cariño. Y ella se preguntó cómo sería que sus ojos se posaran sobre ella de ese modo.

—Es muy fácil de manejar. Es lo que me gusta. Puedo navegar solo en él. Y es muy adecuado para carreras. Siempre responde como tú quieres —la miró con picardía, mientras la ayudaba a subir.

¡Dios! ¡No estaba describiendo su barco solamente!

—¿Intervienes a menudo en carreras con el barco? —preguntó ella, apartando la mano que él había tomado previamente en el momento de subir.

—Casi todos los fines de semana. Mira, ¿por qué no pones tus cosas abajo, te pones la gorra y subes conmigo para adornarlo mientras lo suelto?

¿Adornarlo?

—¡Me parece mejor que te busques otro adorno! Puedes mostrarme las normas, y yo puedo echarte una mano...

Él la miró travieso. No sabía por qué. ¿Por su acritud, o por la idea de darle una mano?

—¿O sea que nunca has navegado antes? —el tono era burlón.

—¡Siempre hay una primera vez! He estado muy ocupada con otras cosas en todos estos años.

—¿Andrew no navega?

Ella lo miró con desdén. ¿Se creería que todo el mundo navegaba?

—No todo el mundo tiene tiempo libre para el ocio, o tiene los medios económicos para hacerlo —se oyó decir.

Enseguida se arrepintió de decirlo. Pero no era cuestión de disculparse. Debía estar demasiado acostumbrado a que todo el mundo le pidiera disculpas y estuviera a sus pies. Entonces, decidió aliviar sus palabras con una sonrisa. Y en sus ojos descubrió el mismo sentido del humor. Fue un alivio.

Tess se dio la vuelta y se dirigió a la cabina de abajo.

Cuando regresó, se había recogido el pelo debajo de una gorra, y tenía los brazos y la cara cubiertos de crema.

Insistió en ayudar, y él apreció su ayuda, comentando algo sobre que las mujeres normalmente preferían sentarse y dejarle el trabajo a él.

La ciudad fue desapareciendo detrás de ellos. La bruma iba tapando los edificios como sábana blanca. Había otros barcos alrededor, y Piers necesitaba estar alerta todo el tiempo. Tess disfrutó de la brisa en la cara. Era una sensación nueva y agradable. Y también disfrutaba viendo a Piers: su pelo oscuro, su perfil bien delineado contra el cielo azul. Le recordaba a los piratas y bucaneros...

A mediodía, Piers dejó las velas. Estaban pasando por una casa con un pequeño muelle. Se veía una pista de tenis y una piscina en los alrededores.

—Es mi antigua casa. Mis padres aún viven allí, cuando están en Sydney. Yo vivo en el apartamento de arriba de ese bloque que está al lado. Phoebe vive en el piso de abajo, y piensa vivir allí con Tom, cuando se casen.

—¡Tienen una vista increíble esas casas! —murmuró Tess.

¿Estaría pensando invitarla a su casa? Tess miró a la antigua casa de Piers, la de su familia, demostrando interés.

Julius Branson vivía en esa casa... cuando estaba en Sydney. Si no se hubiera ido a su isla particular a restablecerse, estaría en esa casa ese día. Y tal vez Piers la habría llevado allí. Maldijo la oportunidad perdida... Pero enseguida se arrepintió de maldecir, porque se sintió egoísta e insensible. El pobre hombre se estaba recuperando de una operación. Debería pensar en él. Seguramente todavía se sentía dolorido.

—Me gustaría saber en qué piensas, Tess. Estás muy pensativa. Apuesto a que quieres atracar, y que echemos un vistazo a mi viejo hogar. Las vistas, como puedes apreciar, son magníficas.

—¡No! —exclamó—. Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir, Tess. Relájate. No tengo ninguna otra

idea en mente. Te lo aseguro. Al menos… —sonrió con malicia—… sin tu consentimiento. Simplemente pensé que querrías ver la casa… y las vistas. Honey está allí. No estaremos solos.

—¿Honey?

—Sí, la señora Honey para ser preciso. Es la persona que cuida la casa de Jules y Dee. Y va a limpiar mi casa y la de Phoebe una vez a la semana.

—Debe ser mucho trabajo todo… —murmuró Tess.

—La ayuda Joe, el señor Honey. Y una hija casada que viene a echarle una mano cuando hace falta. Joe se ocupa del jardín, y hace los trabajos pesados de la casa —hizo una pausa—. ¿Te gustaría ir a verla o no?

Ella dudó. Si aceptaba la invitación a la casa, tal vez tuviera la oportunidad de encontrar una foto en color de Julius Branson. Y en caso de encontrarse con un hombre pelirrojo, podría confirmar sus sospechas.

—Mejor otro día —dijo ella, cambiando de opinión.

Sería más seguro. La forma en que la miraba Piers no le inspiraba confianza.

Una vez que la tuviera en esa casa enorme… O si conseguía, con cualquier pretexto, hacerla entrar en su apartamento… ¡No podía arriesgarse!

Lo que le preocupaba no era que en ese caso tuviera que luchar para quitárselo de encima, sino todo lo contrario. Y eso no debía ocurrir. No le convenía implicarse en una relación con Piers mientras no tuviera acceso a Julius Branson. Podría ser una complicación para su objetivo.

—De acuerdo. Almorzaremos a bordo —dijo Piers entusiasmado; y la condujo a la cabina—. ¡Las damas primero! Comeremos dentro, resguardados del sol.

Tess deseó no estarse metiendo en la boca del lobo.

Porque la cabina era cómoda, cálida, íntima…

Piers sacó una botella de vino y la comida.

—Es la comida especial que ha preparado Honey —dijo él, mostrando unos trozos de queso, carne fría, y pan crujiente.

—¡Estupendo! ¡Me muero de hambre! Debe de ser por este aire fresco —ella se sentó por detrás de una mesa pequeña.

Piers puso unos platos y sirvió el vino. Luego se sentó en el lado opuesto de la mesa.

Durante el almuerzo, ella le preguntó cosas acerca de su vida con los Branson, y se enteró de que antes de que se hubiera graduado como abogado en la universidad, Julius lo había enviado al norte a sus

estancias, a trabajar durante un año.

—Julius cree que es un modo de endurecerte el trabajar en el campo.

—¿Y es cierto? —preguntó ella.

Piers era fuerte, irradiaba dureza. Habría tenido todos los privilegios del mundo, pero no parecía que eso lo hubiera ablandado, ni mental ni físicamente. Se lo veía vigoroso, inteligente, y tenía algo que siempre le había faltado a Andrew, sentido del humor.

Él se encogió de hombros, y sonrió.

—Física y mentalmente. Todo el mundo debiera hacerlo. Ciertamente ensancha los horizontes de una educación convencional. Te hace más fuerte en cuerpo y alma. Aunque me alegré de volver de allí.

—¿Te alegraba volver a las luces de la gran ciudad y su vida de lujo?

—¿Es a eso a lo que tú hubieras querido volver?

Ella iba a negarlo, pero se arrepintió.

—Realmente nunca he vivido una vida así. Jamás he vivido una vida de lujo, vacaciones en un país tropical...

No quiso seguir, por miedo a excederse en sus comentarios. Y prefirió resguardarse alcanzando su copa de vino.

—Me he pasado mucho tiempo metida en mis libros de medicina y en los consultorios de médicos —agregó luego.

—¿Nunca has estado de vacaciones en un lugar tropical?

Ella jugó con su copa, y luego contestó:

—Una vez estuve en la Costa Dorada, en el Paraíso de los surfistas. Pero preferiría ir a lugares menos turísticos, si tuviera la oportunidad de volver a ir. Tal vez una de las islas, Hayman, Hamilton. Lo malo es que actualmente esos lugares son bastante turísticos ya. Y muy caros.

Ella se levantó de la mesa y recogió los platos y copas, y los llevó al pequeño fregadero.

De pronto, estando de espaldas a él, sintió las manos de Piers en su cintura. Se quedó paralizada. Pero luego, con una risa desdeñosa, se apartó de él y dijo:

—Me voy a cambiar —y evitó mirarlo, porque ese aspecto tan masculino que tenía, en ese lugar tan pequeño y cálido, la ponía nerviosa—, ¡Hace un calor horrible aquí!

—¿Vas a nadar después, de haber tomado todo ese vino?

—Casi no he bebido. No debiste beber tanto. Yo estoy bien —y se llevó su bolso para cambiarse en el diminuto servicio.

Cuando volvió, él no estaba a la vista. Pero, al subir, se lo encontró esperándola, con un traje de baño negro pequeñísimo.

Era un espectáculo digno de admiración. Y además, él no le quitaba la vista de encima en ese momento, en que ella se estaba quitando una camiseta para quedar sólo con su traje de baño.

En cuanto ella se metió al agua, él la siguió, sumergiéndose a su lado. Emergieron juntos, riéndose y disfrutando del placer del agua. Ella lo desafió a una carrera, lo que era una tontería porque sabía que él ganaría de antemano.

—¡Si te pillo me gano un beso! —gritó él.

Y por supuesto, la alcanzó. Y pidió su premio, el beso más salvaje y erótico que jamás había experimentado ella. Afortunadamente, al hundirse, el beso se había disuelto. Y después de reírse, ella logró apartarse de él y nadar hacia el barco.

De pronto, sintió las manos de él en sus hombros.

—¡Me estoy helando! —gritó ella—. ¡Ayúdame a subir al barco! ¡Estoy muerta! ¡Me has matado! —dijo ella, cuando logró subir.

—¿Qué tal va el frío? —le preguntó él de pie a su lado.

—¡Oh! Bien, ahora está bien —dijo ella sin poder reprimir una mirada picara.

—Eres una bruja, no te creo... —dijo él, sospechando que había sido un truco de Tess para escapar de él.

—Dame la toalla, por favor —le suplicó ella—. No puedo moverme. ¡Hace mucho que no gasto tanta energía!

—¿Qué me vas a dar a cambio? —le dijo él, con la toalla colgando de un dedo—. ¿Otro beso?

—Me parece que debes aprender, Piers Branson, que todo lo que quieres no lo vas a conseguir inmediatamente. Además, me parece que ya te han malcriado bastante. Así que, creo que no va a pasarte nada si por una vez no consigues lo que te propones.

—¿Yo malcriado? —y comenzó a secarle los brazos y piernas, rozándole las piernas con sus propias piernas.

Ese contacto le hacía unas deliciosas cosquillas. Ella se sentó abruptamente.

—¡Me voy a achicharrar si me sigo quedando aquí en cubierta! —dijo ella, y le quitó la toalla y se puso de pie—. Me voy a vestir...

Entonces, mientras estaba abajo vistiéndose, oyó el motor del barco nuevamente, listo para salir.

Una vez en el puerto, él se apresuró a alzar las velas.

Había sido un día agradable y divertido. Y ella sentía que los dos se lo habían pasado bien. ¿O lo que le gustaba era el juego de seducción?

—Hacía mucho que no me relajaba tanto, ni me reía tanto como hoy —comentó Piers, mientras la llevaba de vuelta a su casa.

—Me alegro de saber que puedes disfrutar de cosas simples de la naturaleza —dijo ella, sintiendo que compartía ese sentimiento.

—También es agradable ver que tú disfrutas de cosas que antes no habías experimentado, Tess, como navegar, o ir a la ópera, o ir cenar con estilo... —se sonrió él.

¿Sonreía por sentirse satisfecho de sus logros con ella?

—¿Cenar con estilo? —no comprendía bien—. ¿Te refieres a la comida de hoy en el barco?

Él se rió.

—No exactamente. Me refiero a la cena de mañana por la noche. Me gustaría llevarte a Kables. ¿Has estado alguna vez allí?

¡Ir a cenar con él al día siguiente! tragó saliva. ¿Acaso no era lo que había estado esperando? Al fin y al cabo, el siguiente fin de semana iba a ir a ver a su padre, y si quería que la llevase a verlo...

—No, no he estado nunca allí. Pero creí que tenías un asunto muy importante que resolver mañana.

—Pero eso será durante el día. Y la cena es por \» noche. Y la noche es nuestra, Tess. ¡No me digas que no!

Y ella sabía que debía decir que no. Que no debía hacerle creer que se moría por probar su vida de lujo y diversión, que no debía hacerle creer que él le interesaba. Pero su objetivo era llegar a Julius Branson.

—Bueno, puede ser —dijo, sabiendo que en el fondo era lo que quería decir.

—¿Qué te parece si compramos comida hecha en el camino y comemos en tu casa? No me quedaré mucho tiempo —dijo él, satisfecho con la respuesta de ella.

—Tengo que leer algunas cosas para mañana. Tengo que comprobar algunos informes.

¿Qué quería decir con «poco tiempo»?

Ella sintió pánico. Cinco minutos con él, en su pequeña casa, era mucho tiempo para ella. ¡No tenía confianza en él! ¡O no se tenía confianza a sí misma!

El recuerdo de los besos de esa tarde en el agua la estremecía.

Debía evitar cualquier encuentro íntimo con él hasta el fin de semana.

Suspiró.

—Me gustaría tomar un baño tranquilamente. Y tengo que lavarme el pelo. Apenas comeré una ensalada, y daré por terminado el día. Me duele un poco la cabeza. Supongo que será por el sol —dijo ella.

—No hay problema.

Era seguro que él no creía lo de su dolor de cabeza. Se lo revelaba su gesto.

Cuando se bajó para ayudarla a recoger sus cosas al llegar a su casa, ella se apresuró a agradecerle el encuentro y le dijo.

—No hace falta que te molestes. Gracias por un día maravilloso. ¡Adiós! —y se dirigió a la puerta.

En ese momento, vio a alguien que se acercaba a su casa. Era una figura familiar, y detrás de él un Volvo también muy conocido. Era Andrew.

—¡Andrew! —dijo ella. Y miró hacia el coche de Piers que aún no había arrancado.

—¡O sea que me dejaste por él!

—¿Andrew, me has estado espiando? ¿Cuánto tiempo llevas por aquí?

—No todo el día y toda la noche, te lo aseguro—. Vine ayer para ver cómo estabas, pero no te encontré en casa. Cuando vine esta mañana, todavía no habías vuelto. ¿Has pasado la noche con él? ¿No es así? Y todo el día de hoy por lo que se ve...

—¡Oh, Andrew! ¡He estado navegando todo el día! Y anoche estuve con Pamela. Se lo puedes preguntar. Aunque no tengo por qué darte cuenta de mis movimientos. Hemos hecho un alto en nuestra relación, ¿no te acuerdas?

—¡Oh, sí! Sé muy bien que no puedo ofrecerte lo que él, un Branson, nada menos.

Tess se puso colorada. Seguramente, Piers estaba oyendo toda la conversación. E iba a pensar mal de ella.

—Ha sido una buena idea que nos separásemos, Andrew. Porque, por lo visto, tú no piensas muy bien de mí. ¡No me conoces!

—Nadie te ha robado a Tess, Andrew. En primer lugar, no te pertenece. ¿Dónde está el anillo de boda? ¡Ni siquiera estabais viviendo juntos!

—Sólo estábamos saliendo juntos —aclaró Tess.

—¡Yo te había propuesto matrimonio!

—Y yo te dije que no, porque no quería casarme contigo. No estaba segura de mis sentimientos, ¿te acuerdas?

—¡Tú enseguida cambias de opinión por interés, en cuanto ves el signo dólar delante de tus ojos!

Tess suspiró.

¿Cómo podía defenderse de semejante acusación? Seguramente, ésa era la impresión que daba.

—Andrew, vete a casa. No tiene sentido seguir dando vueltas sobre algo que ya se acabó —no podía mirar a Piers, que seguramente se alegraría de no volver a verla—. Estoy cansada y con dolor de cabeza. Y voy a darme un baño.

Tess de alejó de ambos sin volver la vista atrás, sabiendo que probablemente sería la última vez que viera a Piers Branson.

Capítulo 6

Realmente no estaba segura de lo que la había llevado a ir con su coche a los tribunales. No sabía si había sido simple curiosidad por ver a Piers en acción, o si la había llevado la desesperación después de la pasada noche. Piers le había propuesto cenar con él esa noche, pero eso habia ocurrido antes de la aparición de Andrew.

No se resignaba a pensar que los comentarios de Andrew pudieran estropear totalmente sus planes, haciéndole creer que ella estaba detrás de él por interés, es decir, por dinero. Cuando encontró el juzgado, que ya estaba lleno de gente, se quedó en la fila de atrás, y esperó que comenzara la sesión.

El desenvolvimiento de Piers en el juicio era digno de atención, algo que le sorprendió porque, después de lo que había dicho Andrew sobre él, había esperado la actuación de un novato.

Defendía su caso con destreza. Y no había exagerado nada cuando le había dicho que tenía un caso importante.

Al principio no lo había reconocido, camuflado como estaba con una peluca gris, y su cuerpo atlético envuelto en una toga negra. Pero, desde el mismo momento en que abrió la boca, no dejó de centrar la atención del público. Sus argumentos eran demoledores, y 66

el interrogatorio a los testigos, enérgico. Al mirar al jurado se podía adivinar compasión por su cliente. En un intervalo del juicio, al salir del recinto durante unos minutos, ella estaba convencida de que iba a ganar el caso.

¿La habría visto? No estaba segura. Cuando ella se había ido de la sala, él estaba de espaldas, y el resto del tiempo había estado tapada por la gente. Ahora sólo le quedaba esperar a que él apareciera.

Cada vez que sonaba el teléfono pensaba que podría ser él, aunque estaba segura de que no podía ser, ya que él debía estar aún en el juicio.

Se había pasado la hora de la comida en el juicio, y esa tarde, al volver a su casa, estaba muerta de hambre. Lo primero que hizo fue escuchar el contestador telefónico y, al oír su voz, sintió un gran alivio.

—Te pasaré a recoger a las siete y media. Vamos a ir a Kables, así que, ponte algo más seductor que el traje que llevabas hoy en el juicio.

¡O sea, que la había visto! ¿Se lo tomaría como que lo había estado espiando?

Esa tarde se arregló cuidadosamente. Le dedicó especial atención a su cabello y al maquillaje, y se puso un vestido que no solía ponerse muy a menudo, por un lado porque era de un azul eléctrico muy

llamativo, y por otro, porque era demasiado corto y ajustado, y Andrew se había quejado una vez de que se lo pusiera en su presencia, porque le daba la impresión de que quería llamar la atención.

—¡Te está mirando todo el mundo! No hace falta que llames más la atención sobre tus largas piernas y tu figura —le había dicho.

Y desde entonces, sólo lo había usado una vez, para una boda a la que había ido sin Andrew, porque él se encontraba de viaje.

Se miró en el espejo grande. ¿Se sentiría incómodo Piers Branson con ella vestida de ese modo?

Después de todo, era un vestido muy sencillo. Sólo era muy corto, y el color muy brillante. Le acentuaba la cintura, y la curva de sus caderas. No tenía mangas, v en los hombros llevaba unos tirantes.

Seguramente, Andrew habría exagerado.

No se había puesto ninguna joya o adorno, para no llamar más la atención.

—¡Guau! —exclamó Piers al verla.

—¿Es demasiado brillante? ¿Muy corto? ¿Muy sexy?

—No, es deslumbrante. Creo que he elegido el lugar adecuado para que lo luzcas. ¿Nos vamos?

«Para que lo luzcas», pensó ella. ¿Eso era lo que creía que ella deseaba?

—No lo suelo usar apenas. No me gusta llamar la atención —le dijo.

Ella sólo quería que Piers la mirase.

—Si lo hubiera sabido, habría llamado a algún servicio de comidas a domicilio. Porque te aseguro, Tess, que van a mirarte en todos los sitios a los que vayamos.

Al pensar en la posibilidad de una cena íntima en casa de Piers, se le aceleró el pulso. Un restaurante sería más seguro. Sólo la presencia de Piers ya era una tentación...

La gente del restaurante era demasiado discreta para demostrar su admiración al verla. Pero hubo miradas entre los comensales cuando el camarero los condujo a una mesa.

—Medio vaso solo —insistió Tess, cuando el camarero quiso rendirle honores—. No suelo beber durante la semana. Trabajo mañana, y el champán se va directamente a la cabeza.

—¿Quieres que pida agua helada también?

Ella se alegró de que él no insistiera en rellenar su copa de champán cuando se la bebió. Andrew en cambio se obstinaba en hacerlo hasta que la botella estuviera vacía.

—Espero que no te haya molestado que haya ido al juzgado hoy. No me he dado cuenta de que me habías visto.

—¡Oh! No suelo perderme nada en la sala de juicios —dijo él con arrogancia—. Y no, no me ha importado. Al contrario. Me sentí halagado. ¿Te interesó el caso?

—Mucho. Me daba tanta pena esa pobre mujer. Al fin y al cabo, las circunstancias la habían llevado a ello, después de tantos años de sufrimientos, malos tratos y humillaciones. Parecía estar en un estado de shock. Estoy segura de que el jurado también se sintió solidario con ella.

—De momento están de su parte. Espero que no haya ninguna sorpresa en el último momento.

—¿Te refieres a testigos que puedan declarar en contra?

—Todo es posible —y la miró intensamente.

Ella no entendía aquella mirada. Podía indicar sorpresa, entusiasmo, respeto, quizás.

—Bueno, te deseo suerte —dijo ella bebiendo un sorbo de agua.

Él había pedido vino, además de champán.

—Espero que no la condenen. Estás llevando el caso con mucha sensibilidad. Tus argumentos... —Tess hizo una pausa. Iba a decir que la habían dejado sin aliento. Pero luego dijo—: Fueron más poderosos que ninguno de los de la acusación.

Pero no habían sido sólo sus argumentos lo que la había impresionado. Había sido su voz, sus modos, la fuerza de su discurso. Iba a ser una gran pérdida para el mundo de las leyes que dejara de ejercer su profesión cuando se muriera su padre, o se retirase, y tuviera que tomar las riendas del imperio de los Branson.

—¿No te va a ser difícil dejar tu carrera cuando llegue el momento? Es decir, cuando lleves tú los medios de comunicación de tu padre.

El la miró con interés. ¿Qué estaría pensando?

¿Estaría demostrando demasiado interés por él?

Seguramente, un hombre como él querría hacer todo el trabajo de la seducción solo, y no que le demostrasen mucho interés, o que fueran detrás de él.

—¿Piensas dejar la abogacía, no es así? —le preguntó, esperando que él le dijera que no.

Él fruncía el ceño mirando la copa, luego jugó con el borde de cristal.

—Bueno, no puedo hacer ambas cosas —contestó, con un gesto que parecía indicar que no era asunto de ella.

—No, por supuesto que no —dijo, disimulando su decepción.

Tess cambió de tema, porque se hubiera visto tentada de criticarlo por abandonar su vocación, y tampoco quería demostrar demasiado

interés por su vida.

Al llegar a su casa, él le preguntó si podía entrar. Ella sintió que su corazón se aceleraba. Después de dudarlo un momento, asintió.

—Ésta no es la primera cita, Tess —se rió él irónicamente—. Ni una segunda. ¿Cuanto tiempo me vas a hacer esperar para darme un beso como es debido?

Ella sintió que había cometido una locura invitándolo a entrar. Sabía a dónde llevaría un beso. Por algo Piers tenía esa fama de playboy.

Lo miró escépticamente.

—Si supiera que vas a contentarte con un beso...

De sólo pensar en un «beso como es debido», su corazón se revolucionaba.

¿Qué quería decir con eso?

Podía respirar la tensión que se alzaba entre ellos dos.

De pronto, sintió cómo posaba sus manos sobre los hombros desnudos de ella y la obligaba a mirarlo.

Sintió miedo.

Piers tomó su cara con ambas manos, y le dijo:

—No tengas miedo, Tess. Siempre me satisfacen tus besos —agregó con voz aterciopelada.

—Quiero decir...

Pero no pudo seguir, porque, a partir de ese momento, la invadió una nube de sensaciones. Su beso la apartó totalmente de la realidad, y del sentido común.

Cuando sintió que su cuerpo se apretaba contra el de él, y que se sumía en una especie de inconsciencia eufórica en la que deseaba más sensaciones a cada momento, intentó volver en sí, y luchar para regresar a la realidad. Entonces, puso las manos sobre el pecho de Piers, y lo apartó.

—¡Bueno! ¡Ya está! ¡No dirás que no ha sido un beso en condiciones! —lo miró a los ojos.

Los ojos de Piers aún conservaban la llama del deseo, su boca aún con el gusto sensual de un beso.

—Yo había pensado en un beso que durase toda la noche.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en luchar contra ello, Tess? —preguntó él, acariciándole los labios con un solo dedo, y luego la mejilla—. Sé que tú también lo quieres. Lo deseas tanto como yo.

Se estremeció ante aquel pensamiento. No se le ocurrió hacer otra cosa que volver a negar con la cabeza.

¿Tendría miedo de que, al abrir la boca para decir «No», pudiera

salirle un «Sí»?

—¿Es por Andrew?

—No, por supuesto que no. Ha terminado nuestra relación. Y, a pesar de lo que ha dicho Andrew anoche, no tienes nada que ver en ello.

—Entonces, ¿qué es lo que te frena? —preguntó alzando una ceja.

—Es demasiado pronto —pestañeó ella nerviosamente.

—Tess... —él la atrajo hacia sí, pero ella dio un paso atrás.

—Ambos sabemos que es lo que queremos —dijo él—. ¿Por qué luchar contra ello? No somos chiquilines inocentes. Sabemos perfectamente lo que hacemos. Tomaré precauciones, no te preocupes. Te deseo, Tess. Nunca he deseado tanto a nadie —dijo él seductoramente.

Ella se apartó ante sus palabras.

¿Usaría esas palabras con todas las mujeres? ¿O solamente con las que necesitasen un poco más de trabajo?

—Y lo que Piers Branson quiere tiene que tenerlo, ¿no? Supongo que nadie te ha negado nada en toda tu vida.

Ella esperaba enfriar un poco la situación con unas palabras cortantes.

—No ha habido nada en mi vida que haya deseado tanto como a ti —dijo él, sus ojos negros sumergiéndose en el azul de los de ella.

Tess se rió nerviosamente.

—¡Y una vez que me hayas conseguido, irás detrás de otra cosa! ¡O de otra persona!

El apartó la mirada. Tal vez reflexionara sobre lo que acababa de oír. Pero ella empezaba a arrepentirse. No quería ahuyentarlo.

—Si lo que quieres es una relación seria y profunda, con un anillo en el dedo...

—¡No! —exclamó ella—. Lo que quiero decir... —se interrumpió. No quería que él pensara justamente que lo que ella buscaba era una relación seria—. Piers, ¿no podemos simplemente pasarlo bien juntos y ver lo que pasa? Y no me refiero a ese tipo de diversión al que te refieres tú... ¡Aún no! —agregó cuando él se acercó a ella como si hubiera tomado su pedido como una invitación.

Pero los ojos de Piers se habían achicado y era muy difícil saber lo que pensaban.

Se adivinaba cierto alivio en él, tal vez por acabar con la tensión que se había instalado entre ellos al hablar de una relación seria.

—Piers, tienes el juicio mañana por la mañana. Será mejor que nos despidamos —y se dirigió hacia la puerta de entrada—. Y yo tengo consulta —abrió la puerta—. Por favor... —le rogó, al ver que él no se

movía.

—Al final dirás que sí, Tess —dijo él con una sonrisa de tigre acechando su segura presa.

—Dame una semana, Piers —rogó ella—. Un poco más de tiempo para conocernos... —era un juego, porque hacía pocos minutos lo había acusado de lograr todo lo que quería, y de estar malacostumbrado. Podía reírse de ella y decirle que había más peces en el mar, y más fáciles de pescar que ella.

Y entonces, tendría que buscar otro modo de encontrar a Julius Branson. Por otra parte, tenía un sentimiento de desolación que sabía que no tenía nada que ver con Julius Branson. ¡Maldición! ¡A ella le gustaba Piers, y disfrutaba de su compañía, al margen de la atracción sexual! Era inteligente, excitante, estimulante, nada aburrido, y parecía sorprenderla a cada instante con una nueva faceta desconocida y positiva de su personalidad. Era un playboy sin ninguna intención de tener una relación seria con ninguna mujer, un donjuán ingobernable, seguro de sí mismo y de su poder sexual, pero tenía otras cosas que tomaba en serio, como su trabajo de abogado, sus clientes, incluso, estaba segura, el negocio de medios de comunicación de su padre, porque había pasado mucho tiempo trabajando para su padre... Y los fines de semana prefería salir a navegar en lugar de asistir a compromisos sociales y fiestas de la alta sociedad.

Piers se acercó a ella. Pero esa vez no intentó estrecharla en sus brazos. Sólo acercó una mano hacia su mejilla. Ella se estremeció.

—De acuerdo, Tess. No más presiones hasta dentro de una semana. Pero te rendirás antes. Te lo aseguro —y sonrió, antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

Durante el transcurso de la semana, no hubo un día que no supiera nada sobre Piers. Se encontraban cuando podían o se llamaban por teléfono.

Piers no sólo se estaba ocupando de su juicio, sino que también estaba pendiente de los negocios de su padre mientras Julius se recuperaba en el norte. Tess se preguntaba cómo hacía para hacer tantas cosas, incluso tenía tiempo también para ella.

Andrew había dicho algo así como que él jugaba con su carrera de abogado y con los negocios de su padre. Pero no sabía qué pensar acerca de ello. Tal vez Piers estuviera esperando tomar las riendas de la empresa de su padre, y mientras tanto se entretenía en otras cosas. Pero era una pena que dejara su carrera.

Pero eso no era asunto suyo. Ella tenía otras cosas de qué preocuparse.

¿Se iría Piers a la isla de su familia sin ella?

Ella tenía que asegurarse de que no fuera así.

Había logrado que Piers le diera una semana de tregua. Tal vez pudiera ir a la isla con Piers. ¿Y si no ocurriera eso? No podía seguir usando a Piers indefinidamente. No era justo, aunque él sólo quisiera una cosa de ella.

Tess suspiró. En cierto modo, las cosas se le estaban yendo de las manos. Ella no había contado con la posibilidad de que se sintiera tan atraída por Piers, y que él intentara tan fervientemente conseguirla.

Cuanto antes pudiera terminar todo, mejor.

Cada vez que se encontraba con Piers, ya fuera para comer o a la hora del café, le preguntaba por su padre, por su familia, por la isla, y si su padre se recuperaba bien en el clima tropical, y si mantenía el contacto con sus compañías, o si él, Piers se ocupaba de ellas.

—Mi padre siempre está presente en sus asuntos. Siempre está al corriente de algún modo. Aunque esté a punto de que lo entierren, no deja de llamar por teléfono para ponerse al tanto.

Tess sintió un escalofrío al oír sus palabras. No quería ni bromear con la posibilidad de su muerte.

¡Quería enterarse de la verdad!

—¿Quieres decir que no es capaz de descansar?

—¡Oh, sí! Se toma vacaciones. Suele ir una vez al año a Grecia e Italia con mi madre, o hacer algún viaje. Phoebe y yo nos ocupamos del negocio en su ausencia. Pero, si hay que tomar decisiones importantes, Julius es quien las toma. Aunque esté en la costa italiana en ese momento. Siempre está en contacto por teléfono.

—¿Nunca te has sentido frustrado por no poder tomar ninguna decisión importante?

¿Sería por eso por lo que se ocupaba tanto de su cañera profesional? ¿Para sentir que en algún lugar era él quien decidía?

—No soy el director general. Pero tengo varias gerencias en las compañías de la familia, como todos, o sea que, en cierto modo, todos formamos parte en el control, y en las decisiones. ¿Por qué te interesas tanto, Tess? ¿Te gustaría verme dirigiendo el imperio de mi padre?

—¡Dios mío, no! Eso significaría que tu padre… —se interrumpió. No quería pensar en la muerte de su propio padre—. No quise decir eso… —se rió nerviosamente—. Se está recuperando de una operación, no hay nada que amenace su vida. Estoy segura de que va a vivir mucho tiempo. ¡Espero! —agregó fervientemente.

—¿Te gustaría conocerlo, Tess?

—¿Qué quieres decir? Él está… en el norte —apenas pudo decir.

Ella suponía que le iba a decir que, cuando se recuperase, volvería a Sydney y podría visitarlo, pero escuchó decir:

—Sí, pero este fin de semana voy a ir a verlo. Podrías venir conmigo, Tess.

Ella se quedó sin habla. No sabía cómo disimular su excitación.

—Vuelo a Rockhampton el viernes, es decir, mañana a media mañana. Julius enviará el helicóptero para que me recoja desde allí. Podemos volver el domingo por la noche. O el lunes. ¿No tienes ninguna posibilidad de tomarte libre el lunes? Tendríamos un día más para estar allí —le sugirió.

—Tengo sala de operaciones por la tarde. Puedo intentar arreglarlo como para retrasar las citas.

¡Estaba postergando las citas con los pacientes! No podía creerlo.

¿No sospecharía Piers de que ella hubiera aceptado tan rápidamente? «¿Pensaría que era por él?», pensaba ella.

—Bueno, si no puedes, podemos regresar el lunes por la mañana —Piers la miraba desconcertado.

—Te lo diré por la mañana —le prometió ella—. ¿Le has dicho a tu padre que me llevarías?

Si Julius Branson era su padre, debería saber que ella iba a ir. Julius seguramente conocería su nombre, porque le había enviado dinero durante todos esos años.

—Se lo he dicho a mi madre. Le he dicho que esperaba llevar a una reumatóloga inteligente, atractiva, encantadora. También le dije que eras una pelirroja con gran sentido del humor. Mi madre comentó que sería algo novedoso que llevase a casa a una chica inteligente y con humor, al menos una vez en la vida. Mi madre tiene mucho sentido del humor también.

Tess suspiró. Si su madre era una mujer tan relajada ¿Por qué Julius Branson había sido tan paranoico en el sentido de mantener en secreto la existencia de una hija? ¿Porque no era ella su hija? ¿Le habría mentido Michael Lawrence? ¿O se habría equivocado?

Pero, ¿quién otro podía ser?

Tenía que ser alguien muy cercano a su madre que se habría ocupado de su futuro, y que habría podido pagar colegios privados y universidad. Y que habría mantenido económicamente a su madre después de nacer Tess.

—¿Por qué tantos suspiros, Tess? ¿Estás nerviosa? —la interrumpió Piers.

Ella se ruborizó y se rió.

No se había dado cuenta de que Piers estaba observándola.

—Bueno, puede que sí, un poco.

¿Por qué iba a negarlo? Mucha gente se hubiera sentido nerviosa en su lugar. Julius Branson tenía fama de ser un hombre que

intimidaba, una figura formidable.

¡Si Piers hubiera sabido lo nerviosa que se sentía!

Capítulo 7

—¿Qué ocurre, Tess? —gritó Piers entre el ruido del motor—. ¿No has montado nunca en un helicóptero? Estás muy tensa.

Tess se sobresaltó al sentir el contacto de la mano de Piers sobre la suya; y tomó consciencia de lo aferrada que estaba al asiento.

—No, nunca he estado en un helicóptero —no era el vuelo lo que la ponía tan nerviosa. Era la idea de conocer a Julius Branson.

—¿Qué te parecen las vistas? —preguntó Piers.

—¡Oh! ¡Fantásticas! —en ese momento se dio cuenta de que, a pesar de que estaba mirando, no había reparado en toda la belleza el paisaje de la costa de Que—ensland. Los colores diferentes del agua eran increíbles: verde ópalo, turquesa, cobalto de distintos tonos hasta convertirse en un color marino suave. Podían distinguirse los corales en el fondo.

—No estamos muy lejos. ¿Ves esa franja de tierra que se ve allí? Es Akama, nuestra isla.

Tess se volvió a poner tensa; y fijó los ojos en la mancha oscura que se divisaba, y que se iba haciendo cada vez más grande a medida que se iban acercando. Incluso distinguía las palmeras en la playa de arena blanca.

—¿Le has dicho algo a tus padres sobre mí? —preguntó, ansiosa—. ¿Saben cómo me llamo y todo?

—¿Tu nombre? ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía?

—Yo... Es que no me gustaría llegar sin que les hayas avisado...

—¡Ah! —sonrió él—. Quédate tranquila, Tess. Le he contado todo a Dee sobre ti. Y ella estaba más preocupada por cómo pudieras sentirte tú en la casa que por ninguna otra cosa. Por mi tía y mi padre...

—¡Oh, sí! —Tess se había olvidado de su tía, enferma terminal, y se sintió un poco culpable por no haber preguntado por ella—. ¿Cómo está tu tía?

—La pobre está muy débil. Pero ella no se queja. Es una mujer muy dulce y valiente. Tiene una enfermera permanente, pero mi madre está haciendo todo lo que está a su alcance para que sus últimos días los pase lo mejor posible. Aunque sólo le queden semanas, o días de vida. Quiere que se sienta cómoda al menos.

—Tu madre parece una mujer maravillosa —dijo Tess con un nudo en la garganta.

La entristecía pensar que le estaba haciendo algo malo a esa mujer. ¿Qué derecho tenía a meterse en la vida de esa gente y acabar con su tranquilidad y su felicidad?

Ella no quería hacer eso. Y no lo haría. Ella sólo quería saber quién era su padre. Y que Julius Branson la reconociera al menos en privado como su hija. Para ella, sería más que suficiente con ello. Le daría la oportunidad de agradecerle lo que había hecho por su madre y por ella, y le aseguraría que seguiría guardando el secreto si él lo quería así. Y se apartaría de la vida de Julius Branson.

Aunque eso significaría salir de la vida de Piers también, algo que le producía más pena de lo que hubiera imaginado. Pero era inevitable que ocurriese, conociendo la fama de Piers con las mujeres.

Pero todo dependía de que tuviera la oportunidad de hablar con Julius Branson en privado. Si no, se conformaría con haberlo conocido. Con haber visto su cara, oír su voz.

El helicóptero aterrizó en una pista especialmente ideada para ello, al borde del bosque, muy cerca del chalet de la familia, una casa típica del norte tropical, en lo alto, con toda una galería con balcones inmensos. En los alrededores de la mansión, un campo verde, al que daban sombra las palmeras, y al fondo, el paisaje de Whitsundays. Piers le dijo que tenían también un par de bungalows que destinaban a los invitados de la familia.

—Estaremos con tu familia, ¿no es así? —preguntó ella, ansiosa.

El aire era espeso con la humedad del ambiente. El canto de los pájaros, la esencia penetrante de las flores y aquel clima de humedad espeso daban la sensación de un baño de vapor.

—No temas, mi querida Tess. Estaremos con Julius y Dee. El piloto me ha dicho que se quedará en uno de los bungalows. Y la tripulación del Mistique, que llegará a lo largo de la semana, tiene la opción de ocupar el otro bungalow o quedarse en el barco.

No salió nadie a recibirlos, lo que inquietó a Tess. ¿Se habría enterado Julius Branson de su visita, y, al reconocer su nombre, habría arreglado las cosas para que su familia no estuviera presente? Pero era ridículo pensarlo. Porque ellos iban a estar el fin de semana en su casa.

—¡Puedo llevarla sola! —le dijo Tess a Piers, sobresaltada por su estado de nervios, cuando él quiso llevarle el bolso.

—Mi familia no es un ogro —le sonrió él, sorprendido al verla tan tensa.

Ella pensó que él, seguramente, confundiría su reacción, y pensaría que ella estaba tan deseosa de darle caza que se preocuparía por ser aceptada por su familia.

—Bueno... A alguna gente no le gustan los extraños, sobre todo cuando se están recobrando de una enfermedad, como tu padre, o cuando hay una persona al borde de la muerte.

—Saben que eres médica, Tess. Saben que no vas a hacer nada que pueda ponerlos incómodos.

—Sí, supongo que soy un poco tonta.

Lo acompañó hasta la puerta de entrada, y luego a través de la galería en sombras. Y al llegar a la puerta, ésta se abrió milagrosamente. Apareció una mujer filipina muy menuda, que le sonrió muy complacida al verlo.

—¡Ah! ¡Evelyn! ¿Cómo estás? —Piers se colocó a un lado para dejar pasar a Tess delante de él—. Evelyn, ésta es la doctora Keneally —dijo cuando entraron a la casa fresca—. ¿Está lista la habitación de invitados?

—Por supuesto. ¿Acaso no está siempre lista? —dijo Evelyn.

Tess miró a Piers. No esperaba ser la primera invitada de Piers a la isla de sus padres, pero la afirmación de Evelyn la inquietó.

Entonces se dedicó a echar un vistazo al hall de entrada, observó los pisos lustrados, las vasijas de metal con plantas llenas de hojas, los jacintos amarillos en un florero que adornaban una mesa de mármol.

Miró hacia un salón deliciosamente amueblado. Era un lugar fresco, y elegante en su sencillez. No había señal alguna de opulencia, como ella se había imaginado. Seguramente, la reservarían para su mansión de Sydney.

Evelyn le quitó el bolso, y entonces dijo, dirigiéndose e Piers:

—El señor Branson dice que, después de que se hayan refrescado un poco, los espera en el salón para tomar algo juntos.

—O sea, que está levantado, ¿no? —dijo Piers.

—No esperará tener al señor Branson en un lecho de enfermo, ¿no es así?

Piers sonrió con picardía. Y Tess se vio sonriendo también. Era evidente que Evelyn no se sentía nada cohibida por su tan poderoso jefe. Tal vez no fuera como lo pintaban los medios de comunicación.

¿Cómo debería comportarse ante su presencia? ¿Cómo reaccionaría él ante ella? Y sobre todo, ¿cómo reaccionaría ella ante él?

Cuando Piers golpeó la puerta de la habitación de huéspedes, Tess se sobresaltó.

—¿Tess, estás lista?

Se miró en el espejo, pensando si habría sido mejor recogerse el pelo o llevar ropa con colores vivos, o algo más femenino, pero finalmente se resignó y salió de la habitación.

—Te has cambiado. No hacía falta. Aquí todo es informal. Los pantalones que llevabas antes estaban bien.

—¿No te gusta lo que llevo puesto? —en ese momento se dio cuenta de que era la primera vez que le pedía opinión a un hombre

sobre su ropa.

—Querida Tess, a ti cualquier cosa te queda bien —comentó Piers.

Pero ella no se quedó tranquila.

En el momento de acompañarla al salón, no hizo ningún intento de llevarla del brazo, ni de ningún contacto con ella. ¿No querría que sus padres pudieran deducir una relación íntima, incluso mayor interés del que solía dedicar a sus relaciones, como buen playboy?

Pero eso no era motivo de preocupación en ese momento.

Piers se hizo a un lado para hacerla entrar al salón. Sintió rígidas las piernas, como si no pudieran moverse. Sentía la presencia de Piers detrás de ella, aunque no su tacto.

Tess no vio nada en el salón. No era capaz de mirar otra cosa, a excepción de un hombre sentado en un sillón mullido frente a los ventanales, la cara oscura y ensombrecida en el contraste de la luz, y el pelo plateado por el mismo motivo.

Ella casi no podía respirar. El hombre se levantó de su sillón.

—¡Jules! ¡No hace falta que te levantes! —protestó Piers.

Pero era tarde ya. Porque el hombre ya estaba de pie, aunque se lo veía algo encorvado, tal vez porque sintiera aún algo de dolor.

—¡No soy un inválido! —soltó.

No se acercó a ellos. Esperó que ellos se acercaran a él.

—Has traído a alguien contigo, por lo que se ve —dijo Julius.

Tess sintió un nudo en el estómago. El hombre no sonreía.

—Sí, Jules... Quisiera presentarte a Tess Keneally. Ella es...

—Doctora. Lo sé. Dee me lo ha dicho —no parecía que su nombre le hubiera hecho algún efecto.

Julius le extendió la mano, y Tess tuvo que acercarse a él para saludarlo.

El apretón de manos fue firme pero breve. No parecía querer expresar nada con ese saludo.

—Espero que disfrute de su visita —dijo el hombre, aunque educadamente.

—Gracias —la voz le salió de las profundidades.

No podía ser su padre, pensó ella. Ese extraño, tan distante, no podía serlo.

No había nada en él que pudiera suponer un signo de reconocimiento o sentimiento de simpatía. Ella había pensado siempre que habría heredado su pelo pelirrojo de su padre, ya que su madre era rubia. Pero ese hombre tenía el pelo totalmente blanco, y las cejas también. Y por sus facciones, no se adivinaba que hubiera sido un pelirrojo. Sus ojos eran azules, pero no como los suyos.

—Tess estaba muy ansiosa por conocerte, Jules —dijo Piers.

Ella lo hubiera matado.

—¿Sí? —dijo Julius Branson con frialdad.

Era imposible que fuera su padre. Ningún padre podría permanecer tan distante al ver a su hija por primera vez. Y menos un padre que se había ocupado de su hija en todos esos años, y que continuaba enviándole dinero dos veces al año.

Michael Lawrence se había equivocado. Y ella había hecho mal en mezclar a Piers en todo eso.

Suspiró profundamente.

—Bueno, sí —contestó con más serenidad de la que hubiera esperado—. Tenía...idea de que conocía a mi madre, ¿puede ser?

—¿Su madre? —preguntó sin inmutarse.

En ese momento, sintió que Piers se ponía rígido, y ella se sonrojó. Seguramente, Piers se preguntaba por qué no se lo había dicho. Pero, si hubiera sospechado que lo buscaba para conocer a Julius Branson, no habría querido saber nada con ella.

—Rosalind Keneally —dijo ella, clavando la mirada en Julius.

—Trabajaba para usted como secretaria. Hace mucho tiempo de eso. Antes de que yo hubiera nacido. Y me dijo que usted era un jefe estupendo —era cierto. Su madre se lo había dicho, aunque jamás había dado a entender que había una relación íntima entre ellos entonces.

¿Sería que no habría tenido una relación íntima con él?

—¿Antes de que hubiera nacido? Mmm... ¡Ah, sí! Ahora recuerdo... —dijo sin darle mucha importancia—. Tuve una secretaria muchos años, su nombre era Rosalind. Ros Keneally. Me invitó a su boda... Pero no puedo acordarme del nombre del novio... ¿Malcolm? ¿Michael? ¿Cómo está tu padre? —preguntó con frialdad.

¡Julius Branson creía que su padre era Michael Lawrence! No era posible que el hombre que fuera su padre no supiera que tenía una hija.

En el momento en que Piers le puso la mano en la cintura como para darle ánimos, ella se sobresaltó.

—La madre de Tess se divorció de su marido, Jules, después de dejarla cuando nació Tess. No era el padre de Tess. Él no quería tener hijos. Por eso la abandonó.

Tess se alegró de tener el apoyo del brazo de Piers, porque en caso contrario no se habría sostenido.

Se sentía débil, pero no dejaba de mirar la cara de Julius Branson, a la búsqueda de alguna señal. Pero sus esperanzas se desvanecieron completamente.

Incluso le había parecido que él expresaba cierto disgusto por el

hecho de que su hijo llevara a una chica con semejante pasado. Una chica que no había conocido a su padre, su madre divorciada. No sería un pasado demasiado alentador a sus ojos.

Entonces, Julius fue hacia el bar, y les preguntó:

—¿Qué vais a beber?

A Tess le daba igual. Pero a lo mejor algo de alcohol le haría bien.

—Para mí con hielo, Jules —le dijo Piers al verlo con la botella de whisky—. ¿Y tú, Tess?

—Tomaré whisky, también.

No volvieron a hablar de su madre. Julius no le hizo preguntas, incluso parecía ignorarla. Tess se preguntaba si se comportaría del mismo modo con todas las invitadas de Piers, o si lo haría sólo con algunas.

Se acomodó en su sillón, y contestó a las preguntas de Piers sobre su salud, luego le preguntó algunas cosas sobre sus negocios, y luego le dijo a Piers, ignorando a Tess.

—Vamos a comer en el Mistique. La tripulación piensa llevarte por los alrededores. Te están esperando.

—¿No vais a venir Dee y tú?

—No tengo ninguna gana de que pasarme toda la tarde moviéndome en un barco. Y Dee dijo que te verá a la hora de la cena.

—No le he dicho «hola», siquiera. ¿Dónde está?

—Le está dando el almuerzo a tu tía Camille. La pobre tiene un día muy malo hoy, y Dee va a quedarse con ella.

—¿No puede quedarse con la enfermera? —preguntó Piers, frunciendo el ceño— .Dee no podrá con su alma cuidando a dos inválidos.

—¡No soy un inválido!

Piers le guiñó el ojo a Tess.

—¡Soy perfectamente capaz de cuidarme solo! Y en cuanto a la enfermera de Camille, hemos tenido que mandarla en avión este fin de semana. Tenía una boda en su familia. Tu madre está contenta haciendo de enfermera. Ella fue enfermera, recuérdalo. Le gusta encargarse de mi cuñada.

—Dee siempre está dispuesta a encargarse de quien lo necesita —la ternura de Piers por Delia Branson era evidente—. Siempre se ha encargado de cuidar a gente desde que la conozco, desde que Phoebe y yo aparecimos en vuestras vidas.

—Dee fue una segunda madre para ti —le recordó Julius—. Incluso desde antes de que vosotros vinierais a vivir con nosotros. Tus padres a menudo os dejaban con nosotros cuando estaban en viaje de negocios. Y fue una suerte que lo hicieran esa última vez. De no ser

así, habríais estado con ellos.

Por primera vez, Tess reconoció un ápice de emoción en Julius.

Piers, consciente de que Julius no estaba incluyendo a Tess en la conversación, le explicó.

—Se mataron todos los pasajeros.

—¡Oh, qué terrible! —dijo involuntariamente.

La idea le resultaba muy penosa. Pero no podía dejar de pensar en Dee, alguien que parecía un ángel a la vista de todos. Una mujer dedicada a los otros por entero. Y a quien no hubiera querido hacer daño con la noticia de ser hija de Julius Branson.

En cierto modo, sin saber por qué, sintió un alivio al pensar que Julius Branson no era su padre. Por nada del mundo hubiera querido lastimar a una mujer tan amada y tan entregada a los suyos como Delia Branson.

Y aunque apenas pudiera admitirlo, también había otra razón más personal e íntima.

Tess se apoyó en la barandilla del Mistique, dejándose acariciar por el viento, mirando el azul turquesa del mar, todos sus sentidos seducidos por el paisaje del trópico, lleno de islas apenas divisadas en la distancia detrás de una bruma púrpura.

Ella alzó una mano para saludar a otro barco.

—Nunca he estado en un lugar tan bonito —comentó—. Es mejor que la playa de Manly.

—¿Siempre vas de vacaciones allí?

Ella se volvió a ver si él estaba bromeando. Pero, en su cara, a menudo había una expresión burlona que la confundía.

—No, no siempre. He estado en la Costa Dorada, Y una vez en Singapur. No es que tenga nada contra Manly tampoco...

—Estoy de acuerdo contigo. He estado navegando por allí más de una vez.

—Eso es lo que tú preferirías estar haciendo ahora, ¿no? Navegar en tu yate, a través de los Whitsundays. Este barco... —ella hizo un gesto con la mano, abarcando el yate gigante en el que estaban—. ¿Navegar en un yate tan grande no supone mucha diversión para ti, no es así? No hay desafío en ello para ti.

—¡Te equivocas! Estoy exactamente en donde quiero estar. Contigo. Y eso ya es suficiente desafío.

Ella no quiso tomárselo demasiado en serio, pero no pudo evitar sentirse halagada.

—¿De verdad?

¿Eso era todo lo que ella era para él, un desafío?

Ahora que el fantasma de Julius Branson había desaparecido entre

ellos, porque evidentemente no era su padre, y que no necesitaba a Piers cerca, empezó a preguntarse cómo sería…

Uno de los hombres de la tripulación, un joven de cara bronceada, llamado John, les sirvió un almuerzo con mariscos y ensalada en cubierta. Mientras comían, se dio cuenta de que Piers la miraba de manera extraña.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, confundida ante su enigmática mirada.

—¿No puedo mirarte, simplemente?

—Me miras como si… No sé, como si estuvieras preocupado por algo. O sintieras curiosidad…

—Es por la forma en que estabas, Tess. Parecías pensativa, eso es todo. ¿Te preocupa algo?

Al parecer, Piers leía su pensamiento.

—Estaba pensando… —hizo una pausa, suspirando—. Piers, no debí haber venido —le dijo de pronto—. Soy una intrusa. Tu padre no está bien. Tu tía está al borde de la muerte. Tu madre está muy ocupada —lo miró clavándole la mirada—. ¿Por qué me has traído?

—Pensé que querías venir.

Ella se puso colorada. ¿Había sido tan obvio?

—Sí. ¿Y quién no iba a querer pasar un fin de semana en una isla tropical?

—¿Era eso todo, Tess? —fijó los ojos en ella, exigiendo una respuesta—. ¿Pasar un fin de semana de relax?

—Yo… No siento que a tu padre le hace gracia que yo esté aquí —terminó diciendo—. Es evidente que no le gusto. No aprueba mi presencia.

—Jules es así, simplemente —dijo Piers, quitándole importancia—. Mi padre piensa que todas las mujeres que traigo aquí están detrás de la fortuna de los Branson.

«¿Todas las mujeres?», pensó. O sea, que ella era la última adquisición de Piers Branson. Pero ella lo había sabido desde siempre. ¿Así que, por qué sentirse incómoda ante la idea? ¿Sería eso sentir celos?

—Y tú crees que yo soy diferente, ¿no es así? —sonrió ella.

—Tess, tú no eres en absoluto como las otras. Tú eres… —él hizo una pausa. Sus ojos la quemaban—. ¡Maldita sea, Tess! ¿Crees que me importaría aun si estuvieras detrás de mi último céntimo? ¡Estoy loco por ti!

Ella sintió un escalofrío recorriéndola. Estaba turbada por sus palabras, sacudida por ellas y por el tono de su voz y la llama de sus ojos.

—Y me parece que tú tampoco me encuentras repulsivo, ¿no, Tess?

—No exactamente —murmuró Tess.

Entonces, apareció nuevamente John trayendo la fruta, lo que no supo si tomarlo como un alivio o no.

—Tess... —Piers esperó a que John se marchara—. Tengo una curiosidad...

—¿Sobre qué?

—¿Por qué no me dijiste que tu madre conocía a Jules?

—Yo... —titubeó, pensando qué decir—. No quería que pensaras que estaba usando el nombre de mi madre para... caer simpática a tu familia —tuvo un golpe de inspiración.

—¡Oh, Tess! —él entrelazó sus manos a las de ella—. Debí suponerlo. Supongo que he estado con muchas mujeres retorcidas. Muchas de ellas hipócritas. Tú no eres como ellas, Tess. No eres del tipo de gente que usa .a los otros.

Ella sintió vergüenza. Bajó la mirada.

—Tienes los dedos pringosos —dijo ella, sonriendo—,es el zumo del mango.

—Bueno... Si estoy pringoso ya, puedo ofrecerte un trozo de piña también, ¿no te parece? Mira, abre la boca.

Ella abrió la boca obedientemente. Y se inclinó hacia él.

—Mmm... —murmuró. Pero no era sólo el dulzor de la pina, sino lo sensual que le resultaba que Piers le introdujera el trozo en la boca.

¿Y por qué no iba a disfrutar de esa sensación? Ya no había nada que se lo impidiera. Ni cuestiones éticas, ni personales, ni legales. ¡Julius Branson ya no se interponía entre ellos!

Era una liberación sentirlo así.

Pero, ¿era conveniente sentir esas cosas por Piers?.

Ella nunca se había metido en una relación sin que hubiera sentimientos profundos de por medio, y cierto grado de compromiso. De pronto, recordó sus palabras: «Si lo que quieres es una relación profunda y seria, Tess, con un anillo de boda en el dedo...».

Por otro lado no era su tipo. Nunca le habían gustado los playboys ricos, que tenían a su alcance todo lo que deseaban. Ése no era su mundo. El mundo de Piers tenía diferentes ideales, valores y amigos. Ella era una doctora trabajadora, con gustos simples, necesidades modestas, y se tomaba la vida en serio y con compromiso. No era el tipo de chica para Piers.

Era evidente que él se sentía atraído por ella. Pero sería algo físico, simplemente. Y ella, por su parte, buscaba otra cosa en las relaciones.

—Umm —John apareció a recoger la mesa—. Ya se ve el arrecife, señor Branson. Llegaremos allí enseguida.

Tess se levantó de un salto.

—Será mejor que vaya a lavarme las manos —y desapareció.

La tarde fue casi mágica. Y no sólo por el arrecife Great Barrier, los colores fantásticos del coral y sus formas increíbles, que se movían y retorcían con las olas, aunque evidentemente esas cosas aumentaban el encanto.

Se trataba de la compañía de Piers, de la inmersión con un tubo de oxígeno para ver esas maravillas de !;; mano de él, compartiendo esas sensaciones. Y luego explorar el arrecife a pie con él, con sandalias de plástico para no lastimarse con los corales. El agua acariciando su cuerpo, y las manos de él con caricias más sensuales aún. Cada instante se detenían para besarse, descubriendo juntos no sólo los secretos del arrecife, sino sus más íntimos secretos.

Ella nunca se había sentido tan feliz, tan excitada, tan viva.

Era maravilloso saberse libre para sentir. Lo único peligroso era justamente eso: sentir demasiado. Temía verse demasiado implicada emocionalmente y que la hiriesen.

Pero de eso se preocuparía más tarde. No quería estropear ese fin de semana maravilloso por nada del mundo.

Capítulo 8

Volvieron a la isla de Akama al atardecer, con el tiempo justo para refrescarse y cambiarse para la cena. Entonces, se instalaron en el salón, donde había aire acondicionado, para tomar algo antes de la cena. Y allí fue donde Tess conoció a Delia Branson, la mujer que había criado a Piers y Phoebe.

—Querida, se te ve radiante... —fueron las primeras palabras de la mujer al ver a Tess.

Estaba sentada y le sonreía.

Era un poco más baja que Tess, y tenía el pelo rubio ceniza, con una franja de canas que casi le cubría los ojos grises. Llevaba una falda sencilla y una blusa, y llevaba muy poco maquillaje. Era la genuina mujer de un millonario, una mujer muy natural y elegante a la vez. Además, parecía muy agradable.

Tess se sintió tensa. Se preguntaba si la mujer habría deducido que ella estaba radiante por su hijo.

—El crucero bajo el sol tropical, señora Branson, con toda la belleza que hemos visto, sería suficiente como para sentirse radiante. Éste es mi primer viaje a Whit—sundays. Es un sitio muy bello.

—Sí... —dijo una voz detrás. Julius Branson le ofrecía una copa a Tess—. Nos gusta esto porque es muy íntimo... y está virgen —su tono era frío, como si estuviese reflexionando—. Y queremos que siga así... así que ésta será tu primera y última visita.

—¿Va a venir a cenar con nosotros la tía Camille, Dee? —intervino Piers, molesto por la afirmación descortés de su padre.

—No. No vendrá. Prefiere no aparecer por aquí cuando hay... extraños —contestó Juliús, antes de que Dee pudiera abrir la boca.

—Tess no es una extraña, Jules —protestó Piers—. ¿No le has dicho que Tess es una amiga mía? Además, Tess es médica, y muy buena. Así que no diría nada que la incomodase.

Tess lo miró sorprendida. ¿Qué sabía él si ella era una buena médica o no?

—¡Ah, sí! Nuestra invitada es una mujer entregada a su profesión, Dee —dijo Julius, torciendo la boca, casi como un insulto.

Una mujer dedicada a su profesión... ¿Sería por eso por lo que le caía mal? Su esposa había dejado su profesión al casarse con él. ¿Querría ver a su hijo con una mujer similar? Y encima, era una persona sin padre conocido, y estaba fuera de su círculo de amistades de la clase alta...

Evelyn fue a decirles que la cena estaba servida, una aparición muy oportuna.

En la mesa, fue Julius Branson quien dominó la conversación. Le hizo preguntas a Piers sobre varios asuntos de las compañías, sobre cuestiones legales, sobre propiedades que poseía la familia y acerca de gente que conocía. Piers trató de incluir a Tess en las conversaciones, sacando temas que pudieran interesarle, pero no sirvió nada, porque Julius volvía a los suyos sin seguir la conversación anterior.

Lo único que hizo la cena soportable fue la llama que había en los ojos de Piers cada vez que la miraba, aunque ella sabía que estaba inspirada más en el deseo que en otros sentimientos. Ella también lo deseaba, no podía negarlo.

—¿Crees que tía Camille se molestará si vamos a verla después de cenar? Me gustaría que conociera a Tess —preguntó Piers a Dee.

—Yo... —Dee no pudo decir más.

—Es muy tarde —protestó Jules—. Debe haberse acostado. Pero me ha dicho que le gustaría verte por la mañana, Piers, después del desayuno. Pero sólo a ti. No está con ganas de ver gente, me ha dicho. E incluso si tuviera ganas, yo no lo permitiría. Está muy débil, y se pone nerviosa muy fácilmente. Sabes lo frágil que es.

Nuevamente, Tess se sintió como una intrusa. Lo único que la consolaba era la actitud de Piers hacia ella. Y la sonrisa cálida de Dee.

—Los Cunningham estarán de regreso en Australia la semana que viene —anunció Julius—. Son viejos amigos nuestros, que han estado viviendo en Europa durante algunos años. Piers y su hija Serena solían jugar juntos —Tess se asombró de que se dirigiera a ella. Luego Julius desvió la mirada de Tess y le sonrió a su hijo—. Dicen que se ha transformado en una joven muy bella y encantadora. Siempre ha sido muy dulce y guapa. Tiene muchas ganas de verte, Piers, después de tantos años.

Tess se esforzó por permanecer impasible ante el comentario. Pero, por lo menos, explicaba la hostilidad de Julius hacia ella. Julius Branson tenía otra persona en mente para Piers, y no quería que ella se interpusiera entre Serena y Piers.

—Mmm... recuerdo a Serena... —Tess sintió celos—. Aunque siempre estaba con Phoebe más que conmigo.

Julius sonrió con picardía.

—No estabas demasiado interesado en las chicas en esos tiempos, como ahora...—agregó Julius.

¿La volvería a ver ahora que Serena estaba a punto de reaparecer en escena?

¿Cuánto tiempo más iba a estar Piers de su parte, ahora que sabía que su padre no la quería en sus vidas?

Cuando la cena terminó, Tess respiró aliviada.

Después de la frescura de la sala, el calor del jardín se volvía opresivo. Era la esencia de las flores exóticas y la humedad que volvían pesado el aire.

Atravesaron un sendero entre árboles. No había una gota de aire.

Piers la sujetó por la cintura.

—Una noche para un romance… ¡Mira el tamaño de la luna! —dijo Piers.

Tess levantó la vista hacia la luna enorme. El cielo estaba estrellado. Sintió que Piers la acercaba más. Su corazón latió como una bomba, parecía salírsele del pecho.

La luz de la luna los guió hacia la playa, a través de árboles enormes y plantas exóticas.

Cuando llegaron a la arena, se quedaron sentados a la orilla, debajo de una palmera, mirando el agua traslúcida. Una luna gigante parecía poder alcanzarse con la mano, y se reflejaba en el agua debajo.

—Lo único que nos hace falta ahora, es alguien que toque la guitarra.

—Si me lo hubieras dicho, yo habría traído la mía.

—¿Tocas la guitarra? No puedo creerlo…

—¿Por qué te sorprende tanto? No lo hago nada mal. He ganado un premio en una fiesta del hospital. Mi amiga Pamela, que es muy buena en todo, me enseñó lo básico. Me relaja mucho, después de un día de mucho trabajo.

—¿También cantas?

—Por supuesto —sonrió ella—. Ahora, cómo canto es otra cuestión. Pero, como nadie me escucha, no me importa.

—Me gustaría escucharte —Piers le acarició la nuca, haciéndole cosquillas eróticas.—Con esa voz que tienes, apuesto a que tu voz cantando tiene que ser increíblemente sexy.

Ella le hubiera dicho que no tan sexy como él. No podía pensar demasiado, con esa sensación agradable entre sus rizos. Sentía las piernas fuertes de Piers contra las suyas, los músculos de su pecho contra sus senos, sus caderas… Sintió que una llama se apoderaba de su cuerpo.

—Piers, yo…

—Lo sé —deslizó la mano desde la cabeza hasta su cuello—. No luches contra ello, Tess. Es lo que hemos deseado desde el mismo momento de conocernos…

—¡Es lo último que tu padre quisiera para ti! —exclamó Tess.

Piers se sonrió con desdén.

—Cuando se trata de las mujeres de mi vida, mi padre y yo

generalmente no coincidimos.

«Las mujeres de mi vida», nuevamente sintió una punzada.

Ella era la última, de una larga lista. Y ninguna le habría hecho gracia a su padre.

—¿Y Serena? Parece la mujer ideal para ti. Tu padre piensa que acabaréis juntos frente al altar.

—No tiene ninguna posibilidad —contestó él muy seguro.

Pero no debía fiarse de esa respuesta. Debía ser muy hábil para contestar a ese tipo de preguntas sobre otras mujeres, sobre todo, cuando estaba excitado.

Piers le tomó la barbilla y la besó suavemente/lamiendo brevemente sus labios.

Ella hizo un esfuerzo por no responder a sus labios y dijo:

—¿Quieres decir que no acabarás en el altar con ella? ¿O que Serena no tiene ninguna posibilidad de conquistarte?

—Mmm... No me digas que eres celosa. Jamás lo hubiera sospechado, Tess.

Él parecía disfrutar del juego.

—¡No lo soy! —negó ella. Y por lo general, no lo era. —Simplemente, quiero saber dónde estoy.

Pero era una tontería decirle eso, porque un hombre sería capaz de decir cualquier cosa para llevarla a la cama.

—Tú eres a quien deseo, Tess. Sólo a ti. Tú, siempre tú.

«¿Siempre?»

Piers comenzó a besarla por el cuello, en las mejillas, y ella sintió que empezaba a derretirse. Quiso hacer un esfuerzo por recobrar la cordura.

Un hombre como Piers no sabría siquiera qué significaba la palabra «siempre».

Pero él la deseaba, y ella también lo deseaba, más de lo que había deseado a ningún hombre. Lo quería, lo deseaba, su cuerpo, su corazón, y su alma.

Y una mujer debía luchar por lo que quería...

—Yo siento lo mismo... —susurró ella, guiada por su ingobernable deseo.

Si lo perdía, si no lo volvía a ver...

Sintió una punzada en el corazón. A pesar de tener un estilo de vida muy diferente y de no compartir el medio social donde se movían, podían compartir muchas cosas. El mismo sentido del humor, por ejemplo. Tenían en común muchas diversiones, y el mismo entusiasmo por la vida.

Sí, valía la pena luchar por Piers. A pesar de su fama, y aunque

supiera que sólo buscaba una cosa de ella... Tal vez luego quisiera más, si ella era capaz de mostrarle lo que podía perderse, antes de que fuese demasiado tarde, y apareciera Serena.

—¿Tess?

Ella desvió la vista de él, y miró hacia la vegetación.

En algún lugar habría un piloto de helicóptero, y una tripulación. ¿Y si decidían ir a dar un paseo por la playa? Y además, había otras precauciones que tomar.

—No podemos... —dijo ella.

—¡Ah, sí! —pareció entender la situación Piers—. No temas, hermosa Tess, no hace falta que nos quedemos aquí. Te llevaré a la playa. ¡Qué puede ser más romántico que un paseo y un beso bajo la luna, en una playa tropical? Además, me parece que es mejor alejarnos un poco de la casa, si no, mi padre seguiría intentando producir fricciones entre nosotros. Y no dejaré que eso ocurra. No quiero que nada nos separe.

Ella se estremeció ante la intensidad del sentimiento en su voz. Pero él hablaba del presente, de ese momento...

De todos modos, si ella lo quería tanto, tal vez lo que pasara más tarde estuviera en sus manos.

—¿Te parece mejor? —rió nerviosa ella, tratando de poner una nota de humor a algo que la ponía un poco tensa.

Sentía el aliento de él cerca de ella, sus mejillas conservaban el calor de sus dedos todavía.

—Sólo besos, Tess... por ahora, te lo prometo.

Y la besó profundamente. Era una deliciosa tortura... Sus labios estaban deseosos de sentir los labios de él, pero él bromeó alejándolos, y besándole la barbilla, y luego se deslizaron a su cuello en un recorrido suave y sensual, hasta llegar al hueco donde terminaba.

La respiración se le hizo más rápida, y una sed de él se fue apoderando de ella a medida que él la acariciaba con sus labios.

Piers la miró para ver su reacción. Luego siguió dándole besos en la cara, evitando besarla en los labios. Pero sus besos cada vez eran más calientes, su respiración más pesada, y parecía que él mismo se estaba sometiendo a una deliciosa tortura.

Cuando su boca por fin llegó a los labios de Tess, ella abrió la boca deseosa de recibirlo.

Entonces, cuando él la besó por fin, ella se quejó de placer. Era un beso feroz, que apenas la dejaba respirar.

Entonces, él se apartó un momento. Ella se quedó herida por el beso.

—Todo el mundo debiera hacer el amor en una playa, por lo

menos una vez en su vida —sonrió él.

Ella se puso rígida.

—Está bien, Tess. No quiero decir que tenga que ser ahora. Habrá otras veces, otras playas. Esta primera vez quiero que te sientas cómoda completamente. Quiero que te sientas libre, relajada, que no haya lamentaciones.

Ella lo miró. Había dicho «otras veces».

Pero un hombre como Piers sólo pensaba en el futuro como amantes. Y no en una relación duradera.

En su carrera, había luchado para obtener ciertos logros. En cierto modo, tenía un espíritu indomable que la hacía pelear por lo que quería. ¿Lograría los mismos resultados con Piers?

Pensó qué pasaría si se abandonase, si dejase libres todas sus inhibiciones. Con Andrew, había reprimido todo su fervor. El había sido un amante silencioso, falto de imaginación, casi puritano, siempre había mantenido bajo control su sensualidad.

Ella no tendría que reprimir sus deseos con Piers, pensaba. Si ella daba rienda suelta a su pasión, ¿cómo reaccionaría él?

—Eso es lo que quiero, estar relajada. Espero que tú quieras lo mismo —y lo miró provocativamente, desafiándolo.

Ella nunca había tenido oportunidad de explorar su sexualidad completamente, tal vez porque no hubiera tenido deseos de hacerlo. Y ahora que se le revelaba en toda su intensidad, sentía cierto temor.

—Podemos encontrar un sitio. ¿No te parece? —sugirió él, con un tono de voz en el que se adivinaba el deseo violento que lo invadía.

Entonces, la alzó en brazos. Ella se aferró a su cuello. Sentía el corazón de Piers bombeando sin cesar.

—¿Y si tu padre nos ve? —susurró ella.

Piers la había llevado a través de la vegetación y, en ese momento, estaban pasando por la pradera que rodeaba la casa.

Él tenía la camisa abierta, dejaba al descubierto un torso bronceado y desnudo, como el de un pirata sensual que huyese con su trofeo.

—No nos verá. Nuestras habitaciones, por si no te has dado cuenta, dan a la galería. No nos oirá nadie. Mis padres están en el extremo opuesto de la casa.

A medida que se iban acercando a las escaleras de la casa, ella se iba poniendo más nerviosa. Cuando él abrió la puerta y entró con ella, Tess se quedó sin aliento. Pero tenía la misma impaciencia que él.

El sonido de la lluvia la despertó. Una lluvia fuerte y llena de truenos. Tess abrió los ojos. La cabeza de Piers estaba a su lado, sobre la almohada. Estaba totalmente dormido, y respiraba serenamente.

¡Se había quedado dormida en la habitación de Piers!

Afuera, los pájaros cantaban. ¡Ya era de día!

—¿Tess? —Piers se estiró hacia ella, sin abrir los ojos, y con su mano tibia le envolvió el cuerpo desnudo.

Al recordar los hechos de la pasada noche, se le subían los colores. Recordó cómo él la había desvestido, y cómo la había mirado mientras lo hacía. Sus manos habían sido una caricia mientras la despojaban de cada una de las prendas. Sus propias manos se habían dirigido a su camisa para quitársela, torpemente.

Recordó su cuerpo masculino desnudo, magnífico, en todo su esplendor, y el deseo en sus ojos mientras la miraba... El contacto de la piel con la piel... Las manos expertas merodeando sobre su cuerpo cálido. Quejidos y gritos de placer, de excitación en aumento. El sonido de las respiraciones pesadas y cansadas...

—¡Es de día! —exclamó ella, apartándose de él, e incorporándose para levantarse—. ¡Tengo que ir a mi habitación! ¿Dónde están mis...? —y de pronto descubrió su falda, hecha una pelota sobre la alfombra.

Piers se apoyó sobre uno de sus codos y la observó. Ella sabía que la estaba observando, aunque no lo miraba mientras recogía su sujetador y se ponía torpemente la falda.

—No tienes por qué irte, ¿sabes?

—¡Sí! ¡Tengo que irme!

No lo miró. Su cuerpo desnudo, aunque estuviera parcialmente cubierto por una sábana, le recordaba las sensaciones de la noche anterior, unas sensaciones que jamás había sentido antes.

—¿Cómo es posible que esté lloviendo? ¡El cielo estaba despejado! —se quejó ella.

—Eso fue anoche. Aquí llueve muchas veces por la noche. Las nubes se encapotan muy rápidamente. Ésta es la estación de las lluvias.

¿Cómo podía hablar con tanta normalidad? ¿Después de que la tierra entera se hubiese sacudido de ese modo esa noche?

Y a ella le había parecido que él también había sentido lo mismo, al menos esa impresión le había dado en un momento, la pasada noche. Cuando había repetido su nombre varias veces y había dicho que la amaba, una y otra vez.

¿Habían sido sólo palabras? ¿O las habría dicho para consolarla al ser consciente de cómo se había sentido ella?

Se debía haber dado cuenta de lo que ella había gritado para sus adentros: que lo amaba con todas sus fuerzas. Y además, había derramado unas lágrimas. No de tristeza. Sino de felicidad y éxtasis.

—¿Qué te ocurre, Tess? Supongo que no te arriepentes, ¿no?

—No, fue increíble.

¿No se arrepentía? No por haberse sentido como lo había hecho, pero tal vez por haberse entregado a él tan pronto. Tal vez ahora, una vez que hubiera conseguido su presa, perdería interés en ella.

—Te... te veré en el desayuno —titubeó, y se fue, recogiendo sus sandalias, el sujetador, y las medias.

Se fue directamente a la ducha.

¿Por qué le había mostrado sus sentimientos? ¿Cómo se había dejado llevar de ese modo por la pasión? ¿Cómo se había permitido actuar tan desinhibidamente con él? ¿Cómo se había mostrado ante él tan salvajemente?

Su intención había sido que Piers estuviera a sus pies, ¡pero ahora era ella quien estaba a sus pies! ¿Cómo había actuado así con un hombre como Piers, acostumbrado a tener todo lo que deseaba? Un hombre así evitaría todo compromiso afectivo. Podía tener todo lo que deseaba cuando y con quien quisiera...

«¡Oh, Tess! ¿Qué has hecho?», se preguntaba.

Capítulo 9

Cuando bajó a desayunar, Piers ya estaba allí. Evelyn, de pie, sirvía el té a Dee y Julius. Sintió que todos los ojos se volvían hacia ella. Caminó hacia la mesa insegura, con cierto sentimiento de culpa. Esperaba que toda señal de la noche anterior hubiera desaparecido de su cara. Se había lavado la cabeza, que después de estar con Piers había quedado húmedo de transpiración... Pero no quería recordar.

—Buenos días —dijo tan animada como pudo.

—Buenos dias, Tess —contestó Piers con un tono algo jocoso. Sus ojos se cruzaron por encima de la mesa.

—Espero que hayas dormido bien, Tess —sonrió Dee con franqueza.

Ella se alegró de que alguien la saludara así.

—Sí, muy bien, gracias.

Y no se extrañó de que el único saludo de Julius fuera un gruñido, antes de dirigirse a Piers.

—Tía Camille dice que ya está lista para que vayas cuando termines el desayuno, hijo. Parece que esta semana se siente un poco mejor, y seguramente agradecerá un poco de conversación, me ha dicho.

Piers miró a Tess.

—Entonces, Tess puede...

—¡No! —exclamó Julius—. Tu tía está muy débil, y sería demasiado esfuerzo para ella conocer a alguien. Ve a verla solo... y quédate un rato con ella. Tu tía te quiere mucho, ya lo sabes...

—Nosotros cuidaremos de Tess —le aseguró Dee—. Tess, seguramente, te gustará conocer el jardín de la casa de Camille, del que yo me encargo ahora, por supuesto —miró a través de la ventana —. La lluvia ha parado, por suerte. Otro día de calor, seguramente.

En el momento en que Dee dijo eso, el sol brillaba entre las nubes, iluminando la mesa, y los rizos de Tess.

—¡Qué pelo tan bonito tienes! —dijo Dee—. No se ve muy a menudo ese color de pelo. No lo creerías, pero... —y en ese momento, bajó el tono como conspirando con Tess—. Julius tenía el pelo pelirrojo hace mucho. Antes de que se llenara de canas. Sus ojos eran más azules también, pero han perdido fuerza y brillo, como nos pasa a todos con el tiempo —dijo suspirando.

Tess se quedó helada.

¿Julius había tenido el pelo pelirrojo? ¿Y ojos azules más profundos?

Por supuesto, con su esposa en la habitación, no querría que ella

hiciera ningún comentario.

Ella bajó la mirada.

Julius estaba hablando de otro tema, discutiendo un asunto de negocios con Piers.

Tess tomó el desayuno en silencio, le temblaban las manos. Estaba atontada, afectada por el modo en que se había entregado a Piers la noche anterior.

¿Qué había hecho? Había estado tan segura de que no era su padre que se había atrevido a implicarse en una relación con Piers.

—Iré a ver a tía Camille ahora mismo —dijo Piers, levantándose.

Ella lo miró y le sonrió.

Julius se levantó también. Y pareció no poder mantenerse de pie.

—¿Estás bien, querido? —le preguntó Dee rápidamente—. Por supuesto que estoy bien —se quejó—. Es normal que uno esté un poco molesto después de una operación —entonces miró a Tess, y le dijo abruptamente—: Quiero verte en mi estudio. Puedes venir conmigo ahora —miró a Dee—. Pon el contestador automático ¿Quieres? ¡No quiero que me molesten!

Dee pareció alarmada, pero ella conocía bien a su marido, y sabía que era mejor no discutir con él.

Asintió y se levantó de la mesa para ayudar a Evelyn a recogerla.

—Estaré en el jardín —les dijo Dee en el momento en que Tess y Julius abandonaban la mesa.

Julius cerró la puerta de su estudio. Tess estaba muy nerviosa. Apenas podía apreciar las paredes blancas, las sillas de piel, el escritorio ribeteado de piel debajo de la ventana. Se sentía un poco fuera de la realidad.

En el momento en que Julius habló, fue tan cortante que Tess apenas tuvo tiempo de digerir sus palabras.

—Quiero que salgas de la vida de mi hijo. Y no quiero una escena —le advirtió—. Como doctora que eres, deberías saber lo que podría causar a mi cuñada, en su estado de salud. No quiero que causes ningún problema a ningún miembro de mi familia.

Tess estaba con el corazón encogido. Después de todo, no la había llamado para confesarle que era su padre, ni siquiera secretamente. La estaba despreciando y rechazando. Y además, quería que se apartase de su hijo.

Sus labios temblaron, pero finalmente hizo un gran esfuerzo y pudo decir:

—Me parece que da por hecho muchas cosas. Que yo estoy detrás de su hijo. Que su hijo me quiere en su vida —juntó fuerzas para decirle—. Y además, ¿no le parece que eso es más bien un asunto mío

y de él?

—No, no me parece. Mi hijo está encaprichado contigo. Supongo que eso te debe halagar. Pero espero que eso no le esté dando ideas. El no estará satisfecho hasta que te tenga, si eso no ha ocurrido ya. Una vez que te haya conseguido, irá detrás de otra nueva conquista, un nuevo desafío. Él es así. Es increíble cómo se le pasa la pasión por una mujer cuando la ha conseguido.

No le estaba diciendo nada nuevo.

En ese momento, Julius se dio la vuelta y recogió algo del escritorio y le dijo:

—Quiero que aceptes esto —le dijo en un tono amable por primera vez—. No quiero que te vayas con las manos vacías —protestó—. Mi hijo sin duda te habrá creado ciertas... expectativas, involuntariamente, o como sea. Pero se trata de expectativas que no tiene intención de satisfacer —le extendió la mano—. Te doy esto, y tú sales de nuestras vidas por el bien de todos. ¿Comprendes? Si lo rechazas, te irás sin nada. Tómalo, y vete —se lo puso en la mano—. El helicóptero está esperando afuera, está listo para llevarte al aeropuerto.

Tess bajó la vista, y descubrió un cheque. Su corazón latía sin cesar.

—¿Me ofrece quinientos mil dólares? —preguntó boquiabierta—. ¿Me ofrece medio millón de dólares para quitarme de en medio? —sentía que su corazón se rompía en mil pedazos.

—Sí, para que te apartes de la vida de mi hijo. Me parece que no está mal para suavizar el golpe de la partida... ¿No te parece?

Ella lo miró. Estaba desolada. Pero, sin saber de dónde, sacó fuerzas para hablar.

—No necesito que me pague mi silencio, señor Branson. No tengo intención de contarle su secreto a nadie, ni de reclamar nada de usted o de su familia, o... de causar ningún problema. Yo... simplemente quería saber... si era verdad. Para agradecerle lo que ha hecho por mí y por mi madre todos estos años.

Un pesado silencio se instaló entre ellos. Julius se transfiguró. Y luego, se encorvó de dolor.

—¡Señor Branson! —gritó alarmada, dejando caer el cheque de sus manos, y corriendo hacia él—. ¡Por favor, debe sentarse! —lo llevó hacia una silla, y lo ayudó a sentarse—. No era mi intención perturbarlo de este modo.

—¿Perturbarme? —dijo él con resentimiento. Y apartó la mano de ella—. ¡Estoy furioso! ¿De qué diablos me estás acusando?

—Yo no quise acusarlo, señor Branson... ¡En absoluto! —se

apresuró a decir—. Simplemente... Todo lo que quería era conocerlo. Saber quién era mi padre. Yo…—ella apenas podía hablar al ver el gesto de rechazo de él, la furia en su rostro.

—¿Tu padre?

¿Lo negaba? Lo miró achicando los ojos. Ahora se daba cuenta de cuál era la verdadera historia.

—¡Jamás se preocupó por mi madre o por mí! ¡En absoluto! —exclamó—. No le enviaba dinero porque se preocupase por ella... o por mí. ¡Lo hacía simplemente para comprar su silencio! ¡Del mismo modo que ha estado tratando de comprar mi silencio desde que ella murió! ¡Y ahora, está tratando de comprarme para que me aleje para siempre! ¡Con una pequeña fortuna! —unas lágrimas asomaron a los ojos de Tess, y se las secó con rabia.

Luego volvió a hablar:

—¡Nunca se preocupó por nosotras! ¡Simplemente quería mantenernos fuera de su vista! ¡Fuera de su vida! —señaló el cheque con un dedo tembloroso—. Y supongo que está intentando tranquilizar su conciencia...

—¡Basta! —exclamó—. ¡No sé de dónde has sacado esa idea monstruosa, pero estás equivocada! ¡Yo no soy tu padre! Si tu madre te dijo que lo era, te mintió. ¡Si hubiera podido tener hijos, los habría tenido con mi esposa, y no con mi secretaria, que estaba casada!

—¿Si hubiera podido tener hijos? —repitió ella.

—Soy estéril —dijo él con franqueza—. ¿Por qué crees que adoptamos a Piers y a Phoebe y que no tuvimos más hijos? ¡Porque yo no podía tenerlos!

Tess se quedó inmóvil, deseando que se la tragara la tierra...

—Creí que era su esposa quien no podía...

—¡Bueno, pues te equivocabas! ¿Hace falta que la llame para que te convenza? ¿Quieres que te muestre los análisis míos? ¿Que llame a un doctor?

Ella negó con la cabeza. Se sentía muy desgraciada.

—Lo siento. Lo siento. Pensé...

—¡Pensaste mal! ¡Y si alguna vez dices esas cosas fuera de esta habitación, te destruiré! ¡Y no creas que no puedo hacerlo!

—¿Me está amenazando, señor Branson? —le preguntó, alzando la mirada con ojos tristes.

—¡Ya lo verás como se te ocurra correr la voz con mentiras como ésas!

«¡Dios mío! ¿Qué he hecho?», pensó. Tess bajó la cabeza.

—No lo haré, por supuesto, no lo haré —le aseguró compungida—. Yo... Yo simplemente no sabía quién otro podía ser, qué otra persona

habría tenido los medios para ser… tan generoso.

Julius hizo un gesto de desprecio.

—Tu madre a menudo viajaba conmigo. Pudo conocer a otra persona. Nosotros no estábamos juntos todo el tiempo. ¡Y, por supuesto, nunca pasamos la noche juntos!

De pronto, ella lo miró esperanzada, y le preguntó:

—¿Y tiene idea de alguien que pudiera ser?

—No —contestó él, implacable—. Lo único que sé es que no soy yo. Y ahora me vas a prometer que no dirás nada de lo conversado aquí, a nadie, ¿has entendido?

—No diré nada —murmuró ella.

Comprendía que no quisiera rumores de ese tipo, aunque pudiera probar que no eran ciertos. Los rumores tendían a persistir, al margen de la verdad. Y su familia podría ser perjudicada por ellos. Su reputación, incluso sus negocios.

—No volveré a molestar a su familia nuevamente —le prometió, con un gesto de tristeza al pensar en Piers.

Julius podría explicarle por qué se había ido, y Piers, al saber que ella lo había usado, que había buscado su amistad por interés de acercarse a su padre, se alegraría de perderla de vista. Además, su interés por ella seguramente ya estaría perdiendo fuerza.

—Y ahora vete. Quisiera descansar. Llévate el cheque, recoge tus cosas, y vete. Ahora mismo. Y vete tranquilamente. ¡Te quiero fuera de nuestras vidas!

Sí, era mejor que se fuera tranquilamente y en silencio. Y rápido. Sin ver a nadie de la familia. Sin causar problemas a nadie. Y sin esperar a que Piers la humillara con su rechazo.

—Quédese su dinero, señor Branson —dijo ella.

El dinero no tenía nada que ver con todo eso. Y menos, con su silencio. Él lo que quería era comprarla para que se alejara de sus vidas, sobre todo, de la de su hijo. Ella no era la mujer adecuada para él, no era una de ellos. Era una don nadie, que ni siquiera sabía quién era su padre, y encima iba por ahí acusándolo…

—Me voy. No tema que no voy a hacer ninguna escena.

¿La creía tan insensible como para armar una escena en un sitio donde había una enferma terminal?

—Me iré antes de que nadie note mi ausencia. Adiós, señor Branson.

Salió de la habitación con las piernas flojas. Cinco minutos más tarde, estaba mirando a través de la ventanilla del helicóptero y la casa en la que había estado de visita se veía cada vez más pequeña allí abajo. Las palmeras parecían inclinarse ante el ruido del aparato, y el

prado que rodeaba la casa se veía más verde después de la lluvia intensa que había caído toda la noche.

No salía nadie de la casa, ni nadie se asomaba por la ventana. Todo parecía inmóvil.

No había visto a Piers antes de irse. Él seguía con su tía. Y Delia estaba en alguna parte del jardín, al otro lado de la casa.

Julius Branson había logrado lo que quería. Ella había salido de sus vidas.

La primera cosa que hizo al volver a Sydney fue, aparte de meterse de lleno en su trabajo para olvidarse de Piers, visitar al abogado de su familia, y pedir el nombre del hombre que le había estado enviando dinero a su madre y a ella durante todos esos años. Su abogado, un hombre joven, ambicioso y presumido, que había reemplazado al primer abogado de su madre, le había dicho que actuaba bajo secreto profesional, que no podía desvelar el secreto, porque se jugaba su nombre como abogado. Él no había tratado directamente al hombre, sino que había tratado siempre con los abogados de «la otra parte».

Tess se preguntaba si sabría el abogado quién era «la otra parte», o lo ignoraba completamente.

—Bueno, puede ponerse en contacto con el abogado de la «otra parte», y que le diga a ese hombre, quien quiera que sea, que no aceptaré más dinero. Nunca más. Así que será mejor que deje de enviármelo. Si tiene una pluma, se lo pondré por escrito.

—¿Está segura? —preguntó el hombre muy asombrado.

—Segurísima.

Era obvio que su padre no quería conocerla, y que no la reconocería ni siquiera en privado. Simplemente, estaba haciendo lo que consideraba que era su obligación. Sólo por obligación, no por amor. Ella no necesitaba eso, ni lo quería.

No sintió ningún arrepentimiento después de firmar el documento. No quería nada de su padre, y menos un dinero que tuviera que ver con su cargo de conciencia. Ni siquiera le importaba ya quién fuese. Lo único que le importaba era... Pero tampoco iba a pensar en Piers. Era un capítulo cerrado de su vida. Terminado.

Pasaron cuatro semanas. A Tess le parecieron eternas. La vida continuaba, pero no había nada de alegría en ella. Le parecía ver la cara de Piers tanto en sueños como en el pensamiento, entre la gente...

Pensaba en las cosas que le gustaría decirle, o de las que se hubiera querido reír con él, o que desearía discutir con él. Lo peor eran los recuerdos de sus brazos alrededor de ella, de sus manos acariciando su cuerpo, de la boca de él hambrienta de la de ella, de sus cuerpos desnudos fundiéndose en uno. Pero sabía que era inútil pensar en ello.

Piers no iba a aparecer.

Durante los primeros días, había tenido la esperanza de que tal vez aparecería de pronto en su portal, de que sus sentimientos por ella podrían ser más profundos de lo que ella se había imaginado, y que podría haber dejado atrás su resentimiento con ella por haberlo usado... Que tal vez hubiera podido desafiar a su padre y haberle hecho frente por amor a ella.

Pero Piers no había ido por allí. Y ella se había metido más y más en su trabajo para olvidar y no derrumbarse.

Un domingo, al anochecer, ella oyó que alguien golpeaba la puerta. Por la mirilla vio entonces un hombre de espaldas, envuelto en las sombras. Su corazón se aceleró pensando que podía ser él. No sabía qué hacer. Y deseó tener tiempo de peinarse y ponerse carmín en los labios. Pero, al segundo golpe, tuvo que abrir.

—¡Andrew! —exclamó Tess, decepcionada—. ¡Hola!

Hacía semanas que no lo veía.

—¿Puedo entrar? —preguntó él.

Ella asintió.

—¿Quieres un café? —le ofreció cuando entró.

—No, gracias. Sólo he venido a ver cómo estabas. Pareces cansada, Tess —él le dedicó una mirada de autosuficiencia—. ¿Has dormido bien?

—Si tienes algo que decir, Andrew, dilo ya. No estoy para juegos. Si te acuerdas, nunca me han gustado.

—No, me imagino que no estarás para frivolidades. Me he enterado de que Piers y tú habéis roto —le dijo un poco burlón—. Mis conmiseraciones...

—Si piensas que ahora tienes el camino libre...

—No, no creo que tengamos mucho en común actualmente. Además, estoy saliendo con otra persona...

Tess le preguntó, para no decepcionarlo:

—¿La conozco?

—Sí. Es tu amiga Pamela.

¡Realmente la había sorprendido!

—Bueno, os deseo lo mejor.

Ahora se preguntaba si sería por eso por lo que su amiga la había mirado de un modo extraño un día que se habían encontrado por casualidad. ¿Tendría miedo de que interfiriese entre ellos? Pamela sabía perfectamente que Piers había desaparecido de su vida.

—¿Fue idea suya esta visita? —Bueno, en parte... —¿Y la otra parte?

—Quería verte de todos modos. Pensé que había algo que debías

saber.

—¿Y?

—Pamela y yo hemos visto a Piers Branson en el teatro anoche. Estaba con Serena Cunningham. Parecían muy felices y muy a gusto juntos —hizo una pausa—. Dicen que Julius Branson apoya totalmente la relación. Los Branson y los Cunningham son viejos amigos —volvió a hacer una pausa, y con brillo en los ojos le dijo—. Se dice que Piers ha dejado de andar por ahí y que está dispuesto a sentar la cabeza.

Tess sintió que la habitación daba vueltas. Pero hizo un esfuerzo por decir:

—Y tú pensaste que yo debía saberlo...

—Tess, hasta que vimos a Piers con Serena, pensábamos que tú y él quizás volvieseis a estar juntos. Pero después de eso...

—Y decidiste que debía saberlo, así no me haría ilusiones. Puedes decirle a Pamela, Andrew, que ni tú ni Piers significáis nada para mí. Tú y ella... Tenéis mis bendiciones, ¿de acuerdo? Y como me has dicho que no quieres café y yo tengo mucho que hacer...

El asintió y se encogió de hombros.

—Siento que él se haya ido de tu lado. Era un buen partido. Pero te lo advertí...

—Sí, me lo advertiste, Andrew. Adiós, Andrew —apretó los puños, con rabia.

—Adiós, Tess —le tocó el brazo—. Que la próxima vez tengas más suerte. No vuelvas a acercarte a playboys adinerados, viven en otro mundo.

Tess hizo un gran esfuerzo por no dar un portazo, para no darle la satisfacción. Pero, cuando Andrew desapareció, tiró un almohadón con fuerza contra un sillón, varias veces, para desahogarse.

Capítulo 10

El siguiente sábado, Tess estaba practicando con su guitarra. En ese momento, sonó el timbre. Dejó la guitarra y fue a abrir. Esperaba que no fuesen Ándrew y Pamela. No estaba de humor. No era que no se alegrase por ellos, ella les deseaba sinceramente lo mejor, y se lo había dejado bien claro a Pamela por teléfono. Sino que simplemente no tenía ganas de ver gente.

Abrió la puerta.

—¡Hola, Tess!

Ella se quedó helada. No podía reaccionar.

Se quedó mirándolo. Era la misma cara, el mismo pelo negro y la misma mirada. Aunque sus ojos parecían tener un brillo diferente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —contestó por fin.

—He venido a ver cómo estabas, nada más. Me sorprende encontrarte en casa un sábado por la noche. Pensé que estarías en la ciudad, disfrutando —empleaba un tono distante.

—A mí me sorprende verte... en una noche de sábado. ¿Has venido solo o traes a Serena contigo? —y miró detrás de él, como si buscase a Serena.

—¿Serena? —la miró extrañado—. Cuando te fuiste sin decirme una palabra, pensé que estaba libre de estar con quien quisiera.

Ella sintió un dolor en el pecho.

—Por supuesto —se veía que no había perdido el tiempo.

Si ella le hubiera importado, habría ido a buscarla.

—Pareces cansada, Tess. Estás pálida. También estás más delgada. ¿Te has acostado tarde muchas noches? —la desafió.

Ella se rió brevemente.

—Piensa eso si te apetece —más bien habían sido muchas noches sin dormir.

Ahora que lo veía más de cerca, se daba cuenta de que algo había cambiado en su cara. Tenía más arrugas alrededor de los ojos. Y alrededor de la boca, y los ojos negros que solían ser tan vivaces... Sí, ya sabía qué ocurría. El humor que siempre lo había caracterizado parecía haberse borrado de su rostro.

¿Había pasado muchas noches acostándose tarde? ¿Con Serena? ¿O sería porque estaba en ese momento con ella? ¡Probablemente, ninguna mujer lo habría dejado de ese modo como lo había hecho ella al irse de la isla!

—Ni siquiera estaba seguro de que siguieras estando aquí —dijo él.

—¿Y dónde pensabas que iba a estar?

—Pensé que te habrías mudado a una casa más lujosa. O que te

habrías ido a hacer un viaje de placer alrededor del mundo, en primera clase, por supuesto.

—¿Qué diablos estás diciendo? —exclamó ella, sin comprender.

Él miró hacia el coche aparcado fuera.

—El mismo viejo Ford… Pensé que te habrías comprado un último modelo —la miró de reojo, reparando en sus vaqueros gastados y la camiseta grande—. ¿Dónde está tu nueva ropa? ¿Y la peluquería cara? ¿Los pendientes de diamantes? —le tomó la muñeca—. ¡Ni siquiera tienes un reloj nuevo!

Soltó la mano, y pasó por delante de ella hacia el salón.

—¡Tampoco tienes muebles nuevos! ¡Ni un cuadro nuevo o un adorno de cristal caro! —dio unas vueltas. Luego, se colocó frente a ella y la sujetó por los hombros—. ¿Qué ocurre, Tess? ¿Qué has hecho con todo el dinero?

—¿Todo el qué? —de pronto, al comprender de lo que le estaba hablando, se puso pálida—. Piensas… —dijo sin poder creerlo—. ¿Quieres decir que tu padre te ha dicho que yo acepté el dinero que me dio?

Piers se quedó inmóvil. Y la miró incrédulo.

—¡Maldita sea! No, no me lo ha dicho tan claramente. Pero me lo ha hecho suponer. Me dijo que te ofreció una pequeña fortuna para ver si lo que buscabas era mi dinero, y luego me contó que te habías ido. Que ambos habíais decidido de común acuerdo que lo mejor era que te fueras cuanto antes, y sin hacer ningún escándalo. Sin despedirte de nadie siquiera. Por supuesto, yo interpreté que… —se interrumpió Piers, disgustado.

—¿Y qué más te ha dicho? —susurró, Tess. Casi no se tenía en pie, de no ser por las manos de Piers que la tenían sujeta.

—Nada. ¿Por qué? ¿Hay más? —le preguntó penetrándola con la mirada.

Tess fue a hablar, pero recordó la promesa que le había hecho a Julius de no decirle nada a nadie acerca de la conversación que habían mantenido, y de las acusaciones que ella le había hecho. Y Piers estaba incluido en ese «nadie». Ya fuese porque causaría una gran angustia a su familia, o al propio Julius, o por las sospechas que pudiera despertar en ellos, o los distanciamientos que pudiera ocasionar, que luego darían lugar a mayores rumores, los resultados serían los mismos si ella hablaba. Su familia, especialmente Dee, podía resultar dañada si se enteraba, y la reputación de Julius, seriamente afectada.

Ella negó con la cabeza.

—Si crees que yo he aceptado el dinero de tu padre… ¿Por qué has

venido a verme? ¿Para hacerme daño?

Las manos de Piers la sujetaron con más fuerza y la acercaron.

—¡Maldita sea! ¿Por qué crees que he venido? ¡Porque no podía seguir estando sin ti! ¡Porque aún te deseaba, y no me importaba si habías aceptado el dinero o no! ¡Incluso estaba dispuesto a ofrecerte más, y todo lo que tú quisieras, si ése era al único modo de tenerte!

Ella lo miró turbada. No comprendía. ¿Decía que aún la deseaba, incluso pensando que ella buscaba su dinero?

Sintió una gran pena al pensar que él pudiera creer eso de ella.

—Pensé que me conocías mejor —contestó ella, apenada—. Que tenías una idea más elevada de mí.

¡Al parecer él no la creía mejor que Andrew!

El rostro de Piers se ensombreció.

—Tú has sido quien me llenó de dudas, Tess. Todas esas preguntas que has hecho acerca de mi padre, sobre los negocios de la familia, sobre nuestras casas, y nuestras vidas... y acerca de mi carrera, preguntándome si yo iba a dejarla, como si temieses que yo pudiera descuidar la herencia de mi familia. Y luego, cuando Julius me dijo que te había ofrecido todo ese dinero, que tú te habías ido... —suspiró estremecido—, ¿Qué cosa podía pensar?

Tess se daba cuenta de que tenía razón. Su interés en conocer datos sobre Julius Branson podría haberle hecho pensar eso.

—Si no has aceptado ese dinero, ¿por qué has salido huyendo de ese modo? ¿Por qué no has venido a mí? —sus ojos la desafiaron—. ¿Por que habría desconfiado igual que mi padre de ti, y habría averiguado cosas sobre ti?

—¡No! —exclamó ella—. ¡No lo he pensado en absoluto!

—Entonces, Tess, ¿por qué? ¿Por que te sentiste tan herida e insultada que lo único que querías hacer era apartarte de nosotros?

Ella bajó la mirada. Era mejor que pensara eso a que supiera la verdad. Y tampoco estaba demasiado lejos de la verdad.

Pero él no quedó satisfecho con el silencio de Tess.

—¿O es que tenías miedo de decírmelo porque pensabas que una discusión iba a afectar a mi tía? Seguramente, Julius te lo habrá advertido, que podría verse afectada si causabas algún problema...

—Piers, ¿acaso importa ya? —preguntó ella, suspirando temblorosa.

—Sí, por supuesto, que sí. Pensaba que tú y yo sentíamos algo especial el uno por el otro, Tess. Yo hubiera jurado que tú sentías lo mismo. Y si no ha sido así, realmente conseguiste engañarme esa noche que pasamos juntos...

—No, no, Piers —le pidió ella, apartándose de él. Su aliento tan

cálido, y la sensualidad de sus labios que tanto había deseado noche tras noche, estaban tan cerca, que la turbaban.

Él la sacudió.

—¿Por qué no has venido a mí después, cuando regresé, para aclarar las cosas?

Ella se encogió de hombros, y evitó su mirada.

—¿Qué sentido tenía? No se trataba de que tú y yo estuviésemos... —dudó, luego suspiró—. Piers, lo hemos pasado bien juntos. Hemos pasado momentos agradables... Dejémoslo así.

—O sea, ¿que eso fue todo para ti, Tess? ¿Un poco de diversión y nada más? ¿Algunos ratos agradables... con el sabor de la buena vida? ¡Siempre habías querido visitar una isla tropical, dijiste, y lo conseguiste! —los ojos de Piers se endurecieron—. ¿Te lo pasaste bien, y eso es todo, es así?

Ella estuvo a punto de negarlo, pero se mordió la lengua en el momento de abrir la boca. Era mejor que pensara eso. Porque sería tonta si pensara que con él podría tener una relación duradera, hacerse ilusiones de una relación profunda entre ellos. Hacía un momento él había dicho que todavía la deseaba. Hablaba de deseo, no de amor. El amor quedaría para alguien como Serena, alguien de su misma clase social, más apropiada para él. Alguien que pudiera tener la aprobación de su familia, con quien se pudiera casar y tener hijos, alguien con un pasado y un medio social conocido.

Tess suspiró profundamente.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Piers? —le preguntó, dolorida—. ¿Una última cana al aire, antes de sentar la cabeza con Serena? ¿O tienes idea de seguir teniendo líos con mujeres después de casarte con ella? ¿Comprando a cualquier mujer que se te meta en la cabeza?

—¿Casarme con Serena? ¿Piensas que planeo hacer eso? —preguntó frunciendo el ceño.

Ella apenas pudo contestar con un movimiento de cabeza.

—Tess, conozco a Serena desde que éramos niños. Es una chica estupenda. Desde que ha vuelto a Australia, he salido con ella un par de veces, a cenar, a un espectáculo. Tal vez deseara sentir algo por ella, pero no es así, Tess. ¿Y sabes por qué? Porque no consigo borrarte de mi mente, me paso el tiempo buscándote entre la gente, viendo tu cara, deseando que estés conmigo —deslizó una mano alrededor de su cintura, y la apretó contra su cuerpo. Y la miró con un brillo profundo en los ojos—. Tú eres a quien yo quiero en mi vida, Tess. En mis brazos, en mi cama, y no a Serena.

Tess sintió que su cuerpo perdía fuerzas, que estaba a punto de derretirse contra los fuertes músculos del pecho de Piers. Que su

cuerpo estaba a punto de fundirse con el de él, contra sus muslos poderosos, contra sus caderas masculinas. Ella añoraba sentir las sensaciones que había soñado tantas veces desde aquella noche.

—Y tú me deseas, Tess —dijo él, con los labios a un centímetro de los de ella—. ¿Crees que no me doy cuenta, que no lo siento? Nos pertenecemos, Tess...

—¿Nos pertenecemos? —repitió ella—. Suena un poco raro, viniendo de un hombre que una vez me advirtió que no pensara en una relación duradera...

—Cuando dije eso, Tess, cuando te conocí, no estaba seguro de lo que tú querías —admitió él—. Parecías más interesada en los Branson que en mí, en la riqueza de los Branson. Pensé que estarías interesada en mi dinero, y que quizás si te advertía que no tuvieras esperanzas de conseguirlo... Bueno, un hombre debe defenderse de las mujeres predadoras —le dijo, mostrando una pizca de su anterior sentido del humor.

—¿Si pensabas que yo era una mujer predadora, por qué seguiste saliendo conmigo?

—¡Ah! ¡Es una buena pregunta! ¿Por qué los hombres hacen las cosas que hacen? ¿Por qué se dejan engañar por las mujeres? Supongo que no soy el primero...

—Tú no te has dejado engañar, Piers —murmuró ella—. Un abogado con tu talento, no se deja engañar fácilmente.

Los ojos de él la miraron profundamente.

—Cualquier hombre, Tess, puede dejarse engañar por una mujer. Si la mujer significa algo para él. ¡Qué diablos, Tess, si supieras! —la acercó, y hundió su cara en la tibieza de su cuello—. Todo el tiempo que he estado detrás de ti, he estado hecho un lío: no estaba seguro, al principio, si estaba intentando borrarte de mi vida o intentando aclarar mis sentimientos hacia ti; temía implicarme más en la relación contigo, ¡con una mujer que no sabía si verdaderamente me quería a mí por mí mismo! Y cuando mi padre me dijo que habías aceptado el dinero, una pequeña fortuna...

—Te confirmó lo que tú sospechabas... Te hizo pensar lo peor de mí.

Él alzó la vista hacia sus ojos:

—He venido a verte, incluso pensando lo peor de ti, ¿no es así? Se ve que en lo más profundo de mi corazón sabía que no era cierto... Pero, aunque hubiera sido cierto, no me habría importado. Te quiero, Tess. Cuando te dije que te amaba esa noche que pasamos juntos, no estaba diciéndolo sin saber lo que decía, ni dejando llevarme por la pasión del momento. Lo dije con toda mi consciencia. Y todavía lo

siento así. Te amo, Tess. Siempre te he amado.

Ella se estremeció. No podía creerlo. Pero sus defensas se le venían abajo.

—¡Oh, Piers! ¡He estado tan triste! ¡No he pasado un momento sin que te añorase!

—¡No creo que hayas estado más triste de lo que he estado yo! —hundió sus dedos en los rizos de ella, inclinándole la cabeza hacia atrás—. Somos el uno para el otro, Tess. Yo soy tuyo, y tú eres mía...

En ese momento, la boca de él se posó sobre la de ella, y las semanas que habían pasado separados, parecieron esfumarse en aquel beso.

Si la primera vez que habían hecho el amor, la experiencia había sido salvaje, esta vez fue tan intensa, y habían alcanzado la cima tan rápidamente, que apenas había habido tiempo para la exploración demorada ni los juegos tiernos.

Los dos gimieron de placer, gritaron su éxtasis juntos, deslizándose hacia un mundo donde nada importaba, nada hacía daño, no existía nada sino ellos dos, y el placer que se dedicaban, hasta que, finalmente, se quedaron flotando en una nube de paz y regocijo, aislados del mundo.

Hicieron el amor una y otra vez a lo largo de toda la noche. Cada vez era más profunda la experiencia de amarse, explorándose cada poro de su piel, gozando del exquisito placer de cada nueva sensación. Y luego dormían, entrelazados sus cuerpos formando uno solo.

Al día siguiente, domingo, no salieron de la casa de Tess, apenas se movieron de su cama, renaciendo la pasión entre ellos una y otra vez. Parecía que no se saciaban nunca.

—He sido una desconsiderada. No te he preguntado cómo está tu tía Camille.

—¿Mi tía Camille? —Piers le besó la punta de la nariz—. Todavía está allí. Es increíble. Pero sólo es cuestión de tiempo. Ya le he dicho adiós, por si no estuviese allí cuando suceda.

—¿Y tu padre? ¿Se recupera bien?

—Ya ha vuelto al trabajo. Está aquí, en Sydney, durante la semana. Mi madre está en la isla con mi tía, para acompañarla.

—Tu madre es una persona encantadora, Piers.

—Estoy de acuerdo contigo. Le has caído bien.

—Ni siquiera me despedí —dijo ella con tristeza.

—Ella lo comprenderá, cuando sepa lo que Julius te hizo. Si es que no se ha enterado todavía. Seguramente, ya le habrá dicho algo a Julius por su actitud.

Y cuando Tess fue a decir algo, él la calló.

—No hablemos ahora de ello —Piers dejó en el suelo la taza de café que tenía en las manos. Hundió su barbilla en el pelo de ella, y le hizo cosquillas eróticas.

Y volvieron a hacer el amor.

Luego, cuando se quedaron descansando en la cama, abrazados, Tess le advirtió:

—Tu padre no se pondrá contento con lo que ha pasado. El no quiere que tengas nada que ver conmigo

—Cuando mi padre te conozca como yo, te querrá también. Ahora mismo se debe estar arrepintiendo de lo que te ha hecho. Me imagino que el que tú le hayas rechazado la oferta le enseñará a...

—¡No, Piers! —ella le puso un dedo en el labio—. Por favor, déjalo ya.

Al fin y al cabo, ella lo había insultado más todavía, sospechando que él era su padre. Que él había dejado embarazada a su madre.

—Pienso que simplemente quería proteger a su familia.

—Bueno, le está bien empleado por cometer un error como el que ha cometido creyendo que tú eras una interesada.

—Cuando sepa que estamos juntos nuevamente, creerá haber confirmado sus sospechas de que yo lo que quería era conseguir más de lo que me ofrecías entonces.

—Si fuera así, no me lo estarías diciendo. Antes de tener un anillo de boda en tu dedo...

—¿Un anillo?

Él se deshizo de su abrazo, se puso de pie y caminó hacia el sofá con ella en brazos. La echó en él. Se puso de rodillas y le dijo:

—Mi querida Tess... Supongo que no estarías pensando que no tenía ninguna intención de convertirte en una mujer decente, ¿no? Quiero casarme contigo. Te pido que te cases conmigo. ¿Quieres casarte conmigo?

Para Tess fue tal shock que agradeció estar sentada, porque de lo contrario se hubiera caído.

—¿Piers, sabes...lo que estás diciendo? —y buscó su rostro, buscando una respuesta— Yo no pensé que tú te habías comprometido en esta relación. Simplemente...

—No, no me había comprometido. Hasta que te encontré. Tú has hecho que las cosas cambiaran radicalmente para mí, Tess. Ahora sé lo que significa amar a una mujer. Tú eres la única para mí. Y siempre lo serás. Entonces, ¿por qué vamos a esperar? Quiero anunciar nuestro compromiso y que lo sepa el mundo entero.

Ella negó con la cabeza.

—Piers, ¿no te parece un poco apresurado? —susurró—. El

matrimonio es un paso muy importante. Significa una unión... para toda la vida. O por lo menos, es así para mí.

—Para mí también. Por eso no se lo he propuesto nunca a ninguna otra mujer. Y no tengo intención ele proponérselo a nadie más. Sé lo que siento, Tess. Y no necesito esperar —sus ojos brillaron más tiernos y picaros—. Y espero que para ti sea del mismo modo.

—Es que..ha ocurrido tan deprisa...—apenas atinó a decir—. Tú y yo...Piers, somos tan diferentes, en nuestro estilo de vida...

Él bufó.

—Yo no he notado ninguna diferencia. Nos gustan las mismas cosas, por lo que yo sé. Y si la fortuna de los Branson te deja fría, como insistes en afirmar...

—¿No ves la diferencia? Tú estás acostumbrado a ella. Yo no. A mí me haría sentir incómoda tener tanta fortuna, tener a la gente rondándome por ello. Ver a gente que no la tiene, y que la necesita más —se sonrojó—. ¿Ves cómo son las cosas? No puedo funcionar bien. Yo me siento incómoda en tu mundo.

—Deja de hablar de mi mundo como si viviéramos en planetas diferentes. Como te he empezado a decir, ahora que sé que mi dinero no te interesa, supongo que no te importará que lo dé todo, ¿no?

—¿Darlo? ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—¡Si te vieras la cara, Tess! Un montón de mujeres estarían horrorizadas por lo que acabo de decir, me acusarían de estar loco. En cambio, tus ojos se han encendido más aún. ¡Como si estuvieras esperanzada!

—¿Quieres decir que... piensas dedicarte solamente a tu carrera de abogado, Piers, y no seguir con los negocios de tu padre?

—¿Te importaría?

—¡No, por supuesto que no! Simplemente, estoy sorprendida de que considerases siquiera la posibilidad.

Piers contestó con picardía:

—Si no me equivoco, te comenté que no podría hacer ambas cosas. Así que no te mentí, de hecho. No quise arriesgarme a perderte, como ves. Y pensé que tal vez te perdería si te decía que no tenía intención de seguir con los negocios de mi padre cuando llegase el momento.

—¡Oh, Piers!

¡En cierto modo, él había sido tan retorcido como ella! De no haber sido por su obstinación en conocer a Julius Branson, no habría seguido viendo a Piers, y sus escrúpulos la habrían obligado a darle la espalda.

Al acordarse de Julius, preguntó:

—¿Qué dice tu padre sobre esta decisión tuya?

—No cree que lo diga en serio. Por eso insiste en que dedique parte de mi tiempo en sus negocios, para que me familiarice con su organización. A mí no me importa, porque me queda tiempo para encargarme de los asuntos legales de la compañía. Y no me importa ser director. Lo que no quiero ser es un director ejecutivo, el director ejecutivo.

—Entonces, ¿quién se encargará de la compañía si tú no lo haces? —preguntó Tess con curiosidad.

Se imaginó que la noticia de su decisión habría sido devastadora para Julius.

—Phoebe y Tom. Ya tienen cargos importantes en la compañía. Y Phoebe lo está haciendo muy bien. Es brillante, y el cargo le irá perfectamente. Julius no quiere darse cuenta, porque está acostumbrado a que las esposas se queden en casa, en la trastienda. Pero Dee disfruta de esa vida. Phoebe es diferente. Ella y Tom no quieren tener hijos siquiera.

Le tomó la mano y se la puso contra la mejilla. —Pero me estás desviando del tema. Aquí estoy, de rodillas ante ti, y estamos discutiendo otra cosa. ¡Todo lo que he dicho lo he dicho completamente en serio, Tess! Te amo. Y tú me amas —la miró con la mirada encendida—. Tú me lo has dicho, más de una vez. No vas a decirme que fue en un momento de pasión momentánea, o que no te has dado cuenta de lo que estabas diciendo, ¿no es así?

—¡Oh, me doy cuenta! —le sonrió ella con ternura—. Y lo he dicho de verdad. Dicen que cuando amas de verdad a alguien, lo sabes. Con Andrew... —dudó, pero él pareció animarla con la mirada—. No podía comprometerme con él, porque no estaba segura, y cuanto más tiempo estábamos juntos, más insegura estaba. Yo lo quería, pero... Bueno, quizás creía que lo quería. Contigo, Piers, lo sé sin dudas.

El la miró con amor. Y la llenó de felicidad.

—Bueno... Entonces —una sonrisa curvó su boca, una sonrisa irresistible y sensual—. El amor y el matrimonio van juntos, en mi opinión, Tess. Si me amas, Tess, si me amas, di «sí». Libérame de esta pena. Entonces, anunciemos nuestro compromiso y dejemos que el mundo entero lo sepa.

Los ojos de Tess se iluminaron. Luego se apagaron de pronto.

—¿Te refieres a que tu padre se entere? Piers, no estoy segura...

—¿No estás segura de mí?

—¡No! —contestó con vehemencia.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿Dudas porque piensas que mi padre no aprobará nuestra relación? —preguntó él, molesto—. ¿A qué le tienes miedo, Tess? ¿A que Jules diga que te has lanzado como una

posesa a aceptar mi oferta? ¿A que te acuse de haber aprovechado un momento de debilidad mía para conseguirme, después de no haberte visto durante semanas?

Ella bajó la mirada. Parecía conocerla bastante ya.

—Me gustaría tener la aprobación de tus padres, Piers... ¡Esperemos aunque sea una semana! —le pidió—. Antes de hablar de matrimonio.

—Tienes razón —dijo él de repente.

Ella se sorprendió.

—Tú necesitas que te cortejen más. Más tiempo para los dos, más tiempo para el romance. Antes de que todo el mundo sepa lo que siento por ti.

Ella sonrió.

—Eso suena maravilloso. Pero lo que quería decir...

—¿Que necesitamos más tiempo para conocernos? —él la recorrió ávidamente con la mirada, como si lo que conociera acerca de ella fuera suficiente para él.

Ella se sonrojó y asintió.

Lo que ella quería era darle tiempo para reflexionar, para tuviera la oportunidad de darse cuenta de lo que estaba haciendo, y de ver si estaba preparado para enfrentarse a su padre, si fuera necesario. Ella quería estar segura de que él estaba seguro. No dudaba de sus propios sentimientos. Nunca había estado más segura en su vida.

—Para eso son los compromisos, Tess —acercó una mano a la mejilla de Tess—. Para que dos personas, que tienen un compromiso el uno para el otro, tengan tiempo de conocerse mejor. Pero, de acuerdo. Te daré una semana. Y la próxima vez espero que me digas que «sí».

Capítulo 11

Una semana más tarde, Piers le propuso matrimonio otra vez y, esa vez, Tess aceptó sin dudar un momento, después de que Piers le demostrase de mil maneras diferentes que todo lo que le había dicho era verdad.

A la hora del almuerzo, al día siguiente, fueron a un joyero exclusivo para elegir un anillo.

—¿Qué te parece éste? —Piers había escogido un solitario engarzado en oro.

Tess negó con la cabeza.

—Es demasiado grande, lo andaría metiendo en todas partes. Me gustaría un anillo que pudiera llevar siempre cómodamente.

—¿Qué te parece un zafiro, para que haga juego con tus ojos?

—Mmm... Sí, me gustan los zafiros —y extendió su mano pálida—. Un zafiro puede darle algo de color a mi piel.

—Tu pelo y tus ojos, Tess, y esos deliciosos labios, ya te dan color, todo el que te hace falta —Piers acarició sus rizos suavemente.

Ella se sentía feliz.

Los últimos días habían borrado todo el dolor de las semanas anteriores, como si jamás hubieran existido. Y cada día, aunque no tuvieran más tiempo que el de la hora del almuerzo, le deparaba más descubrimientos, revelándole cosas nuevas sobre Piers, dignas de admiración y orgullo.

—Me gusta éste —Tess levantó un zafiro cuadrado, tan brillante como sus ojos, rodeado de un nido de diminutos diamantes.

—Es ideal para ti. Hermoso... y de buen gusto. Y tiene un anillo de bodas haciendo juego. Mira... Déjame que te lo pruebe.

¡Le quedaba perfecto! Ella tembló de emoción, al pensar en el día de su boda, cuando se pusiera la alianza junto al solitario.

—No me gustaría casarme sin la bendición de tus padres, Piers —le dijo.

—No hay problema —le dijo él, sin darle importancia—. He hablado con Jules esta mañana nuevamente. Está en Akama. Le he dicho que te iba a pedir que te casaras conmigo por segunda vez. Que te amaba y que seguiría preguntándotelo hasta que me dijeras que sí. Él lo acepta, Tess. No se opondrá.

—Lo acepta, pero no le hace feliz —murmuró Tess con tristeza.

Al fin y al cabo, iba a ser su suegro, lo más parecido a un padre que ella había tenido. Y nunca se alegraría de tenerla como hija. Seguramente, Julius esperaba que ellos rompieran antes de que llegase el momento de la boda. Y haría todo lo posible para que así fuera.

Para que Serena, mucho más aceptable para él, pudiera cazar a Piers.

—Si no estuviera de acuerdo, mi amor, no me ofrecería el Mistique para que hiciéramos la ceremonia de compromiso.

—¿Te lo ha ofrecido? —dijo Tess entusiasmada—. Pero él no estará allí, ¿verdad?

Ella sabía que Piers se había enfrentado a Julius por el modo en que había tratado a Tess, al ofrecerle dinero para que desapareciera. Julius, según Piers, se había defendido diciendo que había sido una prueba tanto para Piers como para ella. Y no había demostrado ningún tipo de arrepentimiento o intención de disculparse.

Habían terminado la discusión no muy civilizadamente, y no habían vuelto a hablar hasta esa mañana.

—Por supuesto que va a estar allí —le aseguró Piers—. Y Dee también. Él va a ir a buscarla especialmente en su avión particular a la isla.

—¿Sí? —no podía creerlo—. ¿En un momento como éste, en que tu tía está tan cerca de...

—Mira, tía Camille puede seguir así días, incluso semanas. Ella comprende que la vida tiene que seguir. Tiene a su enfermera permanentemente con ella. Y mi madre volverá al día siguiente.

Pero Tess no estaba segura todavía.

—Pero, si pasara algo la noche que tu madre no esté allí, jamás se perdonaría no haber estado con ella.

«Y nunca me perdonará a mí», pensó. O Julius no la perdonaría.

—¿No podemos dejar la fiesta de compromiso y celebrarlo en una reunión familiar en la intimidad? Podríamos volar allí...

—No —dijo Piers—. Quiero que todos nuestros amigos estén con nosotros. Quiero que te vean, y que se entere todo el mundo. No quiero esconderte como si...

—¿Como si tu familia se avergonzara de mí? —lo interrumpió ella.

—Eso no es lo que... —se interrumpió Piers, y luego agregó con impaciencia—. ¡Por el amor de Dios, Tess! ¿Por qué iban a avergonzarse de ti? Tú eres todo lo que ellos hubieran querido tener en una hija. Eres inteligente, guapa, una doctora eficiente, una persona sensible y considerada... Como mi madre.

Tess pensó en Julius, que había dejado muy claro que ella no era uno de ellos.

—¡Hemos sido criados de forma tan diferente!

—Mi familia no es así, Tess —bajó la voz, aunque el propietario del local estaba lejos para oírlos—. Es el tipo de persona que eres lo que cuenta, no la cuenta bancari que tienes o el medio social al que perteneces.

—O el tener un padre —dijo ella sin pensarlo.

—¿Es eso lo que te preocupa, Tess? —preguntó él con gesto duro —. ¿El hecho de que no sepas quién es tu padre? ¡Oh, Tess! —la besó tiernamente en la mejilla—. Mi padre puede que sea un valentón, y realmente a veces es insoportable, pero él nunca tendría nada contra ti por ese tema.

Ella no lo creía, pero era reconfortante que se lo dijeran.

—De todos modos, no quiero...

Piers la interrumpió poniéndole un dedo en la boca.

—Te diré una cosa. Vamos a hacer una lista con amigos selectos que deseemos que estén en nuestro compromiso, y los llevaremos a Akama el fin de semana.

—¡Oh, Piers! ¡No puedes hacer eso! No puedes esperar...

—Si es necesario, los alojaremos en el enclave turístico de la isla de Hamilton, está muy cerca de Akama. Los llevaremos al aeropuerto de la isla de Hamilton y el Mistique puede recogerlos y llevarlos a Akama, donde pueden unirse a nosotros Dee y Julius. Estarán a escasos minutos de la casa, por si ocurriera algo. ¿Te parece bien así?

—Piers, suena estupendo... si tus padres están de acuerdo. Pero saldrá una fortuna llevarlos a todos en avión...

—¿Para qué sirven las fortunas? —la interrumpió Piers con ironía —. Puedo usar los millones de los Branson mientras tenga acceso a ellos todavía.

—¿Piensas...? ¿Crees que una vez que tu padre se dé cuenta de que realmente no vas a seguir en el negocio, te va a cortar el suministro de dinero? ¿No te va a importar, Piers? Tú estarás acostumbrado a tener todo lo que se te ocurra. Y hacer lo que te plazca... Como, por ejemplo, poder llevar en avión a un grupo de amigos a tu fiesta de compromiso.

—Veo que todavía tienes que aprender mucho acerca de mí. Mis necesidades son más sencillas de lo que tú crees. Dame un bote con velas, un techo sobre mi cabeza, y a ti, mi hermosa Tess, y tendré todo lo que desee. Puedo prescindir de lo demás. No tiene mayor importancia para mí. Yo nunca he sido como cree la gente. Siempre he agachado la cabeza y trabajado duro.

—Y has jugado también —dijo Tess, pensando en sus mujeres.

—En mi tiempo libre, seguramente me lo he pasado bien —se quedó pensativo—. Cuando eres joven, y soltero, y tienes los medios... ¿por qué no? Pero no me satisfacía totalmente, sólo era satisfactorio a nivel superficial. No estaba completo, Tess. Hasta que te encontré —la miró seriamente—. Mis tiempos de playboy han acabado. Ahora tengo otras prioridades, nuevas responsabilidades que afrontar. Y me deje

Julius sin dinero o no, estaremos bien, Tess. Ambos tenemos nuestras profesiones, en las que nos va bien —le dijo, sin preocupación.

—No estoy preocupada por mí. ¡Estoy preocupada por ti! Pero quizás no debiera estarlo.

Sintió que el amor la invadía.

Él le tomó la mano. Los zafiros y diamantes en su dedo brillaban debajo de las luces.

—¿Estás contenta con el anillo, entonces? —preguntó él.

Ella sonrió, y él se llevó la mano de Tess a sus labios.

Esa tarde llamaron a Julius y Dee, que estaban en la isla con su tía Camille. Dee, que fue quien atendió el teléfono, pareció contenta con las noticias, e insistió en hablar con Tess. Le dijo lo feliz que se sentía de tenerla en la familia. Pero, cuando se puso Julius al teléfono, no pareció dar más señas de enterarse, que un bufido, seguido de un comentario a su hijo.

—Me parece que te estás apresurando. Pero tú sabrás lo que haces.

—Sí, ya lo creo —contestó Piers fríamente—. Nunca he estado más seguro en mi vida. Tenemos pensado celebrar nuestra fiesta de compromiso el próximo fin de semana, Jules —dijo él, yendo directamente al tema—. Sabemos que no es el mejor momento para que Dee se aleje de la isla, y por ello Tess sugirió la idea de que fuésemos allí a celebrarlo...

Pero Julius no lo dejó terminar.

—¿Estás loco? ¿No te das cuenta de que tu tía está a punto de morir? Podría morir en cualquier momento. Necesita calma y tranquilidad ahora.

—Pero nuestros amigos no estarán cerca de tía Camille. Estarán a bordo del Mistique y, después de la fiesta, los llevaremos nuevamente a la isla de Hamilton, y sólo Tess y yo...

—¡No! ¡No estoy de acuerdo! ¡Es una idea ridícula! Es un despilfarro. ¡No es propio de ti, Piers, ser tan extravagante!

Tess, que había oído cada una de sus palabras, se sintió compungida. Evidentemente, Julius la estaba culpando de la extravagancia de Piers. Había dado por hecho además, que la idea de llevar a sus amigos había sido suya, y pensaría que no perdía el tiempo en malgastar la fortuna de los Branson.

—No entiendo por qué no puedes esperar —gritó Julius—. Si tuvieras consideración por tu tía, postergarías el compromiso hasta que ella no estuviera ya. No falta mucho tiempo para ello, la pobre...

—No... Me doy cuenta —dijo Piers, tratando de conservar la calma —. Pero tía Camille no querría que lo postergásemos por ella. Ella sabe lo que yo siento por Tess. Se lo he dicho cuando estuve allí. Ella

estaba contenta de saberlo. Hemos decidido hacerlo allí por tía Camille. Queremos que su familia esté cerca de ella. Queremos que vea lo felices que somos Tess y yo.

—¡He dicho que no! —exclamó Julius—. Sé cómo le afectaría a ella. Además, es imposible. Necesito que el Mistique esté en Sydney las próximas semanas. Tengo compromisos...

Tess le hizo señas a Piers.

—Está bien, Piers. Podemos esperar. ¿No? —comentó Tess.

Piers puso la mano en el auricular para que no lo escuchase Julius.

—¡No! ¿No te das cuenta de lo que está tratando de hacer? Lo festejaremos aquí.

Piers quitó la mano del auricular, y dijo:

— Lo haremos en otro sitio, entonces. No lo postergaremos, Jules. El anuncio del compromiso saldrá en la prensa mañana, y quiero que se celebre la fiesta el fin de semana próximo. ¡Si no puede ser en el Mistique entonces, lo haremos en mi casa!

Julius suspiró profundamente.

—Se hará como tú digas. El Mistique no está reservado para el próximo sábado. Organiza un buffet abordo para el almuerzo de ese día. Llevaré a Dee en avión. Esperemos que no ocurra nada mientras tanto —y agregó una advertencia—. Pero tienes que estar preparado para cancelarlo en el último momento... ¡Y asistir a un funeral en su lugar!

—Lo tendré en cuenta —murmuró Piers.

Y colgó.

La fiesta en el Mistique estaba en su apogeo, y una sola cosa oscurecía la felicidad de Tess. Julius y Dee no habían llegado, o no se habían dejado ver todavía. Todos los demás invitados estaban a bordo, excepto Andrew y su vieja amiga del colegio, Pamela, quienes habían llamado desde su teléfono móvil, avisando que habían tenido un problema con el coche, y que se demorarían un poco todavía, aunque ya estaban en camino. Pero debido a los invitados que aún no habían llegado, el Mistique aún seguía atracado, sin poder comenzar el crucero que tenían planeado.

—Puede ser que el avión de Dee se haya retrasado —sugirió Tess, mirando las escaleras vacías del barco una vez más.

—En ese caso, nos habrían avisado. Sabía que haría algo así —dijo Piers con un mohín de disgusto.

Tess miró a los ojos oscuros de Piers. Se notaba que estaba enfadado.

—¿Qué quieres decir? —murmuró ella, angustiada.

Piers conocía bien a su padre, y sabia de lo que sería capaz. Si no

aprobaba la elección de su hijo...

Piers se encogió de hombros y contestó:

—Tiene algo en la cabeza. No sé qué es, y por qué, pero algo le anda rondando.

—Él quería que te casaras con Serena —dijo Tess.

—Sí, puede ser. Bueno, no dejaré que nos estropee el día de hoy, Tess. Nada nos lo va a estropear. Disfrutaremos de la fiesta sin él.

—Estoy segura de que debe haber alguna explicación razonable —dijo ella, rodeándolo con sus brazos.

En el momento de deslizar su mano por su espalda, notó la tensión de sus músculos. Y entonces, sintió que le brotaba el amor hacia él.

—Tal vez debieras llamarlos. Quizás se trate de tu tía...

—Si es así, no podemos hacer nada —contestó Piers, tenso—. No voy a llamarlo. Cuando lleguen tus amigos Andrew y Pamela, zarpamos. Mientras tanto, mi querida, ¿por qué no vamos con los invitados? Ya es hora de que nos divirtamos.

—Siento llegar tarde.

Tess se dio vuelta al oír la voz de Julius Branson. Había aparecido sin aviso previo, y ella sintió un temblor en su cuerpo al ver que estaba solo. Su expresión era de impasividad. Ni siquiera sus ojos azules claros daban una señal. Le brillaba el pelo gris con el sol del mediodía.

Fue Piers quien, de pie al lado de Tess, pronunció las primeras palabras.

—¿Dónde está Dee?

—Tu madre no vendrá. Tu tía ha muerto esta mañana. Eso fue lo que me retrasó. He tenido que pasar la mañana llamando por teléfono, organizando cosas.

Piers suspiró profundamente.

—O sea, que tenías razón. Tendríamos que haber esperado. Es eso lo que vas a decir, ¿no es así?

Julius torció los labios, y dijo:

—Es un poco tarde para preocuparse por ello. Me pareció que no tenía sentido hacértelo saber más temprano y ponerte en el dilema de decidir si celebrabas la fiesta o no. Ahora ya no puedes hacer nada. El funeral no será hasta dentro de dos días. Tu tía será enterrada en la isla, como fue su deseo.

Tess tocó el brazo de Julius impulsivamente.

—Lo siento mucho, señor Branson. Sé lo unidos que estaban usted y Dee a Camille.

Julius la miró. Pero sus ojos, a contra luz, no podían apreciarse bien.

—Gracias. Espero que esto no estropee vuestro día.

Tess negó con la cabeza. Y se preguntó si la actitud de Julius en ese momento sería una forma de disculparse por el modo de comportarse con ella en el pasado. O si sería la forma de expresar su aprobación del compromiso. Pero, de todos modos, no le quedaba otra opción que aprobarlo.

Aunque había tenido la suficiente consideración como para no estropear los planes de ellos para ese día.

—Nada podrá estropear los planes para este día —dijo Piers firmemente.

Luego rodeó los hombros de Tess, y le hizo señas a un miembro de la tripulación que estaba sirviendo copas, para que se acercara a ellos.

—¿Vas a brindar por nosotros, Jules? —lo desafió Piers.

Antes de que su padre pudiera contestar, una figura apareció entre ellos. Era una mujer morena, que lucía unos pantalones anchos de gasa, y saludaba a Tess efusivamente.

—¡Tess, querida! ¡Me alegro tanto por ti! ¡Déjame ver tu anillo! —y le tomó la mano.

—¡Pamela! ¿Qué diablos le ha pasado a tu coche? —sonrió Tess, aliviada—. Pensé que no llegarías nunca... ¡Oh! No importa ya... —y se volvió risueña a Piers—. Ésta es Pamela, de quien tanto te he hablado. Es mi más vieja amiga, y la más talentosa. Es una brillante arquitecta. Y una violinista con mucho talento. Algunas veces toca en la Orquesta Sinfónica de Sydney.

—¿Y te acuerdas de mí, viejo amigo? —se adelantó Andrew, extendiendo la mano hacia su antiguo rival—. Me has hecho un favor robándome a Tess... ¿sabes? —y le guiñó un ojo a Pamela.

Tess sintió un gran alivio al ver que el afecto hacia Pamela era sincero, y que su viejo amigo estaba feliz. Se había borrado totalmente de su rostro la antigua animosidad hacia ella.

En el momento en que Piers se acercó para hablar con Pamela, Andrew fue hacia Tess y le dio un breve achuchón.

—Bueno, Tess, al final has conseguido lo que querías —y aunque su tono parecía más en broma que en serio, Tess sintió cierta culpa al recordar las artimañas que había empleado al principio de la relación con Piers. El modo en que lo había usado para llegar a su padre. ¡Si pudiera, al menos, contárselo a Piers y sacarse esa espina de su corazón!

Miró por encima del hombro de Andrew, y vio que Julius tenía los ojos fijos en ella. Se dio cuenta de que, seguramente, Julius lo había oído. Sintió que el alma se le iba a los pies. Pensaría lo peor de ella... Lo miró desafiante, como queriendo decirle con la mirada, que amaba

a su hijo por lo que era, y no por su dinero o su nombre. Y que pensara lo que quisiera. Pero entonces descubrió que los ojos de Julius parecían expresar más bien una duda que una condena. Parecían haberse ablandado para ella. En ese momento, Julius se alejó. Ella se quedó temblando. ¿Acaso Julius empezaba a darse cuenta de cuánto amaba a Piers? ¿O se estaría haciendo a la idea de que ella se casaría con su hijo, aunque fuera una mujer que él nunca hubiera escogido?

Cuando el sol se hundió en el horizonte, el Mistique volvía hacia el puerto, donde los invitados se despedían y comenzaban a poner sus pies en tierra firme.

Tess sintió una mano en su brazo. Y entonces, descubrió a Julius Branson.

—Ven abajo conmigo. Quiero hablar contigo —le dijo a Tess.

Tess sintió un nudo en la garganta. ¿Intentaría volver a comprarla?

—Ven... Ven conmigo —la animó.

Todo el recorrido hacia los lujosos camarotes del Mistique, Tess se lo pasó especulando acerca de lo que le diría Julius.

¿Habría esperado ese momento para oponerse a su compromiso, sólo por no disgustar a tía Camille, quien estaba contenta de que su sobrino hubiera encontrado la felicidad? Sí, seguramente, a su tía le habría disgustado que se separasen.

—Siéntate —la invitó Julius.

Estaban en una biblioteca privada, una sala de lectura.

—Prefiero quedarme de pie.

—Como quieras —contestó Julius. En su rostro se adivinaba una gran tensión—. Ahora puedo decirte algo que me he callado durante mucho tiempo. La verdad sobre tu padre.

Fue algo tan inesperado que Tess tuvo que apoyarse en una silla para no desvanecerse.

—Es... ¿Quiere decir... que después de todo, es usted mi padre? —estaba en un estado de shock.

Eso afectaría a su relación con Piers. ¡Acabaría con ella! No tendrían el mismo padre, pero Piers era su hijo legalmente... ¡Legalmente serían hermanos!

Tess suspiró profundamente. Ahora comprendía por qué se había opuesto con tanta firmeza a la relación de ella con Piers. Y no le quedaba otra salida que confesárselo en ese momento.

—No soy tu padre —le aseguró rápidamente Julius—. Ya te lo he dicho. Pero era alguien cercano a mí. Tu padre fue mi hermano mayor, Simón, el esposo de Camille.

Ella lo miró estupefacta.

—¿Quiere decir el que... murió?

—Sí, murió hace unos años, en un accidente en carrera de yates. Uno de los peores que hubo. Camille quedó destrozada. Estaban muy unidos.

—¿Quiere decir que mi madre...?

—Tuvo una relación con él durante una conferencia a la que asistimos los tres. Cuando tu madre le dijo que estaba embarazada, Simón me lo confesó. Me dijo que había ocurrido en un momento de mucho stress para ambos. Tu madre estaba muy deprimida porque su marido no quería tener hijos. Mi hermano también estaba en un momento bajo, porque se había enterado de que su esposa, a quien amaba tanto, no podía tener hijos. Se consolaron mutuamente... y bueno... esas cosas pasan. Los dos estaban pasando por un mal momento. No es asunto nuestro condenarlos —dijo con un suspiro.

Tess lo miró, casi con pena, pensando lo difícil que le sería decirle eso a ella.

—¿Y cuando se enteró de que estaba esperando un hijo...?

—Tu madre se lo dijo a Simón antes de decírselo a su marido. Mi hermano estaba tan destruido y confundido... Él nunca había pensado en tener un hijo. Pensó inmediatamente en Camille, a quien amaba más que a sí mismo. Sabía que, si se enteraba de que había tenido un hijo con otra mujer, le haría mucho daño a Camille. Y eso, con el tiempo, los destruiría a los dos. Tu madre, Rosalind, le aseguró que ella y su marido se amaban profundamente, y que seguramente él iba a aceptar a su hijo, una vez que hubiera nacido, aunque supiera que no era de él. Mi hermano naturalmente, se ofreció a ayudarlos generosamente, con la condición de que tu madre mantuviera en secreto su nombre, incluso sin revelárselo a su esposo, mientras viviera Camille. Ella ni siquiera debía decírtelo a ti, Tess. Mi hermano pensaba en la pobre Camille, que ya se sentía desolada por no poder tener hijos. Debes intentar perdonarlo —le pidió Julius, acercándose a ella.

Tess lo miró con los ojos nublados por las lágrimas.

—O sea, que por eso no podía decírmelo. Pero su hermano murió hace unos años. Y aún siguieron ingresando dinero. ¿Lo mandó usted, señor Branson?

Él asintió con la cabeza.

—Mi hermano tuvo una premonición cuando se presentó a la carrera de yates. O tal vez tomase precauciones sabiendo lo peligrosa que podía ser la carrera. Me dijo que, si le pasaba algo, se siguiera ingresando el dinero para tu madre y para ti. Y me hizo jurar que seguiría manteniendo el secreto mientras su mujer estuviera viva. Para él, el bienestar de Camille y sus sentimientos, eran lo primero —la

miró con pena, como disculpándose ante ella.

Ella sintió un nudo en la garganta, pero consiguió decir:

—Por lo menos, ahora sé por qué usted actuó del modo que lo hizo, cuando lo acusé de ser mi padre. ¡No me extraña que haya querido alejarme! Yo había amenazado la paz de su cuñada en sus últimos días. Usted no me conocía. Lo comprendo. No podía saber si yo iba a quedarme callada al saber la verdad.

—No, no te conocía, entonces —dijo él—. No me atrevía a decirte la verdad, ni siquiera me atrevía a mostrar alguna reacción por mi parte. Sobre todo, con Camille en un estado de salud tan delicado. Y debo reconocer que tenía mis reservas hacia ti al principio, en el sentido de qué era lo querías de nosotros —admitió apesadumbrado—. Me preguntaba si ibas en busca de dinero solamente, en busca del dinero que te pertenecía por derecho, claro está... ¿Habías estado usando a Piers solamente para llegar a mí? ¿O querías conseguir a Piers para que se casara contigo y de ese modo obtener la herencia de modo más sencillo? En ese momento, como te puedes imaginar, no me imaginaba que Piers pudiera querer contigo algo serio, nunca ha tenido una relación seria con ninguna mujer, ni jamás dio muestras de querer asentarse. Y no creí que la cosa durase mucho tiempo, ni que fuese profunda.

Tess asintió con la cabeza.

—Entonces, me dijo que no era mi padre, lo que era cierto, y me ofreció una pequeña fortuna para librarse de mí.

—Exacto —suspiró él—. Tenía que mantenerte alejada de Camille. Con que te hubiera visto, podría haber adivinado quién eras. El pelo de Simón, cuando Camille lo conoció, era pelirrojo dorado como el tuyo, mucho más pelirrojo que el mío, aunque se le puso cano mucho antes que a mí. Y temí, también, que Piers le hubiera dicho algo a Camille de que tu madre había trabajado conmigo... y que pudiera haber conocido a Simón. La pobre Camille podría haberlo supuesto fácilmente.

—Sí, sí, ya veo. Ahora todo tiene más sentido.

—Y luego, cuando me di cuenta de que la cosa iba en serio entre vosotros, intenté por todos los medios que esperaseis, sabiendo que Camille no iba a seguir viva mucho tiempo, porque sabía que en el momento en que os comprometieseis, Piers iba a querer que ella te conociera, querida... —le tomó la mano, y se la apretó—. Me siento muy avergonzado por el modo en que te he tratado. Yo me di cuenta enseguida de que no ibas en busca de dinero, que no nos habías buscado por lo que pudieras obtener de nosotros. Tú has venido a nosotros con el deseo natural de saber la verdad, para conocer tus

orígenes, tu familia. Estoy muy avergonzado por haber pensado que podía ser por otra cosa...

—Bueno, bueno, bueno —se escuchó una voz desde la puerta.

Tess retiró la mano sorprendida.

—¡Piers! —se puso tensa al verlo.

Él tenía una mirada extraña, que no expresaba nada bueno, en el momento que atravesó la habitación para mirarla frente a frente.

—O sea, que no fue un accidente el que nos conociéramos, ¿no, Tess? No fue casualidad que me pusieras el ojo aquel día, y que te pasaras el resto de la semana tratando de asegurarte que me habías engatusado —no la tocó. Estaba rígido, y parecía rechazarla—. Planeaste usarme desde el mismo momento en que nos conocimos. ¿Cómo no me di cuenta? Había montones de señales que me lo advertían... Todas esas preguntas acerca de los Branson, la admiración burlona que expresabas por el modo en que vivíamos, por todo lo que hacíamos. ¡Si era todo una farsa! —exclamó, con amargura.

—¿Cuánto... Cuánto tiempo llevas escuchando detrás de la puerta? —lo acusó, pensando que sería la única forma de enfrentarse a él.

¡No podía negarlo, lo había usado!

—¡Lo suficiente como para oír lo que tenía que oír, y lo que no hubiera querido oír! —contestó con resentimiento. Dio un paso hacia ella.

Tess se encogió ante su furia. Aunque sabía que debía ser una máscara de Piers para no demostrar el dolor que le provocaba lo ocurrido.

—Nunca me has querido a mí. Yo era un medio de llegar a mi padre... Y querías usarme hasta que él te dijera la verdad... Bueno, ahora la sabes... ¡Eres una Branson! Una Branson de verdad, no como Phoebe y yo. ¿Por qué no vas y reclamas tus derechos, los millones que te corresponden por ser quien eres? ¡Ya no me necesitas más para conseguir tu herencia!

Tess sintió como si le hubiera dado una puñalada.

Pero no demostró su dolor, sino que se defendió.

—Y tú ¿qué? ¿Por qué fuiste detrás de mí al principio? ¡Porque querías acostarte conmigo! ¡Incluso me advertiste que no esperase de ti una relación seria! ¿Y por qué seguiste detrás de mí? ¡Porque era un desafío irresistible para ti, porque no me habías tenido en tu cama cuando habías querido!

Ella vio un resplandor en los ojos de Piers, pero siguió hablando.

—Y si hubiera querido los millones de los Branson, ¿crees que habría apoyado tu plan de seguir fiel a tu carrera de abogado, sabiendo que eso sería quedarnos sin nada...? —ella se calló de

repente, dándose cuenta de que Julius estaba presente aún en la habitación, y que la estaba escuchando.

Entonces se asombró al ver la reacción de Julius, cuando Piers se acercó a él para enfrentarlo.

—Siempre he sido consciente de tus ambiciones, hijo. Me lo has dicho muchas veces, pero yo me negaba a tomarte en serio. Esperaba que fuese algo pasajero, un modo de mantener tu cerebro trabajando, porque los negocios familiares no te daban la suficiente responsabilidad o el desafío que tú necesitabas, mientras estuviera yo al pie del cañón. Pero, si de verdad quieres dedicarte por entero a la abogacía...

—Sí —dijo Piers—. Pero estoy dispuesto a ser el consejero legal de los negocios de la familia, como te he dicho siempre. No le doy la espalda a los negocios familiares, al contrario. Y seguiré siendo director no ejecutivo, y mantendré mis acciones en ellos, si tú así lo quieres. Pero Phoebe y Tom son perfectamente capaces de llevar el negocio, y de hacerlo bien. Sin mí. Eso es lo que quieren ambos.

Julius inclinó la cabeza.

—Que así sea, entonces —dijo con un suspiro—. No quiero ser un estorbo en vuestro camino. Un hombre sabe bien cuándo está derrotado —miró alternativamente a su hijo y a Tess. Expresaba algo más que resignación—. Dejo en vuestras manos el asunto. Y confío en que haréis lo mejor —se dio la vuelta y se fue, como si supiera que el amor profundo que sentían el uno por el otro podría curar cualquier herida y rabia que sintieran en ese momento.

Una vez que estuvieron solos, se miraron frente a frente, aún tensos, y orgullosos. Permanecieron así largo rato. Y luego, parecieron aflojarse las miradas con un brillo de humor en el fondo.

—Creo que los dos teníamos motivos ocultos al principio —admitió Piers con una sonrisa irónica.

—Pero sólo al principio. Hasta... —lo miró seria—. Hasta que lo que sentí por ti cambió todo por completo, Piers. Cuando descubrí, cuando fui a Akama, que Julius no era mi padre. Entonces, me sentí aliviada, en lugar de sentirme decepcionada. Porque eso significaba que podía... Que mis sentimientos por ti podían...

—Lo sé —la interrumpió Piers, amablemente—. Fuesen cuales fuesen los motivos que tuviéramos al principio, nuestros sentimientos, el amor que creció entre nosotros... lo borró todo. Eso es lo único que importa, Tess, lo que sentimos el uno por el otro ahora. A partir de ahora.

—¿Quieres decir... que me perdonas por el modo en que yo...

—Shh —la calló. Y le rodeó los hombros en un abrazo—. No hay

nada que perdonar. Mirándolo bien, nuestros motivos iniciales, tú buscando a tu padre, y mis intenciones… lujuriosas… hacia una pelirroja muy sexy, nos acercaron. Y nos unieron hasta que nos conocimos lo suficiente para saber que éramos el uno para el otro. Así que, debemos estar agradecidos a nuestras intenciones iniciales. Y ahora, ven aquí… —y la acercó y la abrazó—. Te amo, Tess Keneally. Y quiero que no te olvides de ello.

Entonces, la echó hacia atrás, y abrazándola, extendió la mano, y cerró la puerta con llave.

—Y por si lo dudas… —hundió su boca el cuello de Tess—. Te lo voy a demostrar aquí y ahora mismo…

Epílogo

Tess estaba sentada en el balcón de su casa, al lado del puerto, mirando los yates y los ferris del puerto bajo el sol. Era el Día de Australia, el segundo aniversario del día en que había conocido a Piers. Ella deseaba que él se diera prisa.

Guardaba un secreto. El avión de Piers llegaría alrededor de las cuatro de Singapur, donde él había pasado los últimos cinco días, en una conferencia, y al mismo tiempo se había ocupado de un asunto de una de las compañías de su padre. Nunca habían pasado tanto tiempo separados.

Esa noche, ella pensaba recibirlo con una cena íntima y romántica a la luz de las velas. El comedor, con vistas al puerto a través de sus ventanales, estaba listo con la cubertería de plata, las copas más finas, y el mejor mantel bordado. Había preparado salmón ahumado para la entrada, en el horno se estaba haciendo el plato preferido de Piers, carne asada, y el champán esperaba frío en la nevera. También había hecho una tarta de limón casera, especial para él. No tenía nada que hacer hasta el último momento.

Observó los barcos del puerto, buscando al Mistique. ¿Le importaría a Piers no encontrar a Olivia cuando llegase a casa? Dee se había llevado a la nietecita de siete meses al yate, para que Tess y Piers pudieran estar a solas. A Dee le encantaba ocuparse de la niña. Casi siempre la dejaba con Dee o con Honey, las tres mañanas que debía ir a su consulta. Los Honey habían seguido en la vieja casa de los Branson cuando ella y Piers se habían ido a vivir allí. Julius y Dee habían preferido irse a vivir a un sitio más pequeño en Sydney, y finalmente habían decidido irse al apartamento de Piers al lado de la antigua casa de los Branson.

¡O sea, que se habían intercambiado las casas!

Phoebe y Tom, ya casados, seguían atareados con sus profesiones, y permanecían en el apartamento de siempre. Todos compartían las pistas de tenis y el billar debajo de la mansión familiar, y todos se llevaban bien.

Tess se incorporó al ver pasar al Mistique, y saludó con la mano al distinguir a Dee con Olivia en brazos. ¿Era Phoebe ésa que estaba de pie a su lado? La familia sabía cuál era su plan para esa noche. Pero... se sentía un poco inquieta. ¿Y si el avión de Piers se demoraba? ¿Y si no llegaba a tiempo para celebrar ese día? Él no había nombrado para nada el Día de Australia cuando había hablado con ella por teléfono desde Singapur... ¿Habría estado muy ocupado para recordar ese día?

Aunque no era normal en Piers olvidarse de un aniversario. Él era

muy romántico y muy atento para todas las fechas de aniversarios. Siempre la hacía sentir especial.

El año anterior habían celebrado el Día de Australia con su familia y algunos amigos a bordo del Mistique, como lo habían hecho el día en que se habían conocido. Entonces, ella había estado embarazada de cuatro meses de Olivia. Pero hoy, había preferido no ir con su familia a bordo del yate. Ellos lo entendían. Sabían que quería estar a solas con Piers en casa. Aunque no sabían nada todavía, que ese aniversario era algo especial. Se acarició el vientre, aún plano.

Si se demoraba mucho su vuelo, ¿estaría de humor para celebrar una cena íntima, o vendría tan cansado que se iría directamente a la cama a dormir?

Tal vez habría decidido tomar un avión más tarde, sin tener en cuenta el día que era. Quizás ya no fuera importante para él...

Suspiró profundamente. ¿Sería eso lo que pasaría después de un año de casados?

¿O lo que ocurría era que se sentía un poco vulnerable emocionalmente e insegura porque estaba embarazada otra vez? ¿Se alegraría Piers? ¿O sería demasiado pronto para él? Cuando naciera el nuevo bebé, Olivia todavía llevaría pañales...

Sonó el timbre de la puerta. ¿Por qué llamaría Piers, si tenía llaves? ¿O serían Pamela y Andrew que habrían decidido hacerle una visita sabiendo que estaba sola?

Cuando abrió la puerta se encontró con un ramo de rosas rojas, y detrás, la chica que las llevaba. ¡Seguramente él no regresaba esa noche, y había enviado flores en su lugar!

Las llevó adentro. Nunca había visto tantas rosas juntas. Estaban envueltas en celofán, y había un sobre blanco pegado.

En lugar de una tarjeta, se encontró con una carta.

Se sentó a leerla.

Mi querida Tess:

Un amigo que conocí en Singapur llevará esta carta a un florista de Sydney, ya que él llegará en un avión más temprano. No quería enviarla por fax.

Estas rosas son para ti, mi amor, en este día especial, el segundo aniversario del día en que nos conocimos. El Día de Australia, el día en que mi vida cambió. Un día que jamás olvidaré, Tess, porque te conocí a ti. Mi querida, estos dos años que he pasado a tu lado, me has dado tanto... Tu amor, tu compañía, tu sabiduría, tu humor, tu apoyo, y, por supuesto, el mejor regalo, nuestra hermosa hija Olivia, que cada día se parece más a su madre. Tess, tú eres mi mejor amiga, mi

amante, mi vida.

Cuando hablé contigo la otra noche por teléfono, ¿has pensado por un momento que podía haberme olvidado de este día? Fue un poco perverso por mi parte bromear con esto, pero quería sorprenderte con esta carta y estas rosas. ¿Te das cuenta de que ésta es la primera carta de amor que te escribo? Y nunca le he mandado rosas a ninguna otra mujer, Tess. Para mí, las rosas simbolizan el amor.

Si te preguntas por qué te escribo si en pocas horas voy a tenerte en mis brazos, bueno, a veces es más fácil escribir en una carta lo que tiene un hombre en su corazón, que decirlas cara a cara. Así que espero que no te rías. Nosotros nos reímos mucho, Tess. Siempre hemos compartido el sentido del humor, desdramatizando muchas cosas que la gente en general tomaría seriamente.

Pero, aunque te parezca tonto, voy a arriesgarme a decirte algunas cosas más.

Tess, te echo tanto de menos. Te he echado de un nos cada minuto de estos cinco días. Especialmente estas noches. He echado de menos el sentir tu piel bajo mis dedos, el sonido de tu voz aterciopelada, los momentos sublimes que alcanzamos juntos. Y, sobre todo, echo de menos tu adorable rostro, esos labios especiales para besar, ese pelo glorioso que me gusta tocar.

Tess, os echo de menos a las dos. ¿Me has echado de menos, mi amor? Espero no haberme perdido nada nuevo que haya hecho nuestra pequeña, o nada alucinante que haya logrado en mi ausencia. Ella cambia tan deprisa…

Cuando llegue a casa, Tess, ¿por qué no hacemos otro niño? Tengamos montones de niños. ¿Un niño, quizás, la próxima vez? Pero si es otra niña, será igual de maravilloso. Estaré en casa hacia las cinco. Si has planeado salir a cenar para celebrarlo, cancélalo. Quedémonos en casa. Podemos pedir una pizza por teléfono y comerla en el balcón, bajo las estrellas, viendo los fuegos artificiales del puerto. Y entonces, Tess, vayámonos pronto a la cama, ¿te parece?

Un beso a Olivia de mi parte. Os amo, y os amaré siempre.

Tu amante esposo, Piers.